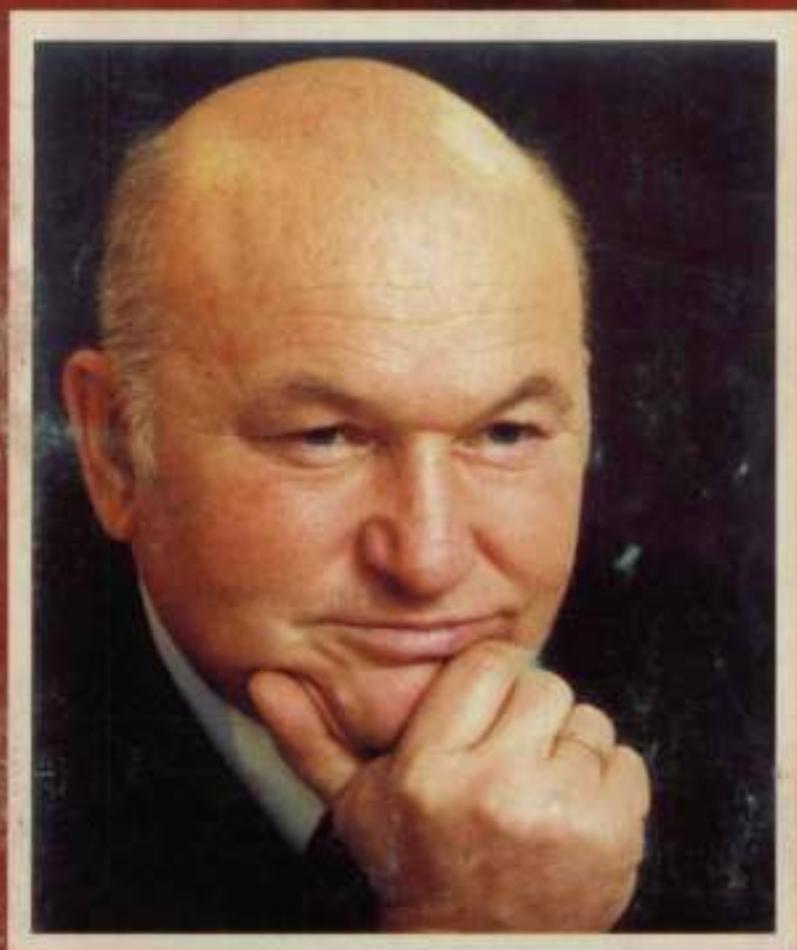


**Yu. M. Luzhkov**

# **LA HISTORIA RECOMIENZA**



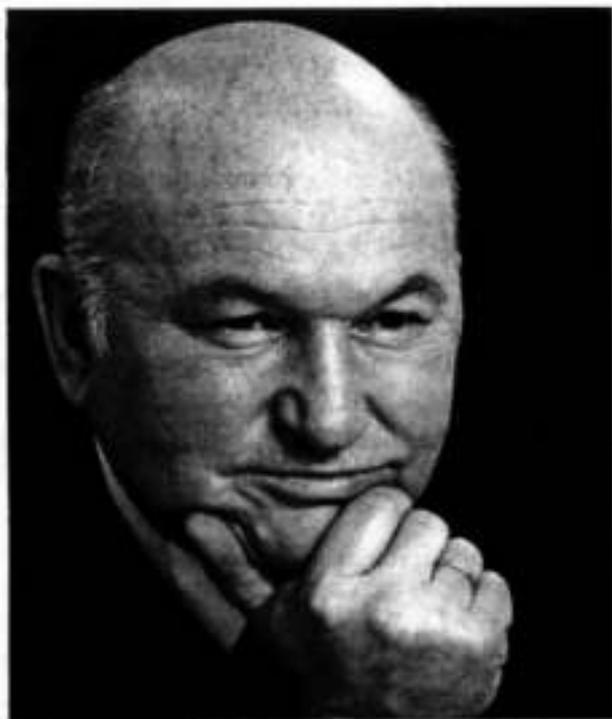
**La humanidad en el siglo XXI  
y el futuro de Rusia**

# **LA HISTORIA RECOMIENZA**

**La humanidad en el siglo XXI  
y el futuro de Rusia**

**Yu. M. Luzhkov**

# **LA HISTORIA RECOMIENZA**



**La humanidad en el siglo XXI  
y el futuro de Rusia**



Editorial Cultura Popular, La Habana, 2004

Traducción: **Teresa Urra Vargas**

El trabajo de edición, diseño, corrección y composición digitalizada fue realizado por el **Equipo Editorial de Cultura Popular**

© Yuri Mijáilovich Luzhkov

© Sobre la presente edición:

Editorial Cultura Popular, 2004

Primera edición, Moscú, 2002

Todos los derechos reservados. Se prohíbe la reproducción, total o parcial, de esta obra sin la autorización del autor.

ISBN 959-7047-20-9

Editorial Cultura Popular, La Habana, Cuba

En la preparación del libro participaron: D. V. Badovsky, A.A. Ignatenko, V. A. Koretsky, N. A. Kosolapov, N. N. Latypov, A.V. Malguin, A. IqP. Nazaretian, K. B. Norkin, A.L. Chechevishnikov, A. Yu. Shelujin.

Se adoptaron también las ideas expuestas en los trabajos de K. Annan, G. A. Arbatov, A. D. Bogaturov, M. V. Ilin, V.L. Inozemtsev, M. Castels, A.I. Neklessa, A. S. Panarin, A.V. Torkunov, A. Toffler, F. Fukuyama, S. Huntington.

Las reflexiones hechas sobre los trabajos de J. Bentham, M. Weber, T. Hobbes, H. Grocio, I. A. Ilin, I. Kant, S. Lem, J. Locke, K. Lesh, K. V. Marcarián, A. V. Nazarchuk, V. I. Pantin, K. Polanyi, A.P. Potiomkin, Erasmo de Rotterdam, J. J. Rousseau, G. Soros, N. Chomsky, E. Joffre, A. Schweitzer y K. Jaspers me ayudaron a formular mi propia idea de muchos problemas planteados y analizados en este libro.

De inestimable valor para el trabajo en este libro fueron mis reuniones y discusiones con V. V. Putin, E. M. Primakov, M. G. Sturua.

Los esfuerzos de F. Mayor, ex director general de la UNESCO y presidente del fondo "Cultura del Mundo", que presentara en la conferencia de Moscú "La Concepción y el Programa de Cultura del Mundo", me sirvieron de inspiración para realizar este trabajo. El proyecto de F. Mayor permitió descubrir partidarios en todo el mundo de la concepción de las vías del desarrollo futuro de la humanidad y consolidar sus esfuerzos en la filosofía cultural mundial del desarrollo.

## A LOS LECTORES CUBANOS

Estoy muy agradecido a los editores por haberme dado la posibilidad de ofrecer al lector cubano un libro en el que intento analizar los problemas actuales de la civilización mundial, exponer los enfoques para resolverlos eficazmente.

El siglo XXI presenta nuevos retos y peligros. ¿Tiene el mundo civilizado y, en general, todo nuestro planeta la oportunidad de futuro? Esta es la pregunta principal que nos hacemos al mirar hacia adelante. El mundo se prepara para entrar en una fase cualitativamente nueva de su desarrollo. Y las colisiones que surgen dentro de los procesos históricos que tienen lugar actualmente son consecuencia del carácter radical de los cambios en el mundo. El mundo evoluciona, y todos debemos estar preparados para ello.

En este libro dedico la atención fundamental, naturalmente, a los problemas relacionados con el desarrollo y lugar de mi país en este nuevo mundo cambiante.

En mis conclusiones no pretendo ser el dueño de la verdad en última instancia, sólo trato de despertar en el lector el interés en una profunda y contentiva discusión de problemas como la globalización, la evolución del Estado y la democracia, el creciente mundo de la informatización.

El mundo no se mantiene estático. El mal universal adopta nuevas formas desconocidas para nosotros, lanza retos a todos los hombres. Sólo uniendo los esfuerzos del bien, haciendo una elección altamente moral en un mundo que cambia con rapidez es posible detener el mal y garantizar la paz a toda la humanidad.

Como muchos ciudadanos de Rusia, siento gran simpatía hacia la cultura nacional cubana, hacia sus grandes creadores.

Quisiera expresar mis deseos más cordiales de paz, felicidad y prosperidad a su valiente pueblo, al que respeto sinceramente.



Yuri Luzhkov  
Alcalde de Moscú

La creación del mundo no es cosa de un instante,  
sino de toda la eternidad.

E. Kant

## LA ACTUALIDAD COMO NUEVA ERA AXIAL DE LA HISTORIA

Nuestros jóvenes contemporáneos, que han arribado a la edad de la emancipación en el confín de los milenios, normalmente piensan que el siglo veintiuno debe seguir al veinte con la misma irreversibilidad de serie numérica con la que el siglo veinte siguió al diecinueve, y el diecinueve al dieciocho. Pero la gente de mi edad puede recordar que hace cuarenta años la llegada del siglo veintiuno no parecía, en absoluto, inevitable. A principios de los años 60 muchos no creían en la capacidad de los políticos de conjurar la catástrofe nuclear. Los científicos calculaban las veces que podría ser destruida la humanidad, en caso de explotar las ojivas nucleares acumuladas, y las consecuencias para la salud, la vida y la capacidad reproductiva de la gente que podrían acarrear las continuas pruebas de armas atómicas en la atmósfera. Sin embargo, la razón humana fue suficiente para que la civilización sobreviviera.

El hecho de que el siglo veintiuno haya comenzado es el mérito histórico de la generación de nuestros padres y madres. Olvidar esto y pensar que los sucesos sólo podían desarrollarse del modo que lo han hecho en la realidad, no sólo sería desagradecido de nuestra parte, sino también imprudente. Imprudente, porque tras ese error vendría otro que ya amenaza con ser fatal. Se trata de que nos parece que el siglo veintiuno será reemplazado, con la misma garantía, por el veintidós. Sin embargo, el siglo comenzado no deja lugar a tal placidez.

Los sucesos del 11 de septiembre del 2001 en los Estados Unidos son frecuentemente denominados críticos. Para muchos la crisis ya existía. Para muchos más —tanto aquí, en Rusia, como en otros países civilizados— no ha comenzado aún. El “Octubre Negro” de Moscú y los hechos que lo siguieron lo han confirmado con toda crueldad.

El nuevo siglo asume sus derechos cruda y brutalmente, presentando a la civilización mundial nuevos retos éticos, económicos, tecnológicos, ecológicos, demográficos y culturales. El fenómeno del terrorismo en el proscenio de la historia mundial se ha convertido sólo en el centro simbólico de esos retos y de la nueva cualidad del desarrollo del mundo.

El 11 de septiembre en los EUA y el 23-26 de octubre en Rusia son fechas pavorosas que siempre recordaremos, incluso no sólo como el principio de una nueva era, de un nuevo siglo de la historia de la humanidad, sino como la terminación del mundo anterior, su consumación.

Ya nunca seremos los mismos de antes. Porque la *historia ha recomenzado*. Al menos para parte considerable de la humanidad, frecuentemente denominada civilizada, ha comenzado un nuevo conteo del tiempo. La historia ha recomenzado y ha destruido la ilusión que surgió a fines de los 80, después de la derrota del sistema socialista, respecto al desenlace feliz de la evolución de la civilización mundial.

En aquel momento, el deterioro del equilibrio entre las fuerzas de los dos sistemas mundiales que determinaron el desarrollo durante casi todo el siglo, originó la euforia de la victoria sin empleo de la fuerza. Consecuencia de esa euforia es la autosuficiencia poco controlada del Mundo Occidental, el menosprecio a las instituciones, normas y restricciones internacionales, las cuales, por añadidura, fueron en gran medida producto del mundo bipolar y parecían excesivas en las condiciones actuales.

La proclamada doctrina del "fin de la historia" aseveraba que el Mundo Occidental, sus valores, la economía de mercado y el sistema político mundial construido sobre esta base constituyen la mayor conquista de la civilización. En los marcos del proceso de globalización los demás países y sistemas, de una forma u otra, tarde o temprano, se irán adentrando en la lógica del desarrollo "para alcanzar" a Occidente y continuar tras él. Al mismo tiempo, las culturas y civilizaciones que, por voluntad propia o porque Occidente no quiera, se queden "fuera de borda" en el proceso de globalización se degradarán o sucumbirán en el proceso de "selección histórica".

El futuro de la humanidad se transformó, de búsqueda intensa y lucha de diferentes modelos de desarrollo, en un proceso mecánico de molturación de países, pueblos y culturas, en el que no todos llegarán, no todos alcanzarán las "cumbres resplandecientes" de la civilización consumista de la sociedad occidental moderna. En estos momentos el Mundo Occidental se ha adjudicado el

*status* de Demiurgo, que no sólo ha creado el orbe, sino que hoy día constituye su futuro.

El atribuir al desarrollo de Occidente ese *status* y ese valor ha permitido “no tomar en cuenta” al resto del mundo y, a la vez, ha dado lugar a enfoques esencialmente nuevos de la organización de las relaciones internacionales, al “egoísmo global”: el derecho a intervenir en cualquier situación en cualquier punto de la Tierra, sobre la base de razonamientos “humanitarios” y de los valores del progreso.

No obstante, el intento de “cerrar la historia” resultó solamente una ilusión. La historia comienza de nuevo, aunque no sabemos hacia dónde y cómo, por qué vías y hacia qué horizontes marchará. El nuevo mundo se vuelve mucho más imprevisible y casual en su desarrollo porque en él aparecen nuevas fuerzas y corrientes desconocidas e incontrolables.

El futuro del mundo se ha convertido de nuevo en una interrogante. Pero si antes, durante el propio siglo xx, la interrogante respecto al futuro de la civilización mundial era la pregunta de cómo será y a quién pertenece el proyecto de un mundo mejor, ahora la incógnita respecto al futuro es si lo habrá, en sentido general, para la civilización mundial y para el planeta Tierra.

El estado actual de la civilización mundial se acerca más al período de mediados del primer milenio de la historia de la humanidad antes de nuestra era y que fue denominado “Era Axial de la historia”. Precisamente entonces se constituyeron las bases de las civilizaciones modernas, del Oriente y el Occidente, de la filosofía y la cultura. Precisamente entonces se produjeron las condiciones para que germinaran las religiones mundiales, surgió la propia lógica del desarrollo histórico mundial. Y ello ocurrió en respuesta a la catástrofe que se avecinaba. Es posible que ya entonces la humanidad se haya visto, por primera vez, en el umbral de la autodestrucción: el crecimiento extensivo y las posibilidades de aniquilarse unos a otros amenazaban de muerte al mundo, incapaz de tomar conciencia de sí mismo, de sus problemas y sus metas.

Sólo la acontecida “revolución de la conciencia” hizo del hombre lo que es hoy. La brecha abierta permitió a la civilización vencer la crisis global que pudo conducir a un “desenlace de la historia” prematuro.

Hoy nuestra civilización evoca la pesadilla, en el sentido estrecho de la palabra, de esta imagen del pasado. Nos encontramos en el umbral de una “Nueva Era Axial”, de una nueva gran “revolución de la conciencia”, sin la cual la

civilización mundial moderna no podrá dar respuesta a los retos que afronta su existencia, no podrá vencer las evidentes limitaciones de las posibilidades del desarrollo extensivo, la incapacidad de enfrentar el conjunto de problemas socioeconómicos, demográficos, ecológicos y políticos en los marcos del sistema existente y de las tendencias del desarrollo.

El mundo está en el umbral del tránsito a un desarrollo cualitativamente nuevo. Precisamente al carácter cualitativo de las transformaciones se debe la tensión de la marcha actual de la historia. El mundo está cambiando y se transformará inevitablemente. El reto principal para nosotros consiste en que, con la humanidad o ya sin ella, la transformación ocurrirá. Hoy tampoco sabemos exactamente cómo van a cambiar el hombre y la humanidad. Sin embargo, sólo sobrevivirán si son capaces de transformarse. Esta idea, simple y banal a primera vista, es hoy un imperativo del desarrollo de la civilización.

La humanidad tiene que aprender a gobernar no sólo y no tanto los bienes de la sociedad, sino, en primer lugar y ante todo, las tendencias de su desarrollo. El mundo debe pasar a fundamentos y principios de ingeniería social y construcción de la civilización esencialmente nuevos.

Sólo una "administración desde el futuro" puede conservar el frágil mundo actual. El futuro no está separado del presente por una cortina de hierro. La imagen del futuro, sea cual fuere el procedimiento para obtenerla, al incorporarse al sistema de la comunicación social, va influyendo poco a poco en el comportamiento de las personas. Los hechos de "profecías cumplidas", descritos en multitud de ocasiones por psicólogos, sociólogos y médicos, enajenan la imaginación: los hombres, al impulsar inconscientemente los sucesos hacia el resultado vaticinado (aunque éste sea el más desfavorable para ellos), son capaces de morir físicamente sin motivo aparente o, por el contrario, sobrevivir, en dependencia de la perspectiva que le haya sido inculcada.

Es precisamente por esto que el mundo tiene que decidirse y hacer la elección definitiva. Y hacerla racionalmente, con perfecta comprensión de lo que ocurre, con conciencia de la envergadura de los problemas que se alzan ante sí y de la forma en que lo amenaza el desarrollo ulterior de la situación.

Debemos formular y elegir de manera consciente la estrategia de desarrollo. Esa estrategia debe ser la respuesta a las interrogantes de la historia que se nos plantean hoy y que evidencian el ocaso del Viejo Mundo.

**I**  
**EL OCASO DEL VIEJO**  
**MUNDO**

**crítica de la actualidad**

El mundo ha chocado con un reto de envergadura y contenido esencialmente nuevos. Se trata de la crisis general, por sus manifestaciones, de la civilización mundial, de su base institucional y cultural.

Es el atolladero del Viejo Mundo. Y el mayor problema está en que la humanidad se ha metido en ese atolladero como resultado de llevar de manera consecuyente y hasta su fin lógico todas las tendencias y principios del desarrollo que determinaron el sentido y contenido de la historia de la humanidad de la Nueva Era. La idea de progreso, el tipo de administración que determinó el desarrollo de la humanidad en los últimos siglos y que denominamos capitalismo, el sistema de ordenación del mundo en estados nacionales, la idea de la democracia, el progreso científico-técnico y la evolución de la organización moral e ideológica de la humanidad que se encuentra detrás de todo esto, son las dominantes de la historia del Mundo Nuevo, que hoy día, caprichosamente, han llevado la civilización al borde del abismo.

La permanencia de los principios actuales de organización de la actividad económica y política y de la economía mundial, de los principios de funcionamiento de la sociedad y sus instituciones, de la estructura, funciones y principios de la actividad de las instituciones internacionales y de los órganos supranacionales de poder hace que el final de la civilización humana actual se convierta, inexorablemente, en un pronóstico cada día más real. Y la demanda de un "Mundo Nuevo" y del "recomienzo de la historia" se transforma de idea académica en necesidad de acción real "aquí y ahora", en tarea principal del nuevo siglo, que ha arribado de forma tan impetuosa y amenazadora.

La primerísima tarea de hoy es "corregir los nombres". Hay que darse cuenta de que tras bellas palabras y multitud de armoniosas concepciones respecto al desarrollo de la civilización humana se oculta el caos de la comprensión real y toma de conciencia de dónde estamos y qué ocurre con nosotros. El mundo se desmorona cuando las causas se confunden con las consecuencias, lo negro con lo blanco, los valores con la vanidad.

## 1. Atolladeros del desarrollo del mundo actual

### 1.1. Crisis de la idea de progreso

La base de la noción del mundo civilizado actual sobre su pasado, su presente y su futuro es, en fin de cuentas, la gran idea de progreso, de crecimiento, de desarrollo de lo peor hacia lo mejor.

Es realmente una gran idea, porque por su influencia en el mundo moderno es poco con lo que puede compararse. En ella está el triunfo de las ideas de un mundo mejor, de las posibilidades ilimitadas del hombre y de la civilización humana. En cierto momento el progreso se convirtió en “ley fundamental de la historia”, en su sentido y justificación.

La idea de progreso viene de los tiempos de la Ilustración. Entonces parecía que el género humano seguía un camino histórico recto, de lo sencillo a lo complejo, de la ignorancia al conocimiento, de la ceguera ética a las cumbres de la moral. No es sorprendente que cualquier movimiento “hacia delante y hacia arriba” al final se percibiera como progreso. Además, la idea de progreso se inscribía inmejorablemente en las nociones del carácter lineal de la historia como trayectoria “de... hasta...”, que va, además, indefectiblemente, de lo inferior a lo superior, de lo malo a lo bueno, de lo primitivo a lo perfecto.

El esquema seducía, y hoy día continúa haciéndolo, por su sencillez y claridad. Si el movimiento se dirige a un punto —supuestamente mucho mejor—, entonces todo lo que ocurrió anteriormente con la humanidad y los pueblos es, por definición, peor. Y puesto que el progreso es inevitable, lo peor está condenado a desaparecer. De aquí emanan tres conclusiones que parecen evidentes. La primera: todo lo que hubo “antes” tarde o temprano sucumbe, dando lugar a lo nuevo, a lo *a priori* más progresista. La segunda: toda vez que las formas sociales más tempranas están condenadas, por qué no ayudarlas a desaparecer antes y con ello acelerar la marcha de la historia, agujonear la llegada del progreso. Y la tercera: los países y pueblos que se han detenido en formas sociopolíticas al parecer caducas son, por definición, “atrasados”, “menos desarrollados”, y el deber de la humanidad progresista es ayudarlos a abrir la brecha hacia el futuro.

Claro que esta percepción de la idea de progreso es algo simplificada, pero es una simplificación consciente, puesto que, en fin de cuentas, justamente ese enfoque a menudo se tornaba mecanismo real de las acciones de la humanidad, a pesar de todas las interpretaciones de la idea de progreso desarrolladas posteriormente.

Pero la experiencia del pasado siglo planteó con toda energía el problema del precio del progreso, en especial, del precio de los extravíos y utopías que a veces nos inclinamos a tomar por progreso o por vía hacia el progreso. La historia dejó de percibirse como cierto tipo de vector "de las tinieblas a la luz": se hizo evidente que la historia es capaz de dibujar zigzagueos asombrosos. Por lo visto, el enfoque sistémico, que se consolidó en la ciencia y en la planificación estratégica hacia finales de los años 70, "clavó" la última "lanza" en las nociones de progreso adquiridas del siglo XVIII. Resultó claro que la absolutización de cualesquiera aspectos y parámetros del progreso, tomados en forma aislada, resulta forzosamente destructiva para el sistema en general; que la carrera por el progreso en una sola dirección implicará, inexorablemente, degradación de la sociedad y de la personalidad en otra.

El último tercio del siglo pasado es un período de profunda crisis de la idea de progreso. Una crisis cuyos orígenes yacen en el desarrollo del tipo de cultura industrial y de racionalismo inherente a ella que absolutizan los ideales de libertad, de felicidad, de bienestar material. El reverso de esa medalla son la violencia y la agresión para con la naturaleza y el propio hombre.

Y, no obstante, no queremos, no se puede rechazar la idea de progreso. Renunciar a ella significaría excluir la posibilidad de construir la sociedad, el mundo, en los principios de la razón, la ética, el humanismo. Y sería excluirla en el mismo momento en que la humanidad se ve ante problemas y retos sin precedentes, cuya respuesta exige de nosotros justamente un nivel de pensamiento y una acción social esencialmente nuevos.

Y luego, si en principio el progreso es imposible, si no es más que una de tantas ilusiones, esto mismo justifica *a priori* cualesquiera futuras manifestaciones de irresponsabilidad social y de otros tipos, de egoísmo, de salvajismo, de barbarie, de falta de escrúpulos en cuanto a los recursos, menosprecio del hombre y de todo el género humano. La creación sociohistórica pierde su sentido: ¿para qué sirve, si no solamente los sueños del hombre, sino también la perspec-

tiva de progreso, que antes parecía objetiva, constituyen sólo un autoengaño condicionado por las particularidades de nuestra psiquis y por las realidades históricas?

La civilización material del siglo xx, por primera vez en la historia, dio al hombre la posibilidad de colocar bajo sus sueños un poderoso cimiento práctico. Pero exigió a cambio sueños más materiales. Si la sociedad ideal es inalcanzable —al menos en la escala real del tiempo, durante el período de vida de las generaciones de nuestros contemporáneos—, la alternativa práctica no es en modo alguno renunciar a los sueños y los ideales.

A principios del siglo xxi las vías alternativas hacia el progreso se vislumbran de una forma radicalmente diferente que, incluso, medio siglo antes. El derrumbe de todo y la edificación en el lugar desierto de un modelo ideal de sociedad y economía es el camino más tortuoso, más penoso, y que, además, no garantiza la calidad del resultado final. En su tiempo, los misioneros y los colonizadores también creían sinceramente que llevaban la luz de la verdad y la civilización a todos los rincones del mundo. En consecuencia, dos tercios de la humanidad fueron sentenciados a tratar de alcanzar el desarrollo del resto, es decir, a la posición de eternos *outsiders*.

Pero ya no dará resultado dejarlo todo como está y permitir al desarrollo mundial que marche por la vía natural, sin corregirlo, es tarde para ello. El mundo se ha tornado un todo unido interdependiente. En él chocan los más poderosos intereses y fuerzas de diferente orientación, se acumulan los más peligrosos riesgos y problemas. Un evento casual en estas condiciones llevará a alguna parte, pero puede que la estación final resulte no ser, en modo alguno, el progreso.

Y aquí surge otra importante encrucijada en la valoración de las perspectivas y en la formulación de los objetivos del desarrollo de la humanidad. El progreso ya no se presenta como algo inevitable ni, lo que es aún más importante, como necesidad. Y esto ya no es el choque y la competencia de visiones del mundo diferentes, pero progresistas. Ante nosotros aparece el enfrentamiento de algo distinto y, en realidad, de mucho mayor envergadura. La idea del retorno a la naturaleza y a la "era de la inocencia" de la humanidad cuenta con un apoyo cada vez mayor en todo el mundo. En esta tesis coinciden los ecologistas, los enemigos del capitalismo y de la globalización y los celosos defensores de bases exclusivamente morales en la estructuración del mundo, independientemente de

las doctrinas religioso-filosóficas concretas a que se vincule uno u otro enfoque. En la historia de la humanidad se introduce una nueva gran idea: la idea de la autolimitación del desarrollo de la civilización, que se presenta como panacea de la supervivencia y principio fundamental de la justicia social a escala mundial.

Pero, ¿es esto así? Por una parte, nadie trata de discutir con Occidente que justamente éste último representa la parte del mundo moderno más desarrollada y de mayores avances en el sentido económico y tecnológico. Aquí nadie tiene nada que probar. Pero surge otro planteamiento de la cuestión mucho más peligroso para la "humanidad civilizada". Se le propone abnegación y, en el mejor de los casos, el suicidio, es decir, la destrucción de todo lo que hoy día constituye su esencia y su orgullo: la economía desarrollada, la ciencia, el perfeccionamiento tecnológico. Ese es el precio de la renuncia a la idea de progreso.

El fundamentalismo islámico, que "inspiró" a los ejecutores de las operaciones terroristas del 11 de septiembre y del 23-26 de octubre, es por su esencia la negación de la idea de progreso. El camino correcto no es aquel que conduce, hacia adelante, hacia lo nuevo, lo desconocido y, por supuesto, hacia lo no previsto por el Libro, sino aquel que retoma la correcta reproducción de las normas y reglas, procedimientos y acciones que tuvieron lugar en el período del establecimiento del Islam. El "Emirato Islámico de Afganistán" talibán, ese proyecto de civilización antiprogresista, es claro testimonio de lo que se propone a los pueblos del llamado mundo islámico. Y también al resto de la humanidad, que tiene prescrito deshacerse de todo lo "superfluo" no previsto por el Sharia, según se creó éste en el siglo VII, en una región de la civilización muy específica, la península arábiga.

Por otra parte, incluso si para los países avanzados del mundo la idea del progreso ulterior puede ser puesta en duda, es poco probable que esta misma tesis resulte convincente para el resto del mundo. Destruir o poner freno a las consecuencias negativas del progreso no parece aquí posible sin riesgo de verse cara a cara con una perspectiva mucho más temible: la permanencia del atraso, la pobreza y la situación desesperada de la mayor parte de la humanidad. Si aplicada a Occidente la consigna de limitar el progreso a menudo suena como un llamado a renunciar a los excesos y a los peligrosos intentos de traspasar los límites de lo bueno y lo malo, para todo el resto del mundo esa misma consigna puede oírse de manera diferente: como la sentencia a renunciar al desarrollo necesario.

Si en el desarrollo económico y social de los distintos países y partes del mundo se observara una igualdad relativa, seguramente la idea de la simple autolimitación con relación al progreso resultaría muy atractiva y muy efectiva. Pero la situación en el mundo es otra. Con el "millar de millones dorado" de la llamada humanidad civilizada coexisten en la Tierra mil millones de hambrientos, mil millones de enfermos, mil millones de menesterosos, mil millones de analfabetos, mil millones de condenados.

Pero esto no es todo aún. Si la raíz del problema estuviera sólo en esto, pudiéramos decir que simplemente necesitamos combinar la limitación del progreso con su redistribución a favor de las partes del mundo menos desarrolladas. Aunque, claro, esta tesis suena a fantasía, puesto que no tiene en cuenta no sólo las complejidades técnicas y morales de la realización de cualesquiera "esquemas ideales" semejantes, sino tampoco los principios reales del funcionamiento del sistema económico capitalista mundial.

La raíz del problema está, precisamente, en que el atraso del resto del mundo siempre fue y sigue siendo la función más importante del progreso del "destacamento de avanzada de la humanidad". El propio establecimiento de la unidad del mundo en la etapa en que surgen y se desarrollan los imperios coloniales confirma cómo era el mecanismo económico y social de interacción de las metrópolis y el mundo colonial. Este último actuaba como base de recursos para el desarrollo y la modernización, como reservorio de abastecimientos para mayor integración social de las propias metrópolis y como nuevo mercado.

Sí, la civilización occidental en el proceso de su desarrollo generó algunas respuestas a la interrogante respecto a la causa de la pobreza y el atraso y a la actitud que se debe asumir ante ello. Sin embargo, no es mucho lo que esas respuestas proporcionan.

Con mucha frecuencia tal situación se considera lamentable, pero "natural" e "inevitable". Pues allí donde todo lo resuelven el mercado y la selección social libre, siempre habrá triunfadores y víctimas de una catástrofe vital. Sí, hay que ayudar a estas últimas —en el marco de las posibilidades de la sociedad y el Estado, por humanidad y simplemente en aras de mantener la estabilidad y la paz en la sociedad. Pero esa ayuda, en principio, no cambiará la situación y, lo que es más importante, está claro que no debe cambiarla: la presencia de triunfadores obliga a todos los demás a tratar de alcanzarlos, lo que sirve de motiva-

ción y motor del desarrollo social. Por eso, si la falta de correspondencia en la calidad de vida, en los niveles de desarrollo es la fuente del movimiento del mundo en general, entonces es necesario preservar esa fuente, aunque no se permitan grandes diferencias entre los "polos de ingresos".

Pero tal modelo de relaciones no resuelve, en fin de cuentas, ningún problema. En el mundo hay gente que vive con menos de un dólar al día, y hay quienes ganan miles, decenas de miles de dólares en una jornada. La comparación de los estados a partir de los niveles del producto interno bruto promedio per cápita arroja una diferencia de, aproximadamente, 60:1, lo que está muy por encima de la diferencia entre los "polos de ingresos" en la mayoría de los países del mundo. La ayuda, en todos sus tipos y formas actualmente empleados —hace más de cuarenta años que la ONU y otras organizaciones internacionales, así como los países más desarrollados brindan esa ayuda al "Tercer Mundo"—, aunque es muy necesaria y útil, no resuelve el problema central: la diferencia entre los países más pobres y más ricos ha continuado creciendo durante todo este tiempo.

Es poco probable, además, que el aumento del volumen de la ayuda a los países menos desarrollados del mundo resuelva el problema, puesto que su raíz no está en las características cuantitativas, sino en las cualitativas. El otorgamiento de una ayuda considerable sin objetivos precisos y sin obligaciones por parte de los países receptores cultiva inevitablemente en la elite y la población de estos países demandas y actitudes parásitas, lo que socava más aún sus posibilidades de desarrollo y acentúa la desproporción y la inestabilidad en el mundo. Así, aquí no hay nada de idea de desarrollo, la sustituye la subvención. Los intentos de señalar las condiciones del otorgamiento de la ayuda a unos u otros países, de estimular así su propio desarrollo, por regla general no tienen el propósito de colocar a esos países en la "vía del progreso", sino, por el contrario, explícita e implícitamente sólo presuponen la garantía de la propia estabilidad de los países desarrollados (para que no haya revueltas) y la creación de nuevos mercados y posibilidades para sus economías. Como resultado, si el mundo atrasado es admitido en el camino del progreso, o se queda en la cuneta o se construye con su ayuda el camino mismo hacia el futuro.

## 1.2. El problema del desarrollo sostenido

El problema de la pobreza y el atraso tiene otra cara. Hace ya tiempo que muchos científicos vienen expresando sus dudas respecto a la capacidad del medio natural de la Tierra para resistir el aumento de la carga industrial e infraestructural requerida, si se trata de aproximar el nivel y la calidad de vida de la mayoría de los terrícolas siquiera a los estándares mínimos de la parte del mundo más desarrollada, con la ayuda de tecnologías modernas.

Hoy día nadie discute al menos dos planteamientos: que la situación ecológica es catastrófica y amenaza con consecuencias y peligros ignotos, y por ello más desagradables, y que el agotamiento físico de los recursos naturales es una perspectiva que ya no es posible no tomar en cuenta. Según cálculos del notable biólogo V.G. Gorshkov, la sociedad puede consumir hasta un uno por ciento de la producción pura de la biota sin arriesgarse a dañar la biosfera de forma irreversible. Sin embargo, actualmente el consumo ya ha excedido el diez por ciento y continúa incrementándose.

Se propone también una respuesta hipotética: la idea del desarrollo sostenido, con el cual la satisfacción de las necesidades cotidianas de la gente no pondría en peligro la calidad de la vida y la propia supervivencia de las siguientes generaciones. En otras palabras, estamos obligados a legar a nuestros hijos y nietos no un desierto saqueado, lleno de trastos y sin vida, sino un planeta apto para una vida digna y sana. Una naturaleza en la que haya lugar no sólo para el hombre, sino para todas las demás formas de vida.

Esta idea tiene el apoyo de la comunidad mundial. Ya en 1987 en la ONU se votó unánimemente a favor de ella; durante los años 90 se firmaron varios convenios para su desarrollo y realización. Muchos estados, entre ellos Rusia y EUA, aceptaron las concepciones nacionales del desarrollo sostenido.

¿Qué se ha hecho en la práctica? ¿La naturaleza se ha vuelto más sana y el aire y el agua más limpios? Si la respuesta es sí, entonces ha sido en muy pequeño grado. Sin embargo, en la economía han tenido lugar, en el último decenio, dos avances notables. En primer lugar, se creó y se desarrolla con rapidez el mercado de las llamadas mercancías y servicios ecológicamente puros, mercado necesario por sí mismo, pero que es una barrera adicional para el acceso de las mercancías de los países en vías de desarrollo a los mercados de los países desarrollados y un

medio más de influencia económica y política en la situación interna en muchos países menos desarrollados. Es decir, ha surgido una nueva barrera entre los países ricos y pobres, entre los países más desarrollados y en vías de desarrollo.

Paralelamente, ha surgido el mercado del comercio por cuotas de desechos nocivos en la atmósfera. A partir de los acuerdos, cada país participante tiene derecho a determinada cantidad de desechos, proporcional a las magnitudes de su economía. Los países que por determinadas causas no consuman su cuota (como Rusia, donde en los años 90 una parte considerable de la industria estaba simplemente parada), pueden vender parte de ella a quienes la necesiten.

Los avances en la protección de la naturaleza son mínimos. Los países más desarrollados consumen recursos en un orden mayor que los países menos desarrollados y producen la misma cantidad de desechos. Como resultado, el mundo atrasado se convierte ya no sólo en base de recursos para el desarrollo y mercado para los países avanzados, se convierte además en nicho ecológico para la supervivencia de los abanderados del progreso.

En resultado, la estratificación socioecológica del planeta resulta tan fuerte y evidente como la socioeconómica. Y sería totalmente incorrecto suponer que las consecuencias de establecer fronteras entre la gente a partir del "bienestar ecológico" serían iguales —simples, lineales y ya conocidas y comprendidas— a las consecuencias de la estratificación social.

Es totalmente probable que los acontecimientos comiencen a desenvolverse a partir de un escenario esencialmente diferente. En el nivel cotidiano la población de los países más desarrollados y las elites de todos los estados ya hoy tienen la posibilidad de vivir en condiciones ecológicas relativamente mejores (o simplemente mejores), beber agua libre de cualesquiera impurezas, consumir productos, mercancías y servicios de mayor calidad ("ecológicamente puros"). Pero es en ello donde está el problema esencial. El hecho de que la mayor parte de los gastos y desechos corresponda a los países desarrollados (el ciudadano medio de EUA consume ciento cincuenta veces más energía que el ciudadano de Bolivia o Bagladesh), sólo reafirma la tesis respecto al recrudecimiento irreversible de la competencia internacional, a la perspectiva de una nueva guerra mundial por un aire, un agua y una tierra no contaminados.

Para las sociedades occidentales modernas la crisis ecológica significa el problema de mantener la calidad de vida, de impedir la aparición de condiciones

que deterioren o pongan en peligro el nivel y estilo de vida alcanzados. Sin embargo, tal planteamiento del problema, ya en su origen, es perjudicial, puesto que, en realidad, el problema de la crisis ecológica consiste en establecer limitaciones para que la humanidad sobreviva. Las estrategias orientadas a mantener la calidad de la vida en condiciones de crisis ecológica no sólo son irracionales e inefectivas desde el punto de vista del gasto de recursos sociales, sino que también, en cierto sentido, se convierten en amorales.

Además, la catástrofe ecológica está emparentada con la nuclear. Si todavía es posible —invirtiendo esfuerzos y medios— protegerse en lo personal de sus manifestaciones visibles y percederas, ni la riqueza ni la posición social podrán ayudar a ocultarse de sus consecuencias a largo plazo.

La destrucción del medio natural da lugar a amenazas y peligros de nuevo tipo. La contaminación del medio y sus consecuencias se esparcen por todo el planeta. Esa contaminación se acumula en las plantas, en los organismos vivos, alcanza al hombre a través de los alimentos, por vías a veces muy complejas y caprichosas. Diferentes tipos de suciedad, no catastróficos por sí mismos, se acumulan unos sobre otros y producen un efecto conjunto mucho más fuerte e inesperado, por las consecuencias para el hombre y la naturaleza, que cada uno de ellos por separado. Y ocultarse de algún modo de las consecuencias de todo esto es imposible o extremadamente complejo.

Los últimos decenios del pasado siglo ya reportaron un fenómeno de carácter cualitativamente nuevo. La naturaleza —desde microbio hasta el hombre— comienza a cambiar bajo la influencia del nuevo medio, reaccionando a su manera a la degradación de éste. A partir de datos médicos, en Moscú, sólo el dos por ciento de los niños pueden ser declarados prácticamente sanos en el momento de su nacimiento. Esta es una de las manifestaciones de las nuevas interacciones entre el medio y la biología del hombre. Científicos de todas las tendencias reconocen que la orientación de estos cambios es vaga aún; no es posible incluso precisar si son de carácter único o tienen la capacidad de ir acumulándose en los organismos, acarreado con el tiempo una transformación cualitativa del medio en general. Tampoco está del todo clara la cuestión de si la actividad del hombre en el planeta y su influencia sobre el medio natural tienen o no profundas consecuencias climáticas a largo plazo, y si es así, cuáles. Si tarde o temprano esas consecuencias se ponen de manifiesto, neutralizarlas o compensarlas requerirá de enor-

mes recursos y de medidas y formas de colaboración internacionalmente conciliadas, cuyos enfoques ni siquiera se vislumbran aún.

Claro que debemos tener en cuenta que todos estos pronósticos están contruidos sobre la base de extrapolar al futuro las tendencias ecológicas y demográficas actuales. Y tales extrapolaciones conducen realmente a la conclusión de que sobrevendrá el agotamiento de los recursos energéticos y otros recursos del planeta, de que se colmará definitivamente la capacidad ecológica de la biosfera y se degradará de manera irreversible.

Pero no más halagadoras resultan las ideas de "ruptura" de las tendencias actuales del desarrollo. Se propone, por ejemplo, alcanzar la reducción del consumo de los recursos naturales bien mediante la reducción del consumo individual (el filósofo Panarin asevera que "la pobreza debe convertirse nuevamente en virtud"), bien mediante la reducción forzosa de la población humana del planeta, la cual ha rebasado las normas biológicas permisibles.

Pero, ¿cuán reales y plausibles son estos escenarios? Es evidente que incluso la menor reducción del gasto irracional de recursos, esencialmente en necesidades de *status*, provocará no sólo un comprensible malestar psicológico en una gran cantidad de personas, sino que exigirá cambios nada simples en el modo de vida, en la organización y criterios de funcionamiento de la economía. Para que "la pobreza se convierta en virtud" se necesitan no decisiones administrativas, sino una revolución esencial de la conciencia y de todo el régimen económico de vida.

Es más, la reducción del consumo de recursos tampoco garantiza que estos sean suficientes en las condiciones del actual aumento de la población del planeta. La cantidad de terrícolas continúa aumentando y, según pronósticos, llegará a 12-14 mil millones de personas y, según valoraciones extremas, a 15-25 mil millones. El aumento progresivo de la población de la Tierra en la perspectiva de los próximos 30-50 años planteará, literalmente, la cuestión de la supervivencia del planeta, puesto que sus recursos no podrán abastecer tal cantidad de personas si se mantiene además la evolución lineal de las tecnologías actuales de la organización de la sociedad, de su vida económica y política.

Es igualmente evidente que si se trata de solucionar los problemas anteriormente descritos a partir de equilibrar el nivel de desarrollo de las regiones del mundo (garantizar mejor alimentación y salud para los pobres), el problema

demográfico sólo se recrudecerá. La duración y calidad de la vida que existen hoy en Occidente serán asequibles a otras regiones, se reducirá la mortalidad infantil, la mortalidad por epidemias, etcétera.

El examen de las ideas respecto a reducir la cantidad de pobladores de la Tierra conduce a terribles presunciones y razonamientos. ¿A cuenta de quiénes y cómo hay que reducir la población? Las tentativas de proponer “cuotas” para la cantidad óptima de habitantes por países provocan la protesta natural de los ciudadanos y políticos de esos países, así como corteses argumentos en contra por parte de los científicos locales. Surgen ya verdaderas colisiones tragicómicas cuando se discute la cuestión de cómo lograr la despoblación. La guerra se reconoce, retóricamente, como medio inadmisibles o no lo suficientemente efectivo. “Convencer” a miles de millones de personas para que dejen de concebir es, a ciencia cierta, una tarea utópica (la despoblación operativa necesita justamente que cese y no que se limite la natalidad; incluso en China, con un poder totalitario e inusual observancia de las leyes, las medidas restrictivas aseguraron solamente que disminuyera el aumento, pero no que cesara la población).

En consecuencia, todos esos tratamientos extremistas del “desarrollo sostenido” utilizan el prestigio de la ciencia para impulsar la xenofobia, el recelo y la intolerancia étnicos (hace ya tiempo que en los países europeos se habla de “ecofascismo”). El concepto de “millar de millones dorados” corre el riesgo de adquirir un sentido nuevo y totalmente siniestro—como cantidad a que debe ser reducida la población del planeta para alcanzar la armonía de la sociedad y la naturaleza.

Es evidente que el mundo civilizado no puede plantearse el problema de detener el aumento de la población de la Tierra o de reducirlo. A partir de toda nuestra historia social, somos contrarios a la selección natural. Y no podemos plantearnos el problema de la regulación demográfica global como problema real, sin arriesgarnos a caer en las tentaciones del totalitarismo y en las tinieblas del nuevo racismo.

Y aquí, lo más probable es que lleguemos a la conclusión de que cuando se trata de peligros y consecuencias de tales magnitudes no se puede adjudicar sus causas a las circunstancias, a una administración incompetente, a la ambición de algunos grupos de personas o tratar de solucionarlas con medidas radicales, pero “internas del sistema”.

Podría ayudar aquí otra respuesta a los desafíos de "limitar el desarrollo". Ésta se reduce, de la forma más general, a que la humanidad está lejos aún de agotar las posibilidades de desarrollo gracias al progreso científico-técnico y tecnológico, los cuales permiten ampliar muchas veces los horizontes de la civilización y liberar recursos esencialmente nuevos para el desarrollo, para asegurar el futuro no sólo del "millar de millones dorado", sino de todos los terrícolas. Los partidarios de este enfoque aseveran que, en el futuro perceptible, es poco probable que los recursos de la Tierra limiten el desarrollo de la humanidad, y que la población del planeta puede ser aumentada varias veces más sin reducir en nada su nivel de vida, para lo que se apoyan incluso en el nivel actual de las tecnologías y de los volúmenes de la producción. Los recursos del planeta son realmente limitados, y hay que emplearlos racionalmente. Pero ello no significa en modo alguno que hay que encerrar todos esos recursos en un baúl y tirar la llave. Reducir el consumo de las riquezas naturales sólo es posible con el desarrollo de la economía. Y sólo es posible desarrollar la economía utilizando esas riquezas.

Sin embargo, a pesar de la elegancia de los argumentos que se esgrimen a favor de esta idea, el estado actual de la humanidad está muy lejos de ser el paisaje delicioso de la felicidad y el bienestar general, basados en el avance tecnológico. ¿Cuál es entonces el problema? Tenemos delante el propio hecho del progreso científico-técnico y tecnológico. Es indiscutible también que precisamente el progreso científico-técnico determinó los horizontes principales del desarrollo de la humanidad durante la última centuria o, al menos, durante algunos decenios. Pero, al mismo tiempo, persisten los problemas ecológicos, las agudas desproporciones del desarrollo de los diferentes países y pueblos, el atraso en aumento de la mayoría mundial, que tienen como fondo el progreso del destacamento de avanzada de la civilización occidental.

Aquí hay que meditar y presuponer que el modo de administración adoptado en todo el mundo es la esencia de los atolladeros del progreso, de la pobreza mundial y de las barreras del desarrollo sostenido. Que el progreso científico-técnico por sí mismo, si no es fortalecido por el progreso en las tecnologías de la organización de la propia vida económica y social, poco significa para resolver los problemas globales de la humanidad.

### 1.3. La religión del crecimiento económico y el “espíritu del capitalismo”

Hemos arribado a la cuestión que constituye, propiamente, la base de la discusión misma sobre el progreso. Es la cuestión respecto a qué se entiende generalmente por progreso, en qué se advierten sus signos y criterios. ¿Cómo establecen habitualmente la dimensión del progreso, si no es a partir de los parámetros económicos, cuantitativos y sociales más comunes y asequibles? Es decir, a partir de aquello que se mide por sí mismo sin gran maña ni dificultad.

Por eso la práctica y la teoría de la economía occidental moderna insisten en el crecimiento económico, el desarrollo técnico y tecnológico en el sentido amplio de la palabra. El culto al crecimiento económico y científico-técnico se ha vuelto casi religioso. Hoy día se considera premisa fundamental del desarrollo social y de la estabilidad social justamente el crecimiento económico. La capacidad de concurrencia y la capacidad vital de la economía y la sociedad se valora a partir de su ritmo. Sus resultados actuales y acumulados sirven de criterio principal para valorar el nivel de desarrollo del país en todas las escalas —desde las no oficiales hasta las estadísticas de la ONU—. Si hay crecimiento, habrá todo lo demás —consideran en la misma medida políticos y empresarios, los “gurús” económicos y la gente sencilla.

Este positivismo existencial, según palabras de Auguste Comte, vino a reemplazar el período religioso y metafísico en la historia de la humanidad, sustituyó el problema del perfeccionamiento moral de la humanidad y de sus búsquedas del sentido de la vida con las manifestaciones materiales observadas de la propia grandeza.

El mercado, en correspondencia con las leyes de la competencia que le son inherentes, divide continuamente a los participantes del progreso económico en triunfadores y fracasados. Los divide a todos: a los empresarios —desde los mayores hasta los más pequeños— y a los trabajadores asalariados —desde el obrero hasta el especialista de clase superior o el manager. A veces los divide “con justicia”, según los méritos; con frecuencia, por casualidad; no pocas veces, con una torpeza e injusticia ofensivas. Pero los divide.

Los estados desarrollados y responsables tratan de corregir de cierta forma este proceso mediante la subvención social de las capas más pobres de la

población y salvando periódicamente de la bancarrota a grandes corporaciones, importantes para la economía del país y que garantizan gran cantidad de puestos de trabajo. Pero es sólo eso, una corrección que enmienda hasta cierto punto las consecuencias más negativas del fenómeno, pero no elimina, no liquida el fenómeno mismo.

La función de filtro del mercado no es simplemente uno de sus efectos secundarios, sino un importante mecanismo social y económico. Justamente el mercado crea la base y la intensidad de la motivación social de la personalidad, sea ésta un empresario o un trabajador asalariado, y de todos los sujetos de la economía. La aguda competencia en el mercado —proceso de división en primeros y últimos— es cada vez más dura, más cruel. Pero también la motivación se expresa con más energía y precisión, actúa con más fuerza. La presencia del “*pool* de fracasados” en todos los peldaños de la escala socioeconómica desempeña otra importante función: aquí se reclutan a todos los que estén dispuestos a cumplir deberes desagradables, pero socialmente necesarios. Hacer trabajos de poca calificación y prestigio; atender negocios de pocas ganancias y muchos riesgos; en general, de una forma u otra, ingresar en las esferas marginales de la economía. La presencia de personas dispuestas a trabajar por una remuneración relativamente mucho menor es, objetivamente, una de las principales premisas de la formación en la economía de nichos y esferas, donde por un tiempo se puede obtener un notable beneficio en la capacidad de concurrencia a cuenta de pequeños gastos iniciales (después crecerán, pero eso será ya después). Con ello se forma la base del dinamismo de toda la economía y de sus distintas ramas y sectores.

Todo esto en conjunto significa, sin embargo, que en las condiciones de mercado, en principio, no puede superarse el atraso relativo de sus distintas partes y participantes, y no debe ser superado “hasta el final”, con el fin de mantener el propio mercado y su capacidad de ser flexible, dinámico y sensible. No importa el mercado de que se trate: interno del país, mundial o global.

Así o más o menos así es hoy nuestra percepción de cómo administra la humanidad, de cómo funciona económicamente. Parecería que semejante mirada al capitalismo está privada de perspectiva, de suposiciones respecto al fundamento y posibilidades de progreso de las formas de organización de la sociedad existentes. Pero aquí, a propósito, no está de más preguntarse: ¿y cuánto se

corresponden en general la imagen actual y la acción real del sistema de administración capitalista con su sentido inicial?

Por paradójico que sea a primera vista, los principios modernos de la economía mundial y del sistema de administración contradicen, en fin de cuentas, las bases del régimen económico y social que se llama capitalismo.

Históricamente, el propio capitalismo nació no del crecimiento económico ("producto", rendimiento del modelo occidental de administración), sino de una revolución en la esfera de la ética y la religión, de lo que M. Weber denominó el "espíritu del capitalismo". El capitalismo surgió no como sistema económico, sino como ascesis laboral de origen ético y religioso.

La formación de la sociedad de consumo, de la reprobación hedonística del "moloc de la historia", el deseo de librarse del peso del trabajo "en el sudor de su frente" y de luchar por una vida digna, se convierte en el problema del Occidente de hoy. La economía de Occidente se toma, cada vez en mayor grado, economía de producción de nuevas necesidades artificiales, obligando al hombre a querer siempre algo nuevo y alejándolo de la tensión de la existencia. Asegurar trabajo a los ciudadanos se convierte en fetiche de la creación de nuevos y nuevos nichos laborales cuasi económicos, que permiten remunerar esa actividad.

Indudablemente, esto crea un fondo confortable para la existencia y permite asegurar el crecimiento de la economía de los servicios, pero priva al mundo civilizado no sólo de "voluntad para vivir", sino también de comprender los valores del desarrollo del hombre y de la humanidad. Para los individuos de la sociedad de consumo el trabajo se convierte de fuente de vida en suplemento adicional y "camuflaje" de la posibilidad de consumir y deleitarse.

Pero la mayor paradoja y problema del Mundo Nuevo es que, al examinar todo este conjunto de problemas postmodernos del desarrollo del hombre y de la humanidad, debemos comprender que una enorme parte de la población de la Tierra no sólo no se halla ante semejante tipo de interrogantes, sino que, en principio, la inquietan problemas mucho más sencillos y "terrenales", como diríamos ahora. Estos problemas tienen que ver más bien con la época del establecimiento de las sociedades modernas, y no con la época postmoderna.

Y aquí tenemos ya el problema social de los Tiempos Nuevos. Los distintos países, pueblos y sociedades del mundo moderno se encuentran en diferentes etapas de desarrollo, en diferentes épocas, y su agenda es diferente. Y justa-

mente estas diferencias se toman críticas porque no son diferencias de orden cuantitativo ni consecuencia del desarrollo por etapas, como preferentemente ocurría antes, sino diferencias cualitativas.

El progreso, de movimiento consciente de la humanidad hacia adelante, basado en objetivos y valores, se convierte en interacción espontánea y equilibrio de contenciones y contrapesos de multitud de fuerzas de distinta orientación y, en ocasiones, desconocidas. Pero hay que estirar mucho el vector de su movimiento browniano para que pueda ser denominado progreso. "La mano invisible del mercado", que en la idea inicial se apoya en el espíritu moral del capitalismo y en la libertad cristiana de elección que conduce al mundo al florecimiento, se convierte en destreza misteriosa de las manos bajo la mesa de la economía global.

Sería peregrino afirmar que el crecimiento no es necesario o tiene una importancia secundaria. Mientras más sólido, rico y variado sea el fundamento material, mejor, más plenos y de mayor calidad pueden ser los otros aspectos de la vida de la personalidad y de la sociedad. Más aún, sería peregrino negar que la necesidad de crecimiento económico en el mundo actual es enorme.

Pero esa necesidad se basa en una comprensión diferente de los objetivos y tareas del desarrollo de la civilización mundial. Precisamente porque la pobreza y el atraso han salido de "los quintos infiernos" del planeta y se han convertido en un problema global, se necesita no sólo el crecimiento económico, sino el retorno al "espíritu del capitalismo", emplearlo para la solución exitosa de los problemas sociales. Y esto ya implica mecanismos muy diferentes y no sólo sociales, administrativos, políticos, jurídicos y otros, sino también económicos.

El mercado debe crearse y garantizar el crecimiento no de la economía mundial "en general" y no sólo de los países más desarrollados y avanzados, incluso sin ese crecimiento. El mercado moderno debe cumplir estas funciones ante todo allí donde hay pobreza y necesidades grandes, pero no hay poder adquisitivo para cubrirlas. Si en el pasado el crecimiento económico creó las bases para regular la economía de los países más desarrollados del siglo xx y con ello condicionó que aumentara su aislamiento de la masa fundamental de estados, ahora el objetivo del crecimiento debe ser el auge acelerado de los países y regiones menos favorecidos y más problemáticos.

Se trata de la necesidad de cambiar el énfasis: no crecimiento por sí mismo, sino crecimiento para garantizar los objetivos macrosociales. Mientras tanto,

sigue funcionando el modelo de crecimiento establecido históricamente y orientado en la práctica a satisfacer las necesidades, en primer lugar, de los países desarrollados, entre ellas, ante todo, las necesidades del crecimiento de sus economías. Paradójicamente, hay crecimiento económico, pero en su aspecto tradicional y con las "tecnologías" tradicionales para lograrlo no disminuye, sino que agudiza los problemas de la humanidad contemporánea.

Es poco probable que el mundo del siglo XXI pueda mantener la estabilidad si se limita a tratar de reducir al mínimo los gastos del crecimiento tradicional, a conservar las bases del modelo de progreso anterior, si se apoya en el modelo de administración capitalista, estéril y privado de su base moral inicial.

## 1.4. El mundo postindustrial

Sin embargo, cuando hablamos del problema de garantizar un desarrollo y crecimiento más justos en interés de toda la humanidad y no sólo de sus partes, sobreentendemos que el propio sistema moderno de administración y de organización político-económica no se desarrolla. Pero, ¿es así?

El Mundo Occidental contemporáneo ha pasado de hecho a una nueva etapa de desarrollo llamada con frecuencia postindustrial. Este término expresa ante todo el contenido económico de la actividad de la civilización moderna, contenido que se relaciona con el establecimiento de una nueva economía global, que se desarrolla, principalmente, como economía de las tecnologías basadas en los conocimientos y como economía virtual, de la información, del capital financiero.

Sus principios de organización y funcionamiento ya hoy día se diferencian en un grado bastante alto de la estructura tradicional de las sociedades industriales. Las posibilidades por descubrir son también grandes. ¿Quizás precisamente aquí debemos buscar hoy la salida de los atolladeros del desarrollo, cada vez más evidentes?

En realidad, la idea de progreso científico-técnico y tecnológico, de progreso de la ciencia de los conocimientos que determinan la nueva cualidad y el futuro del mundo resulta bastante interesante. En la economía postindustrial y, en el sentido analizado, postmoderna de Occidente se percibe y lee con claridad el

empuje, el intento de salir a nuevas líneas y principios de organización de la economía, rebasar las limitaciones inherentes a la organización económica tradicional. Empleando la fraseología económica marxista, se podría decir que el postindustrialismo es el intento de superar la dependencia de la economía de aquellos instrumentos fundamentales que hasta ahora han servido a su desarrollo —los recursos naturales, el trabajo físico humano y el capital de producción. La nueva economía estimula y pone al servicio de la sociedad otras fuerzas, ante todo, el potencial innovador de la ciencia y los conocimientos, la perfección tecnológica que se reproduce a sí misma y la información. Como resultado de ello cambia la propia imagen de la economía —su elemento clave se torna el individuo que posee conocimientos, que se apoya en las tecnologías electrónicas y en la red informática mundial, en lugar de las imágenes de los complejos industriales gigantes.

Las posibilidades que en consecuencia se abren pueden estar vinculadas a la superación de las barreras del progreso, evidentes a partir del análisis de la lógica moderna del desarrollo, a la transición hacia una nueva fórmula de progreso, que permita limitar el empleo de los recursos naturales y de otros tipos de recursos, sin detener su desarrollo. Posiblemente podamos descubrir también en la nueva economía el potencial para vencer el atraso global si encontramos la forma en que se pueda integrar el mundo entero en los marcos de un medio informático unido y realizar el potencial creador, incluso de las sociedades más atrasadas.

En la medida en que el postindustrialismo se vincule al desarrollo, principalmente del potencial creador del hombre, el trabajo mismo adquiere de nuevo sentido de valor y dimensiones morales, que, claro está, no serán iguales a las de la ética cristiana del capitalismo temprano, pero, sin lugar a dudas, estarán relacionadas con las bases de la concepción del mundo en general y con el sentido de la permanencia del hombre en este mundo.

No obstante, por ahora no se justifican las suposiciones sobre tal desarrollo de los sistemas postindustriales.

La capacidad de producir lo nuevo, nuevas tecnologías, nuevos conocimientos, invenciones, se torna base del progreso económico y social, así como del crecimiento de la personalidad. El salvoconducto al mundo postindustrial es la capacidad de crear una tecnología única y un producto, sobre la base de esta tecnología, en el que el mundo esté interesado. Pero estos nuevos criterios de

desarrollo siguen existiendo en la lógica de las viejas concepciones sobre el sentido de la práctica económica y en condiciones en que se mantienen las anteriores normas de interacción internacional, global.

El control de las líneas de avanzada del desarrollo, y por ende de las posibilidades de ese desarrollo, constituye el recurso fundamental de la civilización occidental. La dominación económica de Occidente y su estrategia de hegemonía se basan en monopolizar las nuevas líneas del desarrollo tecnológico y en extraer de esta dominación superbeneficios y la posibilidad de asegurar que la existencia del mundo entero dependa de él.

Los resultados obtenidos sobre la base del superconocimiento no sólo son inalienables de sus creadores, sino que conforman las premisas de distintas personas, corporaciones, estados, de las cuales se derivan. Con esto se acentúa la polarización, la desigualdad del mundo y su dependencia del nuevo conocimiento.

En este sentido, Occidente vende al mundo sólo los resultados de su predominio intelectual y tecnológico, pero no el propio predominio. Además, los otros países aunque adquieran los resultados del conocimiento tecnológico y científico occidental, no tienen posibilidades tecnológicas e intelectuales para su reproducción. Y la famosa fuga de cerebros, en cierto sentido, es en realidad un problema fundamental para muchos países del mundo, puesto que para ellos significa la pérdida del potencial productor de lo nuevo y de la reproducción de ese potencial.

Al mismo tiempo, es evidente el establecimiento de una economía financiera global, con cuya ayuda tanto los estados como los diferentes grupos de intereses privados también aseguran las tareas de extraer superbeneficios de la pirámide financiera mundial de las especulaciones de la bolsa y del negocio de la deuda. Esta segunda parte del postindustrialismo se contrapone en su esencia a la tendencia de la nueva definición del potencial humano y del sentido del trabajo creador valor.

La economía financiera virtual constituye en menor grado una economía de producción, siendo, en esencia, un sistema absolutamente virtual de autorreproducción de los beneficios, del dinero por el dinero, donde el propio dinero desde hace tiempo no tiene relación con su garantía de producción y laboral y se ha convertido en fetiche informático, en cifras vacías en los ordenadores, cuya garantía toda descansa en el sistema global de dominación de la información por parte de Occidente.

Este sistema, que hace ya tiempo perdió la relación entre la economía real y los instrumentos financieros derivados de ella, es, en esencia, un mecanismo no sólo de bancarrota diferida de la economía mundial, sino, en forma pura, un sistema que carcome el futuro. La economía global, las concepciones respecto a ella como mecanismo global del desarrollo, hacen recordar cada vez más la fe en las pirámides financieras, donde el móvil fundamental es o la clara comprensión de que ganarás si estás en la cúspide de la pirámide, en las primeras filas del proceso, o, simplemente, la fe en que tú lograrás obtener lo tuyo, y el engañado será alguien que se encuentra más abajo. Este proceso se complementa con el interés objetivo de los líderes del mundo por mantener el atraso del resto del mundo, necesario como base del bienestar del sistema globalizado.

Los procesos políticos y económicos se desenvuelven en un grado cada vez mayor en los marcos del espacio político informático, virtual de los torrentes de información, de las finanzas, de las decisiones autoritarias, de los recursos simbólicos y de los conocimientos. El desarrollo de la economía postindustrial de Occidente, en mayor y mayor grado, convierte estos procesos y el mundo entero en sociedades de postproducción y postrabajo.

En el mundo toma forma un nuevo tipo de desarrollo dependiente. Éste se determina no tanto por la dependencia de recursos que pudiera padecer precisamente Occidente ni por la dependencia financiera, sustancial en el ámbito del problema de la deuda externa o de la falta de inversiones, por ejemplo, para Rusia. La dependencia informática y tecnológica relacionada con la creación de una nueva cualidad del desarrollo se torna el tipo más importante de dependencia.

La dependencia del desarrollo se manifiesta también en que sólo Occidente tiene recursos para de hecho permitir o no a unos u otros países que lo alcancen e interactúen con el mundo postindustrial. Ello radica en consentir la exportación de tecnología y en invertir. Tal paquete de control de la influencia sobre el desarrollo de los demás es mucho más significativo que el control directo.

Pero los problemas del desarrollo de las sociedades postindustriales no se limitan a esto. Si el problema estuviera sólo en la creación de una nueva base y una nueva tecnología de predominio de la civilización occidental, podríamos decir que se trata de la reproducción en un nuevo nivel de todo el conjunto de problemas del desarrollo económico de la civilización, aunque en él también aparecen algunas posibilidades, no importa cuán débiles sean, para superar con el tiempo y con cierta voluntad las anteriores dificultades.

Un instrumento clave y decisivo para normalizar la situación global debe ser, justamente, emplear las tecnologías para tratar de abrir una brecha en el círculo vicioso de las actuales tendencias del desarrollo. En fin de cuentas, en la historia mundial tales crisis sistémicas siempre originaban intensificación tecnológica, y eran superadas por ésta. La propuesta, tan romántica como irreal, de frenar el desarrollo, de crear un “nuevo Arcaico” a imagen y semejanza de la naturaleza primaria, se percibe como una utopía.

Pero vencer los atolladeros del desarrollo con la ayuda de la nueva sacudida tecnológica requerirá de un grado totalmente diferente de conciencia y será en extremo complejo controlar la tentación de unos u otros grupos a negarse a autolimitarse en aras del dominio y poder mundial sobre la humanidad. Y aquí justamente se esclarece que la marcha impetuosa del progreso científico-técnico y la transformación de las bases esenciales de la organización económica en condiciones de postindustrialismo originan una serie de procesos nuevos muy peligrosos. Las “tecnologías del futuro”, que hoy ya presentamos y que, en principio, pueden vislumbrarse como la solución de los problemas demográficos, económicos y sociales, son capaces tanto de alejar los horizontes de la vida como de plantear el problema de la destrucción de la humanidad en un plano no sólo práctico, sino absolutamente actual.

En un artículo de Bill Joy, cofundador e investigador principal de la compañía Sun Microsystems, gran especialista en nanotecnologías,<sup>1</sup> se expresa esa inesperada y, para ser sincero, chocante idea. Si el siglo xx, escribe, fue el siglo de las armas de destrucción masiva (con las cuales, para bien o para mal, la humanidad aprendió a coexistir), ahora ha llegado el siglo de los *conocimientos de destrucción masiva*.

Digamos que para la producción de la bomba atómica se necesitan enormes gastos financieros, de materia prima y otros, que en el siglo xx sólo pudie-

1 Nanómetro —milmillonésima parte del metro— es una medida comparable con los átomos y las moléculas simples. Elementos de esta magnitud permitirán grabar información con una densidad de un bit por molécula y, en resultado, los ordenadores adquirirán una memoria prácticamente ilimitada y una rapidez limitada sólo por el tiempo en que la señal pasa por el aparato.

ron permitirse algunos estados muy poderosos. Por tanto, el empleo de esta arma y todo lo que se relaciona con ella (la documentación científica y técnica, los ensayos, etc.) estaba bajo estricto control y era objeto de acuerdos entre los gobiernos involucrados, conscientes de su responsabilidad ante sus pueblos y la humanidad.

El desarrollo de las nanotecnologías, así como de la ingeniería genética y la robótica trae consigo, a la vez que enormes bienes para la sociedad, nuevos medios de exterminio mutuo, igual de traumáticos, pero incomparablemente menos costosos. Ya se escapan del control estatal y caen en manos de corporaciones bastante ricas, y, en perspectiva, en manos de pequeños grupos.

El desarrollo combinado de la economía virtual global del dinero y de las nuevas tecnologías engendra la posibilidad de una nueva desmoralización de la actividad económica, del desarrollo acelerado de la economía subterránea y criminal, de la economía del terror. Los procedimientos de terrorismo político, cada vez más rebuscados, hacen problemática también la invulnerabilidad de las estaciones nucleares, de las producciones químicas y de los depósitos militares; es probable que, en un futuro cercano, se hagan realidad las "microbombas" nucleares y otras originales sorpresas.

Se espera que para el año 2030 la capacidad de los ordenadores aumentará en millones de veces, en comparación con el año 2000, y la dependencia de la totalidad de los procesos sociales de los sistemas informáticos alcanzará tal profundidad que la destrucción "virtual" de estos últimos equivaldría a la atrofia de toda la actividad vital social. Pero esto es sólo la mitad de la desdicha. Tales ordenadores permitirán producir nanovirus (virus no virtuales, sino completamente materiales), capaces de destruir selectivamente a la gente con las características genotípicas establecidas a capricho del programador.

El hecho más pavoroso consiste en que la producción de esta arma será muy barata y asequible, y ya no sólo los estados, sino tampoco las corporaciones comerciales estarán en condiciones de controlarla: puede convertirse en patrimonio de pequeños grupos de psicópatas con formación informática.

Joy no excluye que, en general, a consecuencia de un error totalmente probable, los nanovirus escapen del control del hombre. Entonces, al ser más pequeños, efectivos y agresivos que los organismos vivos, pueden destruir en pocos días todas las moléculas proteicas, sin excepción, en la Tierra.

El desarrollo de las tecnologías provoca además una serie de problemas ecológicos y problemas relacionados con la concepción del mundo. Por ejemplo, no es posible dar solución a escala mundial al problema del suministro, al problema de satisfacer las necesidades de alimentación de la población creciente de la Tierra en los marcos de la agricultura tradicional. El problema, en principio, sólo puede ser resuelto con ayuda de las tecnologías génicas, del desarrollo de la obtención de productos genéticamente modificados. De igual forma, si empeora la economía, el problema del aseguramiento de la salud y de la calidad de vida sólo puede resolverse, en principio, con ayuda de las tecnologías de clonación clínica de los órganos. En esta vía o en las vías del desarrollo ulterior de las tecnologías virtuales e informáticas, muy pronto se hará realidad la cuestión de la inmortalidad real de los individuos. Y no hay que ser profeta para presuponer que las posibilidades de inmortalidad, o de prolongación infinita de la vida para algunas personas, se convertirá inmediatamente en un nuevo factor de estratificación social y racial de la humanidad.

Es evidente que todo esto constituye peligros sin precedentes, y la humanidad en su experiencia histórica anterior no pudo elaborar mecanismos adecuados de regulación cultural —“sistemas de resistencia a la estupidez”. Está claro que no se tiene conciencia total de las consecuencias de la utilización amplia de semejantes tecnologías y del desarrollo de estas tendencias.

## **2. ¿Globalización interrumpida?**

Mientras más hablamos de las barreras del desarrollo económico del mundo moderno, más evidente resulta que todas ellas están relacionadas de una u otra forma con el choque del mundo consigo mismo como resultado de la asimilación total del espacio terrestre. De una forma u otra, pero justamente esa es la base del progreso de la globalización, o sea, los intentos de pasar de la asimilación extensiva del mundo, de aumentar gradualmente el espacio civilizado, a su asimilación intensiva en momentos en que las posibilidades de resolver los problemas con ayuda de nuevos territorios y recursos no explotados son cada vez menos. La idea de “limitar el desarrollo” resulta sólo un caso parcial de los “límites del mundo mismo”, de la estrechez física del globo terráqueo.

La globalización está vinculada, principalmente, al desarrollo económico y al establecimiento del sistema de relaciones internacionales. Sin embargo, sobre la base de este proceso tiene también lugar la globalización de la organización política, social y cultural de la humanidad. El contenido de estos procesos tiene su lógica y su dinámica. En ellos podemos advertir también los nuevos problemas del mundo postmoderno y, posiblemente, los recursos para superar los atolladeros del desarrollo que faltan precisamente a la globalización contemporánea, preferentemente a la económica.

Y, sin embargo, debemos ver que justamente la resistencia en la esfera de la globalización y unificación de las estructuras sociales, políticas y culturales es mucho mayor y más intensa que la misma resistencia en la economía o en el sistema de las relaciones internacionales político-militares. Justamente por eso, aquí más bien esperamos ver y en realidad observamos signos de reacción ante la *trend* hacia la globalización del desarrollo mundial, que se deben al aumento de la conciencia de sí mismas de las diferentes sociedades y culturas, a su reclamo de autonomía y de visión propia, no sólo ya de las perspectivas de desarrollo propias, sino también de las perspectivas de la evolución global.

Así surge el mundo global unido, donde la idea como recurso de incremento de la universalización del desarrollo, ya no sólo en la economía, sino también en otras esferas, se combina con la tendencia a la competencia global de las distintas sociedades por su futuro y por su derecho a determinarlo. El proceso de globalización se complementa con nuevas divisiones de la civilización, las cuales, por lo visto, sólo se acentuarán en la medida en que los límites del mundo sean percibidos por nosotros con mayor claridad y precisión.

## 2.1. Globalización y westernización: ¿un mundo unido o la “privatización del futuro”?

En todo el desarrollo del Occidente contemporáneo se lee claramente la enorme tentación de la “humanidad civilizada” de pasar a una nueva estrategia de progreso sólo para sí, de “privatizar el futuro”. Hace ya tiempo que el “mundo civilizado” trata de equilibrar el aumento de las ambiciones y necesidades pro-

pías, de una parte, y la autoconservación, de la otra. El ascenso del bienestar y del poderío tecnológico de Occidente crea una ilusión de omnipotencia, porque la comprensión del carácter limitado y del peligro de semejante desarrollo se suprime de la conciencia actual, habitual del ciudadano occidental y de las elites gobernantes.

Esto era inherente también al mundo comunista, y no sólo a los países occidentales. En fin de cuentas, la idea comunista, con toda su oposición a la civilización occidental contemporánea, era de origen una idea occidental, "interna" y por tanto comprensible. El comunismo proclamaba los valores del progreso no menos y de manera más consecuente que el Mundo Occidental. Y la utopía comunista del "reino de Dios en la Tierra" no se diferencia mucho en su esencia de la idea del "millar de millones dorado". En general esto era ante todo un conflicto dentro del Mundo Occidental, su elección interna de una de las variantes de "elegidos".

Después que el derrumbe del "segundo mundo", la alternativa comunista, abrió ante Occidente posibilidades de dominación ilimitadas, el sistema de conflictos mundiales se puso de manifiesto con mayor precisión y claridad en las pugnas por los recursos y la supervivencia en los marcos del proceso general de "expansión globalizadora". Y al perder en la URSS a un oponente global que pretendía controlar el mundo entero y atraer a su órbita a toda la humanidad, Occidente perdió también la motivación y la necesidad de pretender "salvar" el mundo, y prefirió limitarse a crear el futuro sólo para sí.

La etapa actual de los procesos de globalización se desenvuelve en un período en que en el sistema de las relaciones internacionales un Estado —Estados Unidos de América— se ha separado enormemente de todos sus competidores, amigos y rivales, incluso de los más próximos a él. Y se ha separado de ellos muy hacia adelante y de una vez en todo un conjunto de indicadores que determinan el poder y la calidad del desarrollo de un país moderno: el potencial económico y militar, los recursos y posibilidades financieras, el nivel de la ciencia y la técnica y muchos otros.

Pero hoy día el Mundo Occidental en general se ha separado del resto de la humanidad de forma similar.

Este hecho indiscutible suscita, forzosamente, la siguiente interrogante: ¿no se convertirá la globalización, en tales condiciones, en cierto género de

neocolonialismo novísimo, esta vez norteamericano? No se trata incluso de si los propios países de Occidente desean o no ese desarrollo (allí hay tanto fuerzas que lo desean, como quienes ven en tal desarrollo de los acontecimientos peligros potenciales). ¿Adónde se dirigirá objetivamente, cómo se comportará en los próximos decenios el “vector” tendencia a los cambios en el mundo bajo la influencia de ese factor?

La propia estrategia occidental de “derribar” las tareas mundiales, de “convertir en crisálida” y *privatizar el futuro*, nueva en sí misma, ha generado una peligrosa disminución del espacio de los proyectos globales de organización del mundo. El “mundo restante” se ha quedado solo, aunque, es cierto, recibió la propuesta de Occidente de competir internamente por el derecho a unirse al “millar de millones dorado”.

La doctrina del “choque de las civilizaciones”, promovida a principio de los años 90 del pasado siglo por S. Huntington, es hoy “lenguaje del pasado” en tanto cuida como a la niña de sus ojos el postulado de la autoconciencia occidental: la idea de la desigualdad de valor de los diferentes sistemas civilizados y la identificación del Mundo Occidental en oposición a otras plataformas socio-culturales. Como resultado, este enfoque resulta solamente una variación sobre el tema de la doctrina progresista del “fin de la historia”, en la que el mismo se relega, pero no se elimina y en la que Occidente sigue siendo la civilización más moderna y que ya hoy materializa el futuro del mundo.

Este enfoque es un ejemplo indignante de cómo la agenda de ayer, y acaso la de anteayer, se ofrece como moderna, mientras que los problemas reales del día de hoy y del futuro se ignoran.

Sin embargo, ¿tiene Occidente suficientes fundamentos para declararse abanderado de la civilización mundial? No hace tanto tiempo que para la mayoría de los intelectuales europeos y norteamericanos era evidente lo contrario: la civilización occidental está en profunda crisis y en el umbral de una transformación. Citemos sólo uno de los muchos diagnósticos del mal: “La crisis afecta simultáneamente casi toda la cultura y sociedad occidentales, todas sus instituciones principales. Es la crisis del arte y la ciencia, de la filosofía y la religión, del derecho y la moral, del modo de vida y de las costumbres. Es la crisis de las formas de organización social, política y económica, incluyendo las formas del matrimonio y la familia. En pocas palabras, es la crisis de casi toda la vida, de las

formas de pensar y comportarse inherentes a la sociedad europea. Para ser más exactos, esta crisis reside en la decadencia de las formas fundamentales de la cultura y la sociedad occidentales de los últimos cuatro siglos.

Estas no son palabras de un comunista, sino del notable filósofo y sociólogo norteamericano Pitirim Sorokin. Decir que él no es el único no es nada relevante: durante todo el siglo xx hemos estado conociendo de los atolladeros en que se ha visto la nueva civilización europea precisamente por los pensadores occidentales.

Hace aún poco tiempo era evidente que las ideas mismas de desarrollo y progreso sobre las que se construye la civilización occidental experimentan una profunda crisis. No pueden hallar solución al abismo de valores y sentido que separa cada vez más el continuo desarrollo de las tecnologías, el aumento de la población de la Tierra, de los medios de asimilación del mundo, por una parte, y el carácter finito de los recursos del planeta, las desproporciones del desarrollo, el aumento del abismo entre los ricos y los pobres, por la otra.

Ya tampoco se debaten los enfermizos problemas de la "sociedad de consumo". Las discusiones e investigaciones respecto al alarmante vacío de valores de sentido vital, al carácter ilusorio de la existencia consumista, etcétera —no quiero repetirme—, han desaparecido de manera misteriosa. Y los problemas y conflictos originados por estos fenómenos se parecen muy poco al "fin de la historia". ¿Cómo es posible considerar imperativo para el mundo entero un modelo que necesita él mismo de cambios y correcciones sustanciales?

De la misma forma misteriosa han sido olvidados los logros humanísticos del pensamiento occidental. Durante más de cien años se ha estado realizando un difícilísimo trabajo para superar la imagen eurocentrista del mundo. Se trata del viejo modelo de la concepción del mundo, llegado del Medioevo, que no reconocía el derecho de las civilizaciones que responden de manera diferente la pregunta para qué vive el hombre. Las universales del iluminismo, el racionalismo de las ideas evolucionistas, modernizadoras, todo fue sometido a minuciosa pesquisa y aniquilado en los trabajos de escritores, filósofos, científicos. Ellos mostraron que el poderío tecnológico, militar y financiero de los países occidentales, el agradable confort de la existencia cotidiana ocultan la depauperación de las bases fundamentales de la nueva civilización europea. Parecería que ya no es posible escapar a la revisión de las bases mismas del modelo occidentocentrista.

Y de repente, después de que se han escrito cientos de libros al respecto y se ha dicho más aún, el occidentocentrismo resucita, como los cadáveres en los *thrillers*. El *establishment* político resultó de pronto convencido de que posee el único secreto correcto de la organización del mundo.

Pero el destino más infeliz correspondió al principal logro del humanismo: a la idea de la unidad de la humanidad y de la igualdad de derechos de los hombres. Esto, por supuesto, era sólo un postulado. Y no obstante, por extraño que parezca, se observaba. Los países desarrollados consideraban un deber incondicional preocuparse por los débiles simplemente porque todos somos humanos. Se preocupaban por los pobres, los analfabetos, los hambrientos. Decían que había que elevarlos hasta el nivel de los desarrollados, ayudarlos a alcanzar la prosperidad. Y no sólo lo decían, sino que mucho trataron de hacer. ¡Cuánto tiempo y recursos empleados! ¡Cuántos tomos de resoluciones y acuerdos escritos! ¡Y qué? Todo o se limitó a una retórica maravillosamente asfixiante o se cubrió de costras burocráticas. Ya no existe el sentimiento de responsabilidad por los débiles y hambrientos: es normal, señores, esa ha sido su elección, es su culpa. Y por eso reducimos al mínimo la ayuda a los países no occidentales, se la concedemos sólo en caso de que la falta de esa ayuda pueda implicar amenazas directas a los intereses de Occidente.

El mundo, que hace todavía poco tiempo era humanitario y unido, de pronto comenzó a dividirse a partir de un principio estratégico: los que forman parte de la zona de intereses de los países occidentales y los que no están en esa zona, que no son necesarios y, lo principal, que no representan un peligro. Interesarse en estos últimos no se aprueba, en sentido general.

Además, hoy Occidente ha caído en la trampa de su propia estrategia progresista para "los suyos", del proyecto de futuro para el "millar de millones dorado". Mientras que antes, en la época industrial, la integración de otras sociedades dentro del contorno del modelo económico, social y político occidental podía ser necesaria para el desarrollo del propio Mundo Occidental, hoy día, a la luz de las particularidades del desarrollo de la nueva economía y sistema social global postindustrial, tal integración, en primer lugar, genera problemas internos adicionales a las sociedades occidentales y, en segundo lugar, no es estrictamente necesaria desde el punto de vista de las perspectivas del desarrollo de Occidente.

Pero como "la naturaleza no tolera el vacío", con bastante rapidez se presentan nuevas alternativas en sustitución de la alternativa global del "millar de millones rojo". La formación de la propia internacional islámica, que promueve hoy día la tesis de la "globalización islámica" —tesis que resulta atractiva a una gran cantidad de habitantes de la Tierra— contrapuesta al "mundo cristiano moribundo" muestra claramente que la idea de "privatización del futuro" es muy atractiva no sólo para Occidente, sino también para sus enemigos.

La lógica de razonamiento es sencilla: "Si los recursos del planeta son de todas formas limitados y no todos estamos predestinados a sobrevivir, entonces, ¿por qué debe ser la civilización occidental y no nosotros? Además, no son atendidas las tentativas de justificar la prioridad de los intereses de Occidente a partir de que la civilización moderna, el progreso científico-técnico y todos los logros de este mundo han sido creados principalmente por él.

En primer lugar, los enemigos del "mundo civilizado" pretenden hablar a nombre de la mayoría absoluta de la humanidad —de la "mayoría oprimida", además. Y, en segundo lugar, las alusiones de Occidente a que su liderazgo intelectual y tecnológico asegura el progreso de la humanidad se cruzan, generalmente, con afirmaciones en el espíritu de que el "alejarse de la naturaleza", la "soberbia de los conocimientos" y el "progreso científico-técnico como obra del diablo" es lo que ha dado lugar a los problemas globales de la humanidad. Y por eso, según la lógica de los enemigos del Mundo Occidental, el rechazo al progreso, la salida de sus líderes de la nave de la historia y el retorno a la naturaleza y a la tradición del temor de Dios permitirán al mundo sobrevivir.

Pero si las civilizaciones diferentes a aquella que pretende hoy la hegemonía no piensan rendirse ni nivelarse ni abandonar su camino, ante tal orientación ideológica nada impide a los "adelantados y civilizados" castigar a los "atrasados e inconscientes". Esto significa, como mínimo, ampliar la militarización, contribuir a la hipertrofia de los servicios secretos, a que se fabrique y acumule todo el armamento posible.

En fin de cuentas, el fundamentalismo de los "elegidos occidentales" tropieza aquí con el fundamentalismo similar de sus enemigos. Y, al parecer, no habrá vencedores en esta disputa, porque en determinada etapa predominará la intención de no dejar que triunfe el otro.

Como resultado, la anunciada época del "choque de las civilizaciones" corre

el riesgo de convertirse en un *nuevo Medioevo* de lucha de todos contra todos para destruirse mutuamente. Máxime, cuando el nivel actual del desarrollo tecnológico hace que esa destrucción mutua total sea mucho más real y probable que cualquier hipótesis de posibilidad de supervivencia del mundo. La autodestrucción total del mundo será sólo cuestión de tiempo, y no muy lejano.

## 2.2. Geopolítica y “geoconomía” del Mundo Nuevo

El problema de la globalización consiste en la forma en que ésta unifica y transforma el mundo hoy día, al estar relacionada, preferentemente, con el proceso de establecimiento de la dominación mundial de Occidente. Tal proceso de globalización, desde el punto de vista de la historia, no es más que una situación contextual consolidada por determinado conjunto de características del mundo actual. Sí, este proceso enfrenta hoy debates encarnizados e incluso resistencia política y social. Pero, no obstante, el vector actual del desarrollo de los procesos de globalización no invalida por sí mismo el establecimiento de un mundo unido, su fusión y “coagulación” en un sistema unido e interdependiente. Y este proceso, al ser absolutamente objetivo, no puede ser detenido con nuestros esfuerzos.

Además, si decimos que la globalización actual es ante todo el proceso de dominación del Mundo Occidental, debemos comprender que no se trata simplemente de la expresión histórica concreta del proceso de globalización, sino de la estructura que rige el proceso de globalización y que se pone de manifiesto en la nueva geopolítica del mundo moderno.

El mundo moderno es el Mundo Nuevo que se establece, donde ya se ven islotes de la nueva estructura que se reunirá en un nuevo mapa político del mundo o lo rechazará completamente a causa del sinsentido de marcar fronteras territoriales administrativas y estatales en la nueva configuración del mundo.

El mundo actual no es un mundo unipolar ni multipolar. Es un mundo con una cantidad indeterminada de polos, donde no se conoce con certeza ni hasta el final no sólo su número, sino tampoco lo que representan, cómo están organizados, cuáles son su cualidad, estabilidad y objetivos, cómo se comportarán y cuán predecibles podrán ser en las distintas situaciones.

Tal situación refleja la tendencia global relacionada con la crisis del modelo clásico de Estado y con el desarrollo de otras formas de autoorganización y estructuración social y política del mundo.

Hoy día se fortalece cada vez más la idea respecto a la formación de una "geoconomía" global. Tal enfoque refleja, precisamente, la tendencia relacionada con la creación preferente y de primer orden de la unidad económica global del mundo y con la importancia de esos factores en la transformación ulterior de la humanidad.

La geoconomía global se alza ante nosotros como un sistema nuevo de organización del orden mundial, vinculado a la especialización global y a la división del trabajo entre las distintas regiones del mundo, al fortalecimiento del papel regulador y rector en ella no ya solamente de las corporaciones transnacionales (CTN), sino también de la economía financiera virtual global, ya mencionada por nosotros. Estas relaciones geopolíticas se desarrollan paralelamente a las estatales nacionales, conformando un sistema paralelo de organización del mundo que de una forma u otra deben tomar en cuenta los estados y posicionarse en él.

Las CTN se han revelado como casi totalmente independientes de los estados nacionales. No pocas veces las autoridades resultan simplemente impotentes ante los representantes del capital internacional, los cuales no permiten inspecciones, transfieren el dinero a la velocidad de la luz, hacen inversiones en distintos rincones del planeta, ocultan los ingresos en zonas francas, fuera del campo de acción de los estados.

Es como si existieran dos mundos paralelos. En el primero hay estados, fronteras, obligaciones internacionales; en el segundo no hay nada de esto. En uno rigen constituciones, leyes, el principio de división de los poderes. En el otro sólo existe la regla del juego libre de los capitales, más parecido a un juego sin reglas. Ambos mundos existen en el mismo espacio y, frecuentemente, están representados por las mismas personas.

El primero es relativamente estable: aquí las decisiones pasan por un proceso burocrático, se publican, se controlan, etc. El segundo es efímero y misterioso: aquí la gente actúa bajo seudónimos, a veces de manera virtual, surgen de la nada y se desmaterializan con la misma rapidez.

En el primer mundo vivimos nosotros. Es un mundo comprensible y visible.

Más aún, es como si estuviera especialmente preparado para ser visto y comprendido, para darnos imágenes en las que razonamos la vida.

El segundo está oculto y es inimaginable. Aquí todo es secreto, bajo la alfombra, en aguas turbias. No conocemos las leyes por las que se organiza, no está hecho para ser percibido. Es un mundo de seudónimos. Un mundo en el que la "protección de los valores liberales" es un fetiche igual a la guerra santa de que estuvieron hablando los preceptores de los talibanes, hasta que la situación cambió y en el mercado global decayó el "curso de las acciones" del fundamentalismo islámico.

Conjuntamente, se esclarece que la geoeconomía global está jerarquizada, en ella se distinguen sectores adelantados y atrasados, los cuales, además, están estrechamente interrelacionados con determinados países del mundo y coaliciones interestatales. Así, los EUA y todo Occidente son hoy los dueños del paquete de control de los sectores supra(post)industriales financieros, infraestructurales y de alta tecnología de la economía global, mientras que la región asiática del Pacífico se convierte poco a poco en un complejo industrial mundial, en el nuevo centro industrial del mundo. La materia prima está en los pisos inferiores, a los que, desafortunadamente, también Rusia se acerca cada vez más.

De esta forma, la lógica objetiva del desarrollo de la economía global es la competencia de los distintos estados, regiones, corporaciones y "piratas" de las finanzas globales por dominar los niveles jerárquicos más importantes y ventajosos de esa pirámide.

Al mismo tiempo, la era informática ha asegurado una verdadera globalización, ya que ha creado un universo de la información y la comunicación y ha permitido pasar a la administración global en un régimen de tiempo real, fuera y por encima de las fronteras estatales.

La difusión de las redes informáticas del tipo Internet, a todo lo largo y ancho del planeta, el fácil acceso y el poco costo de las comunicaciones entre los individuos, independientemente del lugar en que se encuentren, eliminan la dependencia determinante entre la intensidad de los contactos y la cuantía geográfica del costo de la vida (de la misma manera que la telefonización total de una gran ciudad hace que el círculo de nuestras amistades sea en gran medida independiente de la región en que vivimos). Esto, ya por sí mismo, puede convertirse en un poderoso factor que libere la esfera de los contactos humanos de

trabas geopolíticas e ideológicas. Dicha tendencia se complementa con el desarrollo, perfeccionamiento y abaratamiento de los medios de transporte, así como con la disminución de las barreras fronterizas.

Simultáneamente, la cualidad valor de las mercancías se desplaza cada vez más del contenido material y energético al contenido informático. Dicho de otro modo, el componente informático del producto asegura una parte cada vez más importante de su valor y ello no puede dejar de reflejarse en el contenido de la actividad de los servicios aduaneros y fronterizos: las funciones de los órganos del Estado comenzarán a desplazarse, gradualmente, de la esfera del espacio geográfico al ámbito informático "virtual".

En consecuencia, el espacio físico del mundo pierde su papel fundamental al ceder funciones al espacio político-informático mundial de la administración global. El proceso político se desenvuelve ahora no tanto en el espacio físico de los territorios y de su posesión, como en el marco del espacio virtual de los torrentes de información, las finanzas, las decisiones de poder, los recursos simbólicos y los conocimientos. En este sentido, muchos estados del mundo hoy día ni siquiera controlan su territorio nacional, por no hablar de la capacidad de influir de manera esencial en los procesos en otras regiones del mundo, es decir, tomar decisiones y apoyar procesos que, por sus manifestaciones y consecuencias, tienen importancia y carácter mundiales.

### 2.3. "Después del Estado": la crisis del modelo clásico de Estado y el sistema de la soberanía limitada

En consecuencia, la destrucción del principio de la soberanía nacional, base del sistema de estados nacionales, se torna importante tendencia del desarrollo del mundo actual. Ya hoy día se puede afirmar, con bastante seguridad, que son contados los gobiernos plenamente soberanos y autónomos en el mundo. Podemos mencionar con seguridad a EUA, China, la India, Rusia. ¿Y qué pasará después? Porque ya surgen dudas incluso con relación a los estados claves de la Unión Europea.

No hay lugar en el nuevo siglo para el principio del carácter inflexible e irrestricto de la soberanía estatal, como era visto en la segunda mitad del siglo xx.

En el futuro la estructuración del mundo en estados nacionales se transformará. Esto puede ocurrir a cuenta del, de hecho, nuevo colonialismo, la absorción de los estados más débiles por los más fuertes, o más bien veremos crearse superfederaciones globales del tipo de la Unión Europea. Es muy probable que, en el sistema de la geoeconomía global, ambos enfoques se combinen de una forma u otra en aplicación a grupos de países de diferente o similar nivel de desarrollo, respectivamente.

La también limitada autenticidad electoral de los estados en el nuevo sistema de relaciones internacionales refleja la tendencia a que el propio Estado pierda el *status* de sujeto fundamental y sistematizador de las relaciones internacionales y, simultáneamente, la tendencia a que se forme una nueva configuración de la autoridad global vinculada al área postindustrial, dueña del poder supertecnológico, que permite no sólo poner en duda la legitimidad de un Estado, sino asegurar su aniquilación informática, simbólica, económica y militar.

En la época del "Estado postelásico" comienzan a adquirir mucha mayor importancia la autoorganización horizontal y la interacción de las comunidades locales, creadas a partir de diferentes criterios y rasgos. El mapa político tradicional del mundo y el sistema de instituciones nacionales están expuestos a la erosión ante la red mundial del consorcio informático, de la que van perdiendo el control. El espacio político "se contrae", se compacta, destruyendo a su paso todo lo que se denomine progreso político nacional.

Las fronteras nacionales, el derecho, el idioma, las instituciones políticas, los medios de comunicación, las distancias, el tiempo, todo lo que antes protegía y determinaba el orden singular de la organización política de las distintas sociedades y estados, no puede salvaguardarlos hoy de las interacciones políticas globales.

Los sujetos transnacionales desempeñan un papel cada vez mayor en la política; pero ya no sólo las corporaciones comerciales, que antes eran, principalmente, agentes de los países desarrollados del mundo en su expansión global, sino también otras estructuras y organizaciones. Hoy son simultáneamente sujetos de la política en cualquier país los líderes nacionales y los representantes de otros estados, pueblos, organizaciones religiosas, del capital internacional y de diferentes movimientos sociales globales. Parte de ellos, además, no tiene un *status* completamente legal y representan el proceso político mundial "subterrá-

neo” y el crimen internacional. La aparición de estos nuevos sujetos de la historia da al mundo un nuevo contenido, no siempre comprensible y cada vez más extraordinariamente peligroso.

La propia crisis y el desarrollo insuficiente de las instituciones políticas internacionales sólo acentúan la importancia de las tecnologías políticas extrainstitucionales y extralegales.

De este “nuevo mundo horizontal” se desprende cierta amenaza al modelo actual de globalización vinculado a la dominación de Occidente.

Si el proceso de formación del nuevo mundo reticular antes afectaba fundamentalmente a los países en desarrollo, a los nuevos estados nacionales y era, en sentido general, un instrumento de expansión de Occidente, hoy día también los países desarrollados y más poderosos del mundo sienten sobre sí el factor “externo” y global en la organización del proceso político nacional. Los nuevos sujetos políticos globales adquieren tal fuerza y potencial de influencia que no sólo a los estados más firmes y estables, sino incluso a las uniones y agrupaciones político-militares de esos estados les resulta complejo enfrentarlos.

El terrorismo internacional (para ser más exactos, la guerra diversionista con aspecto de terrorismo) no es un fenómeno del todo externo con relación al mundo civilizado. El empleo de la televisión para demostrar su poderío es sólo la expresión más evidente. Pero, al mismo tiempo, cada día la “clandestinidad mundial” emplea los medios de comunicación, los sistemas financieros y las instituciones democráticas de muchos países del mundo. El ataque del 11 de septiembre del año 2001 produjo un gran efecto en el sentido de que puso en duda la soberanía del Estado más poderoso del mundo actual —los EUA. De esta forma, la idea, vaga para el hombre común y corriente, de que en el Mundo Nuevo el territorio y control soberano de éste son efímeros y secundarios con relación a la estructura real del poder en el mundo nuevo, se ha tornado de pronto totalmente perceptible, es decir, se ha materializado.

La debilidad de la estructura nacional estatal resulta aquí el principal problema de Occidente. Precisamente sobre ella y alrededor de ella se erigía el sistema de dominación global de la “humanidad civilizada”, con su ayuda se lograba controlar diferentes grupos de intereses y su autoorganización. En cierto sentido los enfoques actuales del desarrollo de las relaciones internacionales reflejan este peligro. Es evidente la tentativa de Occidente de conservar el siste-

ma estatal del mundo sobre la base de los conceptos de “soberanía blanda”, “dirección externa de los estados” e “intervenciones humanitarias”. Su objetivo es la formación de un nuevo sistema nacional estatal que se distinguirá por su permeabilidad para el mundo civilizado y su gobernabilidad.

Sin embargo, es poco probable que el proceso puesto en marcha pueda ya ser detenido. El movimiento mundial contra la globalización, que sólo parcialmente es expresión de la sociedad civil mundial, así como las ideas difundidas respecto a la naturaleza reticular del terrorismo internacional son los rasgos del nuevo mundo, de la “autoadministración global”, contra los cuales ya hoy resulta tan difícil luchar con las fuerzas del sistema internacional de estados nacionales, particularmente, de Occidente. El proceso de establecimiento del mundo reticular hoy día se convierte no simplemente en protesta contra el proyecto de civilización de Occidente, sino que, cada vez con mayor claridad, adquiere los rasgos de la globalización alternativa, la cual tiene variantes y consecuencias diferentes y en extremo peligrosas.

## 2.4. El fenómeno de la civilización dividida y el “nuevo Mundo Nuevo”

La imagen progresista del mundo, construida sobre la base de la exigencia de la globalización, del “occidentocentrismo” y de la linealidad del desarrollo de la civilización, resulta absolutamente inadecuada a la situación en el mundo y a las tendencias de su desarrollo. Observamos con toda claridad que *la contemporaneidad se torna contendiente*, se convierte en arena de enfrentamiento y elección real de diferentes modelos de desarrollo.

El carácter *sui generis* de la situación consiste en el surgimiento, en condiciones de globalización, de integración del mundo, del fenómeno directamente opuesto de una civilización dividida. En principio, el mundo postindustrial de los países más desarrollados de Occidente es totalmente capaz de “convertirse en crisálida” y existir independientemente de otros países, teniendo en cuenta incluso la dependencia de recursos existente, la cual, en perspectiva, puede ser tecnológicamente superada y disminuida. Además, teniendo como recurso fun-

damental los sectores informáticos, postindustriales de la producción, Occidente no depende de otros países y otros sistemas en lo que se refiere a la producción y desarrollo precisamente de este sector de su dominación.

Al mismo tiempo, el mundo en desarrollo, las sociedades tradicionales y países industriales de la contemporaneidad son perfectamente capaces de organizar su existencia —quizás no en un nivel lo suficientemente avanzado, desde el punto de vista de hoy día, pero sí bastante alto— sin los países de Occidente. Los gastos de calidad, nivel de vida y garantía de supervivencia de este mundo resultarán superiores a los actuales, pero, en general, le permitirán sobrevivir. Así, resulta que los dos mundos —el mundo de la postmodernidad postindustrial y el mundo de la masa fundamental de la humanidad— pueden existir perfectamente el uno sin el otro. Pero, al estar representados simultáneamente en la contemporaneidad, no pueden existir independientemente el uno del otro ni sin prestarse atención.

Al pensar en el Mundo Nuevo como marcha victoriosa de Occidente olvidamos que las tendencias objetivas del desarrollo de la civilización en la perspectiva de los próximos 50 años hacen de Occidente la minoría en disminución del mundo, la cual, a pesar de su expansión política y económica, al mismo tiempo se contrae como piel achagrinada. La historia de la humanidad deja de ser la historia de la Civilización Occidental y del Norte del planeta. Si antes, cuando en este mundo se concentraba más de la mitad de la población de la Tierra, podíamos decir que la historia del mundo era la historia de Occidente, actualmente no es así.

Por eso hoy, posiblemente, sólo observamos el comienzo del final del gran Mundo Nuevo de Occidente, el cual experimenta el ascenso anterior a la caída y que envejecerá y marchará al pasado sin haber logrado siquiera comenzar, según la medida histórica. Y el verdadero Mundo Nuevo será un mundo completamente distinto, del cual hoy día conocemos poco, a pesar de que esa mayoría silenciosa nos rodea por todas partes y lentamente, pero con seguridad, entra en el escenario de la organización moderna del mundo.

### **3. Los nuevos fenómenos de la historia**

El problema clave de la globalización resulta ser, en fin de cuentas, la cuestión respecto a cuán gobernable en general es el mundo, cuál puede ser el modelo

global más justo y, en cierto sentido, universal para gobernarlo. El problema de la gobernabilidad del desarrollo social se convierte en un problema clave porque lo más probable es que el mundo en autodesarrollo, en las condiciones actuales, llegue a su fin con bastante rapidez. Hoy los gastos de la espontaneidad del proceso global de creación del mundo son muy altos. Pero si esto es así y si la gobernabilidad es el momento más importante y esencial, es más importante aún comprender quién es el sujeto de esa gobernabilidad.

Conociendo la historia de la humanidad, debemos comprender bastante bien que de esta cuestión dependen muchas cosas. La voluntad política del gobernante resulta críticamente importante para el Estado de todo el sistema. Pero, en principio, no es correcto plantear el problema de la gobernabilidad del desarrollo social por parte de un sujeto o su grupo, independientemente de la calidad y nivel de que sean. No debemos dejarnos cautivar por la idea de buscar el modelo óptimo de configuración de las instituciones internacionales, de la organización del gobierno mundial, etc. Esa no es la tarea. La tarea más bien está en garantizar una organización del sistema global que contenga en sí un mecanismo político y social de autogobierno. ¿Cómo debe ser?

La respuesta a esta pregunta depende esencialmente de que seamos capaces de captar y comprender las tendencias esencialmente nuevas en el desarrollo de la sociedad y de nuestra civilización. Ya hoy día una serie de procesos nos obliga o, para ser más exactos, debe obligarnos, a hablar seriamente de los nuevos mecanismos y tendencias del desarrollo global.

### 3.1. El futuro de la democracia y la amenaza de una guerra civil mundial

La "humanidad civilizada" debe meditar sobre el problema de la integración de toda la población del planeta, y no sólo del "millar de millones dorado", en el proyecto del futuro.

El paso a la toma de conciencia de la humanidad como comunidad planetaria da lugar a muchos nuevos problemas. En cierto sentido, toda la historia política de la "humanidad civilizada" ha representado el paso consecuente a una mayor integración y concordia, democracia y colaboración, atenuación y

superación parcial de las contradicciones sociales dentro de las comunidades nacionales (y, en consecuencia, del sistema supranacional de Occidente en los marcos de las instituciones internacionales) a cuenta de "lanzar" el potencial autoritario, de trasladar la explotación de recursos y las aspiraciones de expansión hacia fuera, hacia otras regiones y países del mundo, fuera de los límites de su civilización, la cual, en consecuencia, ha ido adquiriendo cada vez más los atractivos rasgos de esa misma "humanidad civilizada".

Las guerras clasistas y civiles en este "el mejor de los mundos", en lo fundamental, han quedado en el pasado. El Occidente halló la unidad interna, primero en la construcción de los imperios coloniales y, luego, al pasar a la expansión globalizadora. (En cierto grado, el mundo islámico trata hoy de hallar la unidad por una vía similar, aunque, por supuesto, la idea misma de un mundo islámico unido no es más que un mito propagandístico.)

Consecuentemente, al pasar a otro nivel —el planetario— de percepción y toma de conciencia de la unidad social, el mundo en general y el "mundo civilizado" en particular se ven ante los peligros de nuevas y crecientes escisiones sociales y clasistas de la comunidad global, de que surja una elite mundial y un proletariado mundial, de que se creen las premisas para una guerra civil mundial. Guerra que se realizará con todo el poder del progreso y con todos los tipos posibles de armamento, incluyendo las guerras informáticas y el terrorismo, pero ya no en los confines de la Tierra, no lejos de la civilización y no en régimen de conflictos gobernados, sino en cada país y en cada ciudad de América, de Europa, de todo el mundo.

Hay que tener en cuenta, además, que el ciclo de la guerra y la paz se vincula a la memoria social. La ciencia contemporánea ha establecido que, generalmente, deben relevarse varias generaciones, llegar aquellas que no recuerden los horrores y angustias de la catástrofe anterior, para que comience una nueva guerra. Pero hoy día a la política mundial y a la historia mundial se incorporan pueblos y civilizaciones que simplemente no saben qué es la guerra global, "mundial", y, más aún, en su concepción específica del mundo consideran la guerra un bien.

Al mismo tiempo, la política de frenar el desarrollo, aplicada a las sociedades occidentales, puede provocar el regreso de conflictos clasistas internos que habían sido eliminados precisamente a cuenta de la redistribución y explotación

de otros países y sus recursos. La selección de Occidente entre el retorno de la tensión interna y el crecimiento catastrófico de la tensión mundial no es obvia, pero no por ello es menos cruel y enfermiza.

Claro que tal escenario del desarrollo de los acontecimientos debe parecer a la opinión pública y a los círculos gobernantes de los países de Occidente mucho más peligrosa y destructiva que la situación actual de la comunidad global y el posible "choque de las civilizaciones". Y precisamente por eso hoy somos testigos de las tentativas de mantener el anterior paradigma de desarrollo, de pasar al "Mundo Nuevo" sin cambiar nada. Pero ya no es posible no cambiar nada.

Además, el peligro de la globalización radica, para el propio Mundo Occidental, en que es demasiado grande la tentación de rechazar las conquistas democráticas de la civilización de los Tiempos Nuevos, de limitar los derechos del hombre y la libertad individual en aras de la "guerra santa" contra los "forasteros", contra los "nuevos bárbaros". Más aún cuando, históricamente, la democracia, el poder del pueblo o, para ser más exactos, el gobierno en nombre del pueblo, es una forma contextual de organización del poder.

No podemos decir cuál será la fórmula para organizar el poder en el futuro. Sin embargo, no obligatoriamente será una democracia o, en cualquier caso, lo que hoy día entendemos por democracia. Actualmente los regímenes democráticos pierden su efectividad, en parte, como consecuencia de disminuir la participación política de la población y ampliarse las posibilidades de influir en el individuo; en parte, a causa de la temible complejidad de los problemas del mundo real; en parte, debido a que los principios declarados de la democracia y de la decencia política acarrearán la autodestrucción de los regímenes más democráticos. Dentro de ellos madura la reacción.

Además, el incremento de los grados de libertad del hombre en el mundo moderno no puede ser infinito y no puede evitar que surja la tendencia totalitaria por parte de la estructura social tradicional y del Estado. Esto se comprende cuando, por ejemplo, en el mundo actual ya no parece tan desacertada la expresión "hombre-Estado", cuyos rasgos posee hoy, por ejemplo, la imagen de Osama Bin Laden.

La "crisis de la democracia" se manifiesta hoy, en primer lugar, en que sus principios han dejado de ser requisito indispensable y valor incondicional para el

propio Mundo Occidental. Esto se revela tanto en la política interna como en la política externa de los estados civilizados.

En los años 90 del siglo pasado obtuvo una gran difusión la nueva concepción de la "injerencia humanitaria" en la política internacional. Hemos sido testigos de intentos impresionantes y a la vez desconcertantes de los países de Occidente, principalmente de los Estados Unidos, de democratizar a la fuerza diferentes regímenes políticos nacionales e incluso regiones del planeta. A pesar del carácter discutible de los resultados de esas intervenciones, lo que no cambia es la orientación inicial misma en que se basa esa política de la comunidad internacional, que se identifica cada vez más con las organizaciones económicas y político-militares de la Civilización Occidental. Tal política siempre ha partido de la lógica liberal, de la globalización westernizante como proceso de democratización global, de imposición a todos los países de estándares únicos de organización política nacional, los cuales crean las premisas para eliminar cualesquiera barreras económicas, culturales y sociales que dividan el mundo.

Sin embargo, hoy día tal enfoque resulta no sólo inaceptable para todo el mundo no occidental, sino que comienza a percibirse como peligroso e ineficaz incluso por la propia comunidad occidental.

Resulta que en el mundo existen fuerzas políticas capaces de utilizar el proceso de democratización global en un sentido completamente diferente y opuesto a la idea inicial. Las nuevas posibilidades proporcionadas por la globalización y la democratización, en combinación con el debilitamiento de las estructuras sociales y políticas tradicionales, así como con el aumento de la inestabilidad de las formaciones estatales, han planteado el problema de la ineficacia de la estrategia democratizadora. El Mundo Occidental, al realizar sus objetivos y líneas de valores a escala internacional, se ha visto ante la necesidad de asumir la responsabilidad de una enorme cantidad de países y pueblos, los cuales, luego de rechazar los propios principios tradicionales de organización política, han perdido simultáneamente la estabilidad y la eficiencia, y son impotentes no sólo ante las aspiraciones globalizadoras de la "humanidad civilizada", sino también ante las fuerzas tenebrosas del "mundo global subterráneo".

Occidente se encuentra ante la irresistible tentación de rechazar la estrategia de democratización y pasar a la lógica de estabilizar un régimen internacional, lo que presupone orientación no tanto a una estructura de valores liberal, como

a exigir eficiencia. Y si es así, podemos esperar más lealtad de la comunidad mundial a los regímenes políticos, quizás no totalmente democráticos, autoritarios, pero sí estables, del mundo moderno. Pero esto, por supuesto, no elimina la tendencia misma a limitar la soberanía nacional.

La nueva estrategia de injerencia será ya no humanitaria por su nombre ni democrática por su contenido, pero sí, convencionalmente hablando, civilizadora y estabilizadora. Podemos esperar que Occidente deseché las injerencias con fines de democratización y pase a la injerencia con fines de estabilización. A la vez, la prioridad dada a los valores estabilizadores conducirá a que, a partir de ahora, puedan ser objeto de atención e injerencia de Occidente no sólo los regímenes autoritarios, no democráticos, sino también sistemas de aspecto totalmente democrático, pero poseedores de un potencial o recurso importante de desestabilización de la situación internacional.

De esta forma, en la situación internacional actual se revela la probabilidad de que el criterio sobre cuya base se construirán las relaciones de EUA y de toda la comunidad occidental con cualquier país, no sea el carácter del régimen político de ese país, sino su grado de capacidad para controlar eficazmente la situación interna y la simpatía hacia los Estados Unidos y sus aliados en la lucha contra la amenaza terrorista y otros peligros.

El "Nuevo Imperialismo", el cual hoy día se demanda en Occidente cada vez con mayor frecuencia, se torna no sólo instrumento de expansión, bien se trate de control territorial o de dominación ideológica, sino mecanismo de contención estrictamente protector.

Simultáneamente, en los propios países de Occidente han comenzado a tener lugar complejos procesos vinculados al debilitamiento de la unidad nacional y a la eficiencia de los sistemas políticos. La "nueva ola de derecha" que se ha levantado allí con el inicio del siglo XXI se apoya en las ideas del neoconservadurismo global. Sin embargo, el contenido de esta demanda, a diferencia de la ola "neoconservadora" de principios de los años 80 del siglo pasado, tiene ya un carácter no tanto económico como sociocultural.

Las expectativas sociales de la población de los países de Occidente se vinculan al hecho de que el peligro de deterioro de las sociedades desde adentro, que anteriormente tenía un carácter abstracto o rigurosamente local, actualmente ha rebasado los enclaves de culturas ajenas que se han formado en las

sociedades occidentales durante los últimos decenios. Las minorías étnicas y religiosas que han ido cubriendo gradualmente los países de Occidente, que a la vez han estado localizadas y aisladas de los nacionales en general, han echado profundas raíces y se han multiplicado hasta una magnitud crítica con la estrategia activa de “inserción” en las sociedades occidentales, para ser más exactos, de su “modificación”, teniendo en cuenta sus propios valores e intereses. Es paradójico, pero tal estrategia se realiza a cuenta de los recursos de las propias sociedades occidentales —año tras año los “núcleos” foráneos se toman consumidores cada vez más significativos de los bienes sociales y aumentan perceptiblemente el gravamen de los fondos sociales y la infraestructura.

El *establishment* oficial y los ideólogos de Occidente siempre han considerado como alternativa la integración de los inmigrantes, su conversión gradual en miembros de la nación política única de cualquier Estado, cuya identidad se determina no ya por las características étnicas, sino por normas de valores culturales. Sin embargo, esta concepción, cuyas raíces se remontan a la experiencia histórica relativamente exitosa del establecimiento de la nación norteamericana, cojea en otras sociedades, en primer lugar, las europeas, donde, a pesar de todo, siguen siendo fuertes las tradiciones y valores patriarcales.

Incluso los EUA, que siempre fueron un cierto patrón y modelo de sociedad de tipo especial llamada caldera de fusión, donde todas las naciones, nacionalidades, etnias, culturas y religiones se fundían en una “gran nación norteamericana” unida, ya hoy no pueden mantener en su alto homo de estabilidad social la temperatura necesaria. El incremento cuantitativo y cualitativo de las subculturas de las minorías, combinado con los requisitos de la decencia política, conduce a que la cultura básica de la nación norteamericana se tome año tras año cultura de la minoría —si no cuantitativamente (aún), sí desde el punto de vista de la capacidad de influir y determinar las tendencias de desarrollo de su país.

El problema de la inmigración, clave para los países de Occidente, está en que las sociedades civilizadas ya no pueden prescindir de la afluencia de recursos humanos desde afuera, teniendo en cuenta las necesidades de mantener el nivel social y los bienes sociales de la población vernácula, de quitarle de encima el peso del trabajo no calificado.

Un problema enfermizo del Occidente actual, cada vez más comprensible a los ciudadanos de Rusia, es superar las contradicciones de la sociedad de

consumo, que trata de librarse del peso del trabajo del sudor de su frente, pero, a la vez, multiplicar los bienes materiales. La economía de Occidente se convierte, cada vez en mayor grado, en economía de producción de nuevas y nuevas necesidades artificiales, obligando al hombre a desear lo nuevo y alejándolo de las prosaicas y con frecuencia terribles realidades del mundo contemporáneo. Esto, indiscutiblemente, crea un fondo de vida confortable, pero priva a las naciones correspondientes no sólo de voluntad, sino de comprender las vías genuinas de desarrollo de la humanidad. El trabajo para los individuos de la sociedad de consumo se convierte de fuente de vida en apéndice de ésta y en camuflaje de la posibilidad de consumir y deleitarse. La garantía de trabajo para los ciudadanos se convierte en fetiche de la creación de nuevos nichos laborales cuasi económicos que permiten remunerar esa actividad.

Pero por todo esto hay que pagar. Precisamente la creciente agresión con relación a los emigrantes y el potencial de un vuelco a la derecha en la política europea ponen en duda todas aquellas conquistas sociales de Occidente que hoy conforman la base del consenso social. En tales condiciones ya no parecen convincentes las demandas sociales que llegan al estado maduro en los países de Occidente y se tornan hechos políticos de las últimas campañas electorales en muchos países de Europa. Occidente se encuentra en el umbral de una seria reinterpretación de los principios de la democracia liberal con su prioridad de derechos y libertades de la personalidad.

La situación revela, además, la coincidencia paradójica de los intereses de la masa fundamental de la población de los países occidentales y de las elites globales, los cuales también erosionan por doquier la democracia. Ellos creen más en la fuerza del dinero, y otros instrumentos de alienación masiva, que en los ideales de la sociedad democrática. Ellos tratan de determinar el desenlace de las elecciones presidenciales y parlamentarias, de comprar a miembros del gobierno, de penetrar en las estructuras estatales, de privatizar el poder. Privados del patriotismo pasado de moda y del sentimiento de responsabilidad, estos nuevos dueños del mundo quieren disponer de los servicios del Estado como institución a la que prescriben los objetivos y tareas.

Pero a diferencia del poder legítimamente electo, las elites globales no están atadas ni por promesas programáticas, ni por normas de ética humana, ni por acuerdos nacionales, ni por la opinión pública, en pocas palabras, por nada.

Libres de responsabilidad por las consecuencias sociales de sus actos, sin sentido del límite, atacan las economías nacionales, imponen sus intereses a los gobiernos, no sienten obligación alguna ante la ley ni ante los hombres.

Vemos algo así como una estructura de poder bipartita. En la superficie aflora la elegibilidad, la transparencia, la responsabilidad, el control, todo lo que debe ser. Pero tras cada decisión estratégicamente importante se entrevén otras estructuras ocultas. O, en otras palabras, la postdemocracia actual es un mecanismo donde todo el trabajo de alienación masiva del hombre y de aseguramiento de la estabilidad del poder lo asume una elite invisible. Y el poder, por su parte, es presionado por los intereses de la nueva elite y obliga a los países económicamente dependientes a abrir sus fronteras al mercado global.

En consecuencia, ante nosotros se presenta no la democracia clásica, expuesta a la erosión ante los "vínculos reticulares", sino un nuevo orden social. No sólo los líderes estatales son sujetos de la política, sino también los representantes del capital internacional, los cuales no reconocen fronteras ni culturas ni postulados humanitarios.

Surge a las elites otra tentación inesperada: determinar el "millar de millones dorado" digno de sobrevivir, ya no ceñido a determinados pueblos, a ciudadanos de determinados estados, sino de otra forma, como elite global integrada por las clases gobernantes de los principales países del mundo.

En cualquier caso, lo que fue en el siglo xx la sociedad masiva (donde la opinión del individuo tenía alguna importancia), se va convirtiendo firmemente en algo nuevo —en una masa alienada dirigida por la casta de la elite dominante.

Una variante de futuro puede ser el establecimiento de un sistema de gobierno meritocrático, basado en la dominación de los poseedores de los conocimientos y la información. Se forma una democracia censal global, donde sólo las sociedades, estados y corporaciones que poseen suficiente fortuna pasaron el examen de cultura general en "decencia política" y "derechos humanos". Esta será la nueva sociedad clasista global, la cual tendrá aún que saber resistir en el futuro sus grandes revoluciones "burguesas", anticlasistas.

Así, observamos hoy la coexistencia de dos principios diferentes de organización política del mundo. Del lado de uno se encuentra el mundo de los fenómenos, del lado del otro, el mundo oculto; del lado del primero se encuentra el Estado nacional, del lado del segundo, las tendencias de globalización. Del lado

del mundo manifiesto se encuentran los valores tradicionales, del lado del oculto, aún no se sabe qué.

Y surge la interrogante: ¿qué habrá después? ¿Existe en realidad un proyecto de globalización? ¿Cómo imaginarse las perspectivas del desenvolvimiento ulterior de los acontecimientos?

Mencionaremos tres hipótesis. La primera pertenece a los antiglobalistas. Ellos dicen que el objetivo de los nuevos dueños del planeta es el gobierno mundial, el club elitista de la burocracia internacional y la oligarquía, que no responde a autoridad nacional alguna. Según este pronóstico, ya existe la nueva clase, constituida por la burocracia internacional corrompida y las CTN, aunque aún no se formaliza en estructura alguna, sino que utiliza los EUA como campo para preparar el terreno. Cuando todo madure definitivamente, derriba la superpotencia y hereda sus recursos de fuerza. Digamos, en los marcos de una estructura supranacional transformada del tipo de la OTAN, que ya no se subordinaría a ninguno de los estados. ¿Un Fantomas? Es posible.

Hay una segunda variante más interesante. El mundo paralelo, según pronósticos, no proyecta salir al exterior, los oligarcas no piensan sustituir la organización del poder de los estados nacionales. Es propio de su naturaleza utilizar los estados como instituciones suyas y los gobiernos, como *managers*. La eficiencia de la elite internacional se garantiza precisamente con la seudonimia, le conviene la existencia subterránea. A pesar de lo paradójico de esta concepción, esta variante parece ser la que más se asemeja a la verdad.

Pero hay un tercer pronóstico en el que tampoco queremos pensar, aunque eso es ya imposible después de los ensayos que vimos en las recientes elecciones francesas y, antes, en las austriacas. Se trata del peligro que implican los regímenes autoritarios y despóticos. No sólo los mastodontes financieros quieren establecer un nuevo orden mundial con otra estructura de poder. En la caldera actual de la globalización hay diferentes tendencias, entre ellas, tendencias francamente antidemocráticas. El nuevo orden mundial necesita no sólo de liberalización, sino también de estabilización. Las revoluciones y golpes de Estado, a juzgar por todo, son cosas del pasado. A la elite mundial le resulta mejor tener que ver con gobiernos despóticos corrompidos que con la imprevisible arbitrariedad democrática.

Por ahora, la objeción principal a la posibilidad de que los regímenes autoritarios se reduzcan a uno es su ineficiencia económica. Pero basta con que

alguien construya un despotismo corporativo de nuevo tipo que refute esta tesis, y la democracia puede empezar a desmoronarse bajo la presión de las masas.

### 3.2. El problema del terrorismo y la posibilidad ética del terror masivo

El notable filósofo y sociólogo francés Jean Baudrillard, en su relativamente reciente y ampliamente discutido artículo "El espíritu del terrorismo", declara que hoy día en el mundo tiene lugar la guerra del terror contra el terror y que la "energía que alimenta el terror no tiene causas, no puede ser comprendida en los marcos de ninguna ideología". El terror no quiere transformar el mundo, sino que trata de destruirlo, "de hacerlo más radical con la ayuda de sacrificios".

Esa percepción heroico-romántica del terrorismo y de las consecuencias que acarrea nos lleva por el camino que no es. El mayor problema de los sucesos del 11 de septiembre de 2001 y de los sucesos del 23-26 de octubre de 2002 es su posibilidad *ética*. La necesidad de responder a esta interrogante no depende de la versión del pasado que compartamos, de a quién consideremos inspirador de estas monstruosas acciones, de dónde veamos su fuente y causas.

La posibilidad ética de semejantes actos terroristas está en sacar a determinado grupo de personas fuera de los límites de la humanidad y de la condición de ser humano, o sea, fuera de los límites de acción de las normas morales. Los objetos del acto terrorista no se ven como sujetos a todas luces activos y supuestamente responsables, a semejanza del *erzherzog\** Ferdinand ó P. A. Stolypin.\*\* Para los terroristas actuales las víctimas del acto terrorista no son personas, sino seres de orden inferior, coagulaciones de materia sin alma ni individualidad, a las que no se extienden las normas de la ética humana y la primera de ellas: "no matar". "Nosotros somos para ellos polvo insignificante", expresó con precisión Vladimir Putin respecto a los terroristas. Precisamente durante las

\* Título nobiliario.

\*\* Ex Premier de Rusia antes de 1917, que fue asesinado.

guerras, cuando la razón para matar es el propio hecho de encontrarse en el campo contrario, ocurre esa recalificación del enemigo.

Una circunstancia más hace posible tal terrorismo: la idea silenciosa, no formulada con claridad, respecto a determinados seres humanos como portadores de la responsabilidad histórica colectiva no importa de qué —de las cruzadas, de la colonización, de la participación en las guerras o revoluciones del pasado. Estos seres humanos, a quienes se les niega la condición de ser humano, se tornan objeto de una histórica y sangrienta venganza global *sui generis*.

Finalmente, los terroristas se colocan en la posición de “distribuidores” de moral —a quién considerar persona, objeto de aplicación de las normas de la moral, a quién no, a quién castigar, a quién perdonar— y se atribuyen prerrogativas de fuente trascendental y sagrada de moral, actúan en nombre de Dios y creen que después de la muerte física hallarán acogida no en el infierno, que es donde deben permanecer los asesinos, sino entre los justos.

Todo lo que se conoce de los ejecutores y organizadores directos de los actos terroristas del 11 de septiembre y del 23-26 de octubre demuestra que la humanidad se enfrenta precisamente a ese tipo de terrorismo. Los “infeles” no son personas, los terroristas los denominan “hijos de cerdos y monos”. Merecen morir sólo porque representan una parte del “Occidente” hostil, y por eso entre ellos no hay ni inocentes ni culpados. Los terroristas se autotitulan transmisores de la Voluntad Divina, guerreros de la *jihad* universal y creen que tienen preparada una vida en el paraíso. Por tanto, los actos terroristas, desde las posiciones de sus participantes, son hechos moralmente justificados.

La gran interrogante es: ¿quién les ha dado el derecho a actuar en nombre de la Justicia Divina, incomprensible por su naturaleza? ¿Se guían por ciertos postulados del islam o son, que es lo más probable, seguidores del sectarismo extremista, llamémosle “ossamismo”, por el nombre de Ossama Bin Laden, reconocido por los miembros de Al Qaeda como su autoridad religiosa?

Sin embargo, no parece razonable poner un punto aquí si queremos comprender lo que ocurre con la humanidad. ¿No es la actividad histórica global del Mundo Occidental en cierto sentido del mismo tipo que la actitud de los terroristas ante la moral? ¿No ha privatizado Occidente, en principio, la prerrogativa no privatizable de ser fuente trascendental y sagrada y “distribuidor” de la moral al transformar la realidad “no occidental” según sus propios patrones, pensando que

precisamente así, y no de otra forma, deben vivir los pueblos del resto del mundo, despersonalizados, con aspecto de masa, "atrasados" y "descarriados" —en correspondencia con la regla culinaria: al cangrejo le gusta que lo cuezan vivo?

En el nivel de las tendencias de sentido de valores y de las doctrinas religiosas y cuasi religiosas tiene lugar la "aniquilación ética" mutua de los dos mundos. Además, las circunstancias históricas a principios del siglo XXI, en el período de la "Nueva Era Axial", se han dispuesto de forma tal que la ruptura de la civilización tiene lugar no en la línea "Occidente-no Occidente". Observamos cómo "Occidente" llega al Oriente, de lo que puede ser ejemplo la región asiática del Pacífico, confirmando, dicho sea a propósito, sus potencialidades de civilización. La ruptura ocurre, en gran medida, en la línea "islam-no islam". Precisamente los centros de fuerza que se encuentran en el llamado "mundo islámico" son los que proponen el proyecto alternativo de globalización.

Lo más importante es comprender cuál es el sistema de valores que permite sacrificar la propia vida con el fin de destruir a otros individuos. Porque cualquier religión, cualquier filosofía es un intento de resolver dos problemas interrelacionados: qué es la vida y qué es la muerte. Ese es el impulso inicial, del cual parte después toda la variedad de interrogantes respecto a la concepción del mundo.

La conocida tesis de la venganza de los débiles, de la miseria y desesperación de una parte del mundo, es un problema de concepción del mundo. ¿Qué ven ellos en nosotros? ¿Quizás su situación es tal que no consideran el mundo civilizado como mundo de personas y esto precisamente les permite mirar de una forma completamente diferente las penas y los sufrimientos de los que murieron y recibieron daños en New York y en Moscú? ¿Qué podemos hacer en una situación en que a la historia mundial se incorporan pueblos y civilizaciones que simplemente no saben qué es una guerra "mundial" global y, más aún, que consideran la guerra un bien? Y, por el contrario, qué, si no la concepción del mundo y cierta idea de los valores, nos permite vivir tranquilamente cada día y aprovechar los beneficios de la civilización, sabiendo que en algún lugar la gente muere de depauperación, de hambre y enfermedades, sin tener la más mínima pizca de las posibilidades que tiene la humanidad civilizada?

Por una parte, la "conciencia civilizada" proclama el valor imperecedero de cada personalidad humana, la importancia y prioridad de la vida individual y la libertad. Sin embargo, al mismo tiempo, nosotros rechazamos cada vez más la moral y

los valores en la política, confiando en los procedimientos formales, las normas jurídicas, las tecnologías políticas y el equilibrio de los intereses. Más aún, nos inclinamos a evaluar de distintas formas el valor de la vida humana, en dependencia de cuán allegada y comprensible nos sea. Hoy día ya es clásica una frase que define en buena parte el estilo político de los principales estados del mundo: "No tenemos enemigos ni amigos permanentes, tenemos sólo intereses permanentes".

El problema está en que nuestra civilización "económica", "de mercado" no puede vivir sin los fuertes y los débiles, sin que alguien esté arriba y alguien, abajo. Sencillamente está organizada así.

Sin embargo, los nuevos sujetos de la política mundial parecen pretender devolver actualidad a los valores en la política y dar un nuevo carácter a la integración social. La sociedad civil como sistema de organización y expresión de los intereses de los diferentes grupos de la población puede no resistir la presión de las fuerzas contrarias.

Además, los enemigos del mundo civilizado al mismo tiempo utilizan para sus intereses el fanatismo atávico y las posibilidades tecnológicas existentes en Occidente y en Rusia, creando un efecto extremadamente expresivo, fuerte y a la vez incomprensible para la "conciencia civilizada". Su acción trae a la memoria la acción de un virus en un organismo debilitado y sin inmunidad natural, que se encuentra en las condiciones de invernadero del confort civilizado y de pronto cae bajo la acción de la naturaleza virgen. El golpe se da en el punto más vulnerable del individuo y de la sociedad de la "era informática", la conciencia masiva. Y ese "organismo civilizado" resulta no estar preparado para que sus propias invenciones de "dominación informática" y de "expansión cultural" se utilicen de repente contra sí mismo. La calle de tráfico en un sentido se vuelve de pronto calle de dos sentidos, pero sin líneas divisorias, señales ni indicadores.

### 3.3. Revancha de los valores y respuesta al futuro en el lenguaje de los sentidos

La ideología ha vuelto nuevamente a la historia y pretende refutar la universalidad, proclamada por Occidente, de las leyes económicas del desarrollo de la "civilización de mercado". El mundo se ve hoy no ante la amenaza de los estados

y ejércitos, ni de los novísimos armamentos y altas tecnologías, sino de una fuerza mucho más seria y poderosa: la voluntad cruel y la fe fanática. La “revancha de los valores” con que chocan hoy el “mundo civilizado” y la comunidad mundial es un desafío a la ilusión de supremacía racional y pragmática en la política.

Algunos politólogos se inclinan a extrapolar al futuro el “renacimiento religioso” observado en los últimos decenios. Aunque la actitud de valor de estos autores hacia el propio pronóstico es diferente: algunos están dispuestos a saludar el Nuevo Medioevo; otros se refieren a él como a algo dolorosamente inevitable. Esta última posición está expresada de manera concentrada en un artículo del científico norteamericano Samuel Huntington, convertido en *best seller* dentro de la literatura científica popular de 1994.

Huntington está convencido de que el futuro político de la comunidad mundial consiste en el deslinde de siete u ocho “civilizaciones” regionales, integradas internamente por el rasgo confesional, las cuales estarán en conflicto permanente unas con otras. Es particularmente importante que este escenario se presenta no como uno de las posibles, sino como la única perspectiva imaginable del proceso histórico. En tal caso, la guerra de todos contra todos promete ser el *leitmotiv* del siglo advenido.

A veces objetan que los miedos son exagerados, que las guerras han acompañado toda la historia de la humanidad y las religiones les garantizaron sólidas bases ideológicas al dividir a la gente en suyos y ajenos y preservar así la sociedad de la violencia caótica, dando a la guerra un “sentido elevado”; sin embargo, nada de esto llevó a la humanidad a la muerte. Esta objeción ignora la circunstancia decisiva.

Durante milenios se ha luchado con lanzas, espadas, morteros, fusiles, cañones, tanques. Los misiles nucleares y los cohetes balísticos ya han cambiado radicalmente la situación. Esto combinado con el pensamiento religioso, la intolerancia “santa” y el odio a los infieles forma una masa tan detonante que, con seguridad, hará estallar el edificio de la civilización planetaria.

En este plano, es poco probable que sean constructivas las esperanzas de establecer una “Religión Mundial” única para todos los hombres. La esencia de cualquier religión está en la reunión de personas mediante su contraposición a otras personas. Por eso el pensamiento religioso, por su base conceptual y psi-

cológica profunda, es dicotómico. Desde tiempos inmemoriales ese pensamiento divide a la gente en fieles e infieles, en los que están "Conmigo" y los que están "contra Mí", y sus imágenes principales son la imagen del "Enemigo" y la imagen de la Espada. La experiencia histórica demuestra que allí donde una doctrina religiosa ha atraído a considerables masas de personas, pronto han ocurrido nuevas divisiones en seguidores legítimos y falsos, y los profetas de turno han invocado la fe implacable, y héroes abnegados (y, con ellos, interminables víctimas inocentes) han muerto en las guerras santas, en las represiones y sangrientos pogromos.

Hay que añadir que no sólo los científicos, sino también los más sagaces filósofos religiosos han prestado atención a la incompatibilidad de la concepción del mundo en la verdad de Dios y la realidad cambiante. Así, el importante pensador cristiano, Gilbert Chesterton, pensaba que las religiones del futuro se apoyarían en el sentido del humor altamente desarrollado (¿podrán conservar entonces la cualidad de religión?) y así se librarían de la agresividad ancestral. Y, en las famosas "Cartas" desde la cámara de tortura fascista, el sacerdote y humanista alemán, Dietrich Bonhoeffer, afirmaba que el "mundo adulto" sabría rechazar la "hipótesis de Dios", superar el temor de Dios y la necesidad de tutela exterior, y luego de tomarse "absolutamente irreligioso" por ello mismo se acercaría a Dios.

Hay todos los fundamentos para afirmar que el renacimiento religioso, el Nuevo Medioevo y el "choque de las civilizaciones", armados con la técnica moderna, se convertirían no en *non sens* histórico ni en teatro inofensivo del absurdo: las cruzadas, las *jihad* y *hazavat*, esta vez pondrían fin a la existencia de la sociedad humana. Y si los acontecimientos se desarrollan en esta vertiente, lo más probable es que el siglo XXI no se cumplirá...

Pero hay que recordar algo más. La ruptura con el pasado, con la tradición, con lo arcaico, a veces se percibe y en realidad contiene en sí el peligro de una interpretación que presupondría el rechazo de los sentidos y valores en obsequio al pragmatismo del mercado y a la fugacidad informática del Mundo Nuevo. Sin embargo, semejante comprensión del proceso de desarrollo y modernización como desideologización y desmoralización de la vida de la sociedad resulta en realidad no menos peligrosa que los conflictos pronosticados en relación con las perspectivas del "renacimiento religioso".

En ese caso generalmente se habla de que el fanatismo religioso es imposible y extremadamente peligroso en condiciones de globalización de los procesos políticos, del acceso a las armas de destrucción masiva y del aumento de la competencia por todos los tipos de recursos. Sin embargo, el problema consiste no en postular la necesidad de oponerse con nuevas "cruzadas" a la "jihad mundial", hacia lo que a veces muestra inclinación la comunidad política mundial. El renacimiento religioso o, para ser más exactos, moral, de los valores, significa, por el contrario, la necesidad de responder de manera adecuada al advenimiento del Mundo Nuevo Global Unido con el establecimiento de una nueva Cultura de Vida, de interrelaciones humanas y de organización de la sociedad.

Y si nos hacemos la pregunta de cómo cambiar el estado de las cosas y de si es posible otra civilización, de todas formas, tarde o temprano, arribaremos a que ésta deberá ser una civilización construida sobre otros principios, vinculada a otro sistema de valores, a otra percepción del mundo, a otra concepción del mundo. Y esto quiere decir que quizás en el futuro nos espera la reforma global de todas las religiones mundiales, cuyo resultado puede ser el nacimiento de un nuevo "principio de Dios", la salida de la humanidad a un nivel esencial diferente de percepción del mundo.

La civilización mundial está en el umbral de una nueva revolución global de los valores. La respuesta a este desafío moral de la contemporaneidad debe darse en el lenguaje de los sentidos.

**II**  
**HACIA UN MUNDO**  
**NUEVO: ¿CÓMO**  
**HACERLO POSIBLE?**

**la imagen del futuro**  
**y mecanismos**  
**para superar la crisis**  
**de la civilización**  
**contemporánea**

Frecuentemente se habla del siglo que ha comenzado como "siglo del caos de la incertidumbre", lleno de consecuencias catastróficas para la civilización. El sistema global puede, con la misma probabilidad, salir a líneas de desarrollo diferentes, incluidas líneas catastróficas. Desconciertan, sin embargo, las divergencias en las valoraciones de los escenarios que podrían llevar a la catástrofe y de los que podrían ser óptimos, conservadores. Y ya no hay claridad alguna en cuanto a las acciones necesarias para pasar a un régimen de desarrollo óptimo.

¿Debe la sociedad volver al estado "natural" o, por el contrario, debe alejarse más aún de él, y qué significa esto en la práctica en uno u otro caso? ¿Necesitamos luchar por la reducción forzosa de la "población humana" o por mantener la cantidad de pobladores establecida (en cada país y en el mundo) o por su aumento? ¿Debemos en adelante tratar de elevar, de disminuir o de equilibrar el nivel material de vida? ¿Vamos a estimular el aumento de la originalidad étnica, confesional y otras de tribus y pueblos o a erradicar por doquier los "valores humanos universales"? Y así, sucesivamente, otras interrogantes.

El examen de los escenarios que linealmente extienden al futuro las tendencias observadas conduce a la conclusión más pesimista: la civilización de la Tierra no podrá resistir el siglo XXI. La aniquilación recíproca de la gente en éxtasis religioso o en la lucha por los recursos empobrecidos, el colapso ecológico global, la degeneración genética ("natural" o sujeta al arbitrio de los ingenieros genéticos), el conflicto del hombre con los "robots", todo esto puede poner fin a la historia social, e incluso a la evolución biológica en nuestro planeta. Sólo queda esperar cuál de los factores indicados desempeñará el papel decisivo. Al final, dentro de un centenar de años, en el mejor de los casos, en la Tierra quedarán solamente las tribus más atrasadas, ya sentenciadas a morir, y que, por supuesto, no se imaginan que viven en el siglo XXI por el calendario cristiano (en el siglo XV, por el musulmán, etcétera).

Pero las extrapolaciones lineales son sólo una variante, y la más sencilla, de ver el futuro. El problema está en pronosticar con la mayor exactitud el desarrollo de las peligrosas tendencias que ya existen y prevenir el panorama del final de la civilización humana. ¿Es posible intervenir con un fin determinado en la marcha de los acontecimientos y hacer que cambie en una dirección más favorable? Si la respuesta es sí, ¿cuál es entonces el diapasón imaginable de los cambios orientados y qué gastos y pérdidas se requieren para ello? Finalmente, ¿cómo

hay que actuar para colocar la marcha de la historia en otro camino y transformar el futuro "malo" en uno más o menos "bueno"?

Lo principal que debemos comprender es que incluso en las fases de inestabilidad con un sistema complejo, como es la civilización contemporánea, no puede ocurrir "lo que sea", como puede imaginar el observador ingenuo. La cantidad de posibles escenarios en cada caso no sólo no es infinita, sino que, *grosso modo*, se limita a algunas variantes. Sin embargo, por otra parte, luego que tomemos uno de los caminos del desarrollo ya no podemos volver atrás y tomar otro, llegaremos indefectiblemente al final y, si ese final no es nefasto, seguiremos hasta la próxima encrucijada.

El hecho de que la cantidad de escenarios realistas sea siempre limitada es lo que hace posible su estudio y la construcción del futuro. Realmente, podemos elegir, y en esto consiste quizás la esperanza principal de la humanidad. Hay que decidir con precisión, distinguir el escenario del futuro más aceptable para la humanidad, anticipar los peligros que nos acechan en ese camino y lograr que la civilización planetaria encuentre el camino del desarrollo necesario.

## **4. La civilización precrítica: qué nos enseña la historia**

### **4.1. El síndrome del Desarrollo Precrítico**

Por paradójico que sea, es muy poco aún lo que sabemos del hombre, de la sociedad, del mundo. Durante la mayor parte de la historia el hombre ha poseído conocimientos muy limitados, obtenidos, por regla general, de la experiencia cotidiana. Las ciencias de la materia no viva se desarrollaron solamente a partir de la antigüedad y se necesitaron casi dos mil años para que los conocimientos de las ciencias naturales se transformaran en logros del pensamiento científico-técnico del siglo xx. Sólo teniendo como fondo estos logros y como resultado de las nuevas posibilidades prácticas y cognoscitivas descubiertas por ellos comenzamos a comprender qué poco sabemos aún, incluso si lo comparamos con nuestras necesidades cotidianas, y cuánto nos queda aún por descubrir, conocer y comprender. En verdad, "sólo sé que no sé nada".

Con las ciencias de la vida la situación es mucho más compleja. La biología, la genética, una serie de otras ciencias básicas en esta esfera comenzaron a desarrollarse sólo a partir de finales del siglo xx o algo más tarde. En esencia, las ciencias de la sociedad y el hombre se desarrollan sobre la base empírica e instrumental contemporánea sólo desde mediados del siglo pasado.

Esto significa que las ciencias sociales, para el estudio de los procesos macrosociales, históricos, donde lentamente se acumula lo empírico, donde durante largo tiempo y de manera especialmente diferente se comprueban los métodos de investigación y los presupuestos iniciales, hasta el día de hoy se han apoyado de hecho y continúan apoyándose, preferentemente, en hipótesis.

Hoy día la imagen del hombre como elemento de la biosfera (aunque especial, no ordinario) es desesperadamente arcaica. Algunos incluso insisten en que la "biosfera" no es más que un concepto histórico que refleja algo que existió decenas de miles de años atrás. Desde entonces la gente ha transformado gradualmente, ha "humanizado la naturaleza" (con todas las consecuencias, positivas o negativas, que resultan para ambas partes), la ha adaptado a sus necesidades cambiantes, convirtiéndola así en antroposfera, o noosfera, según V. I. Bernadsky. Así que ahora ya la sustancia viva no es una formación cerrada independiente, sino un subsistema de la civilización planetaria.

Antroposfera significa "esfera del hombre", noosfera, "esfera de la inteligencia". El hombre y su inteligencia, como la naturaleza, son portadores de creación y destrucción. Por eso, el problema no está en si la antroposfera es "mejor" o "peor" comparada con la biosfera salvaje. Lo importante es que esta otra formación es cualitativamente más compleja, en ella hay mayor cantidad de dimensiones, de niveles jerárquicos y de relaciones causales, y por lo tanto se subordina a leyes también más complejas.

El hombre *construye, crea* el sistema de la sociedad y la naturaleza. Otra cosa es que, por las leyes de la naturaleza, cualquier proceso creador se paga con efectos destructivos (esto se observa con claridad en la historia prehumana de la biosfera) y, algo singularmente importante, en determinados períodos la destrucción comienza a prevalecer sobre la creación. Por eso, la tarea no es empañar el prestigio de toda la historia de la humanidad, sino esclarecer las condiciones y circunstancias en que ocurre el tropiezo y aprender a preverlas e impedir las.

Al analizar los episodios críticos de la historia próxima y lejana los científicos han prestado atención a la extraordinaria semejanza del pensamiento y comportamientos de los individuos en el umbral de las crisis. Extraordinaria y sorprendente, porque se trata de épocas, continentes y culturas tan diferentes que, al parecer, no debe haber entre ellos nada en común.

Sin embargo, se ha descubierto que cuando los hombres adquirían nuevas armas, tecnologías y posibilidades de influir en la naturaleza o en los demás individuos perdían, como se dice, la cabeza. Y los educados europeos no se diferencian mucho en esto de sus predecesores en la antigüedad.

Por ejemplo, la crisis del paleolítico superior es una de las más importantes crisis "globales" de la historia de la humanidad. La cantidad de cazadores y recolectores en este período realmente se acercó al límite ecológicamente admisible, pero ni siquiera esto fue la causa fundamental de la crisis. En realidad, el propio crecimiento demográfico fue provocado por el desarrollo sin precedentes de las armas de caza. El hombre inventó el arco con flechas, las lanzas, los arpones, los propulsores y otras "armas automáticas de caza", aprendieron a cavar y enmascarar trampas. Esto acarreó una verdadera bacanal ecológica, cuyas huellas se ponen ahora al descubierto ante los ojos de los investigadores. Los estereotipos psicológicos conservados desde los tiempos del bifaz manual dejaron de corresponder a las nuevas tecnologías de caza, más productivas, y el castigo no se hizo esperar. Los hombres, especialmente en las latitudes centrales de Eurasia, destruyeron su base alimentaria, lo que agudizó la lucha a muerte entre las tribus, la cantidad de pobladores se redujo considerablemente en las regiones más pobladas y tecnológicamente avanzadas del planeta...

Así, el nuevo "desafío" de la evolución, igual que la mayoría de los anteriores y los posteriores, fue resultado de la propia imprevisión humana, del desequilibrio entre la "tecnología" y la "psicología". La respuesta a ese desafío fue el paso de algunas tribus a "colaborar con la naturaleza", el paso a la agricultura y la ganadería, experiencia que se extendió rápidamente a vastos territorios. La revolución tecnológica del neolítico estuvo unida a la revolución en el pensamiento (el agricultor y el ganadero se ven obligados a ver las relaciones de causa y efecto en un volumen y diapasón mucho mayores que lo que necesitan el cazador y el recolector primitivos), en las relaciones entre las tribus, etcétera.

Esta lógica del desarrollo se repite en la historia una y otra vez. Con el descubrimiento de las armas de acero, que por su ligereza, solidez y bajo costo superaba considerablemente al bronce, el lugar de los ejércitos profesionales fue ocupado por tropas populares *sui generis*. Mientras tanto, los valores, estereotipos y modo de pensar seguían siendo los mismos, y los políticos y estrategas, ebrios por la nueva fuerza adquirida, se jactaban de la cantidad de enemigos muertos y ciudades incendiadas. Los guerreros apresados eran eliminados y la población sometida era gobernada, exclusivamente, mediante el terror y la intimidación. El derramamiento de sangre en las batallas se incrementó por encima de cualquier medida. La existencia posterior de los estados más desarrollados, desde el Oriente Próximo y Grecia hasta la India y China, se vio amenazada.

La respuesta al nuevo “desafío” del desarrollo tecnológico fue la revolución de la Era Axial, que sentó las bases de la civilización contemporánea. En sólo unos pocos siglos en el enorme ecúmeno de países civilizados tuvo lugar, simultáneamente, una transformación radical de los valores políticos. Sólo la acontecida “revolución de la conciencia” hizo del hombre lo que es hoy.

En la historia se pueden encontrar también análogos de otros problemas globales de la civilización contemporánea. Europa ya experimentó una dura crisis ecológica durante algunos siglos del segundo milenio de la nueva era. El descubrimiento de tecnologías cada vez más productivas para trabajar la tierra estimuló el crecimiento de la población, la tala de bosques para sembrar, la creciente concentración de personas en las ciudades. Crecieron descontroladamente los vertederos, fuentes permanentes de epidemias; los ríos se convirtieron en zanjas de desagüe de talabarterías y otras manufacturas, de los desechos de la actividad de la ciudad. El desarrollo de las tecnologías agropecuarias se tornó nuevo atolladero evolutivo, como mucho antes lo hiciera el desarrollo de las tecnologías para la caza.

La salida del atolladero estuvo bastante unida a la revolución industrial, que no sólo elevó cardinalmente la productividad específica del trabajo, sino que exigió la reestructuración de los valores y postulados de la concepción del mundo y la formación de un nuevo mundo cultural, denominado por el sociólogo norteamericano Alvin Toffler *indust-reality*. Esa realidad suponía otra percepción del espacio y el tiempo, la idea del progreso lineal y el humanismo —transformación positiva del mundo divino por parte del hombre—, de la primacía de la razón,

como premisas de la elección humana libre. Y, lo principal, de la idea del derecho natural, de la esencia única de todos los hombres, independientemente de sus credos, y de la destrucción de la moral de clan, característica de las ideologías preindustriales.

No es necesario aquí relatar los acontecimientos de otras crisis antropológicas locales y globales. Investigaciones especiales demuestran que todas ellas se desarrollaron, fundamentalmente, con un escenario parecido y les antecedió determinado tipo de inclinaciones del espíritu, de estados y procesos psíquicos, síndrome del desarrollo precrítico. (Para más detalles ver A. A. Grigoriev, A. P. Nazaretian, A. D. Armand, D. I. Lurie y otros.)

El síndrome aparece en los períodos de la vida social en que las nuevas posibilidades tecnológicas de dirección superan considerablemente la calidad de los anteriores mecanismos de autorregulación social y cultural, apropiados para tecnologías menos efectivas y, por tanto, irremediablemente arcaicos. La violación del equilibrio interno trae consigo el inicio de la agresividad ecológica y/o geopolítica.

El período de desarrollo extensivo comenzado viene acompañado de los correspondientes estados de ánimo: la euforia masiva, el sentimiento de licitud e impunidad se apoderan de la gente. El mundo se ve como objeto ilimitado y pasivo de conquista y sus recursos, inagotables. El éxtasis de los éxitos embriaga. La expectativa de los próximos éxitos y victorias, o sea, la búsqueda de enemigos que ofrezcan moderada resistencia, se vuelve valiosa, irracional y creciente.

Después entra en vigor una serie de leyes específicas de la psiquis humana, en las que aquí vale la pena detenerse sólo de la forma más general.

El aumento del consumo estimula el crecimiento de las necesidades y expectativas (ya los clásicos del marxismo habían denominado esta realidad como la ley del crecimiento de las necesidades), y la proximidad de los objetivos deseados acentúa la motivación para la búsqueda de medios sencillos, pero generalmente destructivos, para lograrlos. Bajo la influencia de las emociones, el pensamiento de los hombres se simplifica y el panorama del mundo se vuelve más trivial, más primitivo. Las situaciones problemáticas se perciben como elementales, aunque, en realidad, con el incremento de las posibilidades tecnológicas, la tarea de conservar el sistema social se hace más compleja. La ruptura así aumentada entre la fuerza y la sabiduría reduce la estabilidad interna de la sociedad.

Semejantes crisis de la sociedad y la naturaleza pueden culminar con la muerte o degradación del organismo social, incapaz de adaptarse a las nuevas condiciones de existencia. Pero si sólo existiera esa posibilidad, es poco probable que hoy, en sentido general, tuviéramos que discutir semejantes problemas, puesto que la humanidad, sencillamente, no hubiera podido vivir hasta nuestros días.

Los episodios cruciales y más importantes para nosotros en la historia siempre han sido episodios de otro género: cuando la crisis se ha resuelto con la reforma radical de las estructuras tecnológicas, organizativas y psicológicas y, como resultado, la sociedad y, junto con ella, la naturaleza, en lugar de regresar al estado salvaje, más "natural", se han alejado más aún de él.

Para convencerse de esto basta comparar una vez más, por ejemplo, la caza y la recolección con la ganadería y la agricultura, la civilización agropecuaria con la civilización industrial, la industrial con la informática. Cada vez ha aumentado el grado de mediación armada, organizativa y psicológica de las relaciones entre el hombre y la naturaleza (así como entre los individuos), el sistema de la sociedad y la naturaleza completo se ha vuelto cada vez más "cultural", ha aumentado el peso específico de los factores artificiales, intelectuales de dirección y control.

Las investigaciones demuestran que todo ello han sido adaptaciones no a cambios casuales del medio natural, sino a aquellos cambios de ese medio que, a su vez, son condicionados por la actividad económica de la sociedad, siempre acompañada de efectos nocivos secundarios. Con el tiempo, esos efectos iban acumulándose, su cantidad se transformaba en cualidad y, al final, el organismo social no podía seguir viviendo como antes. Entonces, o se degradaba y moría o encontraba un medio nuevo, virgen aún, para vivir o —si lograba acumular recursos suficientes de variedad cultural— elaboraba nuevos procedimientos de actividad menos destructivos para el medio y más productivos.

De esta forma, el sistema de la sociedad y la naturaleza se reestructuraba y el nicho ecológico de la humanidad se ampliaba y profundizaba. Pero, seguidamente, a menudo reaparecía el aumento de la población, de las necesidades individuales y sociales, y así se iniciaba el camino gradual hacia la próxima agudización.

Así, los vectores "directos" de los cambios subsiguientes atraviesan toda la historia de la humanidad, de la biosfera, asequible a nuestra mirada. Estos vectores,

o tendencias del desarrollo, tienen un aspecto muy paradójico: la biosfera y la sociedad han cambiado de estados más probables a estados menos probables con sucesión sorprendente. Como si una "mano invisible" hubiera sacado al mundo del equilibrio, de la homogeneidad y la sencillez a un desequilibrio, organización y complejidad cada vez mayores.

Otra circunstancia muy importante consiste en que todas estas "transiciones periódicas" eran anticipadas por una agudización de las crisis condicionadas por las agotadas posibilidades de existencia del sistema en el estado anterior. También aquí se pone de manifiesto una paradoja: la elevada tensión se resolvía no mediante el regreso de los sistemas al estado primitivo, equilibrado, sino mediante el paso a un nivel más alto de desequilibrio, consecuentemente colmado de una tensión aún mayor.

Por supuesto, este es un esquema simplificado y da solamente una idea inicial de la influencia de las crisis antropogénicas (o sea, provocadas por la actividad del hombre) en el desarrollo histórico. Pero precisamente con su ayuda podemos estudiar los mecanismos de agudización y superación de las crisis de la civilización en el pasado y comprender mejor los problemas globales de la contemporaneidad y las perspectivas visibles para resolverlos.

## 4.2. El culto a la violencia como problema básico de la organización social y política

Casi toda la historia escrita no es simplemente la historia de guerras y conflictos, la historia de pérdidas y perjuicios, relacionados con la realización del Culto a la Violencia, sino también la historia de la búsqueda de vías para solucionar una de las contradicciones más fundamentales del desarrollo.

Por grandes que hayan sido los volúmenes y las capacidades de la violencia anteriormente, nunca aun el potencial de la violencia había alcanzado las escalas de la posible aniquilación de toda la población de la Tierra. No tenemos otra opción: o erradicamos la violencia como estereotipo de comportamiento prevaleciente o la violencia erradicará a la humanidad como tipo de seres vivos prevaleciente en la Tierra.

La historia de la humanidad demuestra que, por regla general, el beneficio proveniente de la violencia es rigurosamente perecedero y desaparece con rapidez. Sin embargo, los gastos que ocasiona la violencia, conjuntamente con las pérdidas que sufre el que la aplica al enfrentarse a la respuesta a la violencia, son tan grandes que, desde el punto de vista de la sociedad, es más ventajoso distribuir socialmente las ganancias que distribuirlas con ayuda de la violencia. Recurriremos a fragmentos de la historia de las guerras y otras confrontaciones. Las pérdidas de la humanidad por la persistencia de la política con medios militares, como dijera Bismarck de la guerra en su tiempo, no son comparables con las pérdidas ocasionadas por todos los cataclismos naturales de los dos últimos milenios. Este es un problema tan importante e interesante, que permanentemente se encuentra en el punto de mira de los especialistas. Sólo citaremos aquí los datos que más impresionan.

Ante todo destacaremos que se observa una tendencia estable del incremento de las necesidades materiales de la guerra. Aumentan sin cesar las necesidades de armamentos y técnica combativa, en primer lugar. El peso específico del costo de su producción ha ido en aumento de una guerra a otra.

En la Primera Guerra Mundial, como resultado del auge del papel de la técnica en la guerra, de su aumento de cantidad, de la creciente velocidad de tiro de las armas de fuego y de la artillería, el peso específico de los gastos en armamentos superó considerablemente los gastos de las guerras pasadas y constituyó el 60% de los gastos militares generales. En la Segunda Guerra Mundial el peso específico de los gastos en armamentos y técnica militar aumentó hasta el 70-75%. Aquí hay que tener en cuenta que los propios gastos de la Segunda Guerra Mundial aumentaron, en comparación con la Primera, en 4-5 veces como promedio.

Después de la Segunda Guerra Mundial ha continuado creciendo el peso específico de los gastos en técnica militar en el gasto total para el mantenimiento de las fuerzas armadas. Esto se debe a que, a la vez que ha aumentado el equipamiento técnico del ejército, se ha incrementado su poder de fuego y su capacidad de maniobra, lo que ha dado lugar a que crezca la necesidad de medios materiales.

El cultivo de la filosofía de la posibilidad de la violencia y del enfrentamiento armado conduce a que aumente considerablemente el volumen de la produc-

ción de guerra incluso en tiempo de paz. Así, por ejemplo, a finales de los años 60, en EUA, este volumen aumentó en 40 veces, en comparación con el volumen de preguerra. A principios de los años 70 casi la tercera parte de la industria norteamericana trabajaba, directa o indirectamente, para la guerra. En 1983, según valoraciones del Ministerio de Defensa de los Estados Unidos, 62 ramas de la industria suministraban productos adquiridos directamente por el Pentágono.

Según demuestra la experiencia de postguerra, para producir los armamentos contemporáneos se requieren enormes recursos. Así, a principios de los años 80 en los países capitalistas desarrollados se gastaba, para fines militares, cerca del 15% de todo el aluminio fundido y hasta el 40% del titanio. Como se sabe, estos son materiales de construcción fundamentales en la industria aeronáutica y aeroespacial. Según cálculos de expertos de la ONU, a finales de los años 70, la producción militar en el mundo consumía el 15-16% de la producción de cobre, hasta el 10% de estaño, níquel, plomo y zinc. Crecen continuamente los gastos capitales para el desarrollo de la infraestructura de los teatros de acciones militares, es decir, para la construcción de caminos, aeródromos, puertos, áreas de despegue de cohetes, polígonos, cuarteles, puestos de mando, depósitos, etcétera.

Analicemos las pérdidas sumatorias de la violencia militar en la primera mitad del siglo xx. Los gastos materiales conjuntos para preparar y llevar a cabo las guerras ocurridas en la primera mitad del siglo xx (incluyendo la Segunda Guerra Mundial), así como para eliminar las consecuencias de estas guerras, fueron de alrededor de 4 billones 700 mil millones de dólares. La mayor parte de esta suma verdaderamente astronómica —4 billones de dólares— corresponde a la Segunda Guerra Mundial. El monto total de los valores destruidos en el total de los países que combatieron excedió los 316 mil millones de dólares, y fueron movilizados por las fuerzas armadas más de 110 millones de hombres. Aumentaron bruscamente las pérdidas dentro de la población civil.

En la segunda mitad del siglo xx ni una sola de las potencias militares fundamentales combatió con otra, sin embargo, los gastos militares mundiales continuaron creciendo. Después de la Segunda Guerra Mundial los gastos directos de la carrera armamentista fueron de más de 6 trillones de dólares de EUA (en precios del año 1975), lo que es casi equivalente al producto nacional bruto (PNB) conjunto de todo el mundo en 1975. Incluso los países más pobres,

cuyos ingresos per cápita son inferiores a 200 dólares de EUA (generalmente son países cuyos gastos militares son modestos, en comparación con el PNB), gastan como promedio en la actividad militar casi lo mismo que en las inversiones de capital en la agricultura.

A pesar de la evidencia de lo contrario, continúa existiendo el mito arraigado, que surgió aún en los tiempos del rearme de Alemania antes de la Segunda Guerra Mundial, de que los grandes presupuestos militares sirven de medio contra el desempleo o, al menos, amortiguan sus consecuencias. Las cifras objetivas dicen otra cosa.

Según cálculos del gobierno de EUA, mil millones de dólares de gastos militares crea 76 mil puestos de trabajo. Sin embargo, si se empleara esta misma suma en programas civiles, se crearían, como promedio, más de 100 mil puestos de trabajo, y podrían crearse muchos más si estos medios se dirigieran a tipos de actividad singularmente trabajosos. Desafortunadamente, no se logró hallar datos análogos de Rusia y otros países.

Tratemos de interiorizar los gastos colosales de preparación, efectuación y liquidación de los daños de las guerras sólo en la primera mitad del siglo xx. Recordemos que la suma de estos gastos excedió los 4 billones 700 mil millones de dólares (en aquellos precios). Si se divide esa suma entre la cantidad de muertos en esas guerras se obtiene que cada víctima "costó" en promedio casi 100 mil dólares. Es un derroche totalmente sin sentido. Es difícil incluso imaginar qué beneficio hubiera dado a Europa el empleo de esos medios en el ciclo normal de la reproducción industrial. Eso hubiera permitido resolver el problema de la vivienda de toda Europa y alimentar de forma gratuita a su población durante algunos años.

Los hechos y cifras citados gritan, literalmente, los gigantescos gastos en que incurre la sociedad al continuar cultivando la violencia. Se hubiera podido esperar que el sin sentido o, al menos, la baja efectividad de estos gastos fuera motivo para ya tiempo para revisar la estructura de los gastos sociales de los estados. Si se hubiera podido aniquilar las reservas de armamentos de forma simétrica y reorientar las afluencias de recursos hacia proyectos no militares de envergadura, la nueva calidad de la civilización en la Tierra sería una realidad cercana.

Pero hay que tener en cuenta otro momento. Muchos psicólogos, extranjeros y nacionales, llegan a la conclusión de que mantener la guerra como fenó-

meno social e institución social durante milenios se debe no sólo e incluso no tanto a las necesidades materiales de los individuos, como a las funcionales (entre ellas, las espirituales). Este conjunto polifacético comprende voluntad de poder, agresividad espontánea y motivos "altruistas" tales como el sacrificio, la filiación (pertenencia al grupo), el sentido de la vida, etcétera.

Científicos de diferentes especialidades señalan esta propiedad paradójica de los sistemas permanentemente desequilibrados. Por una parte, el organismo aspira a mantener un estado estable. Por otra, el bienestar prolongado cansa, crea tensión interna, estimula la actividad inmaterial de búsqueda, y comienza la provocación inconsciente de inestabilidades, conflictos, emociones fuertes. Experimentos y observaciones muestran que tal cualidad en los animales es proporcional al nivel de la organización corporal y psíquica. En el hombre, como sujeto más desequilibrado de los conocidos por la ciencia, se expresa con mayor claridad.

Los psicólogos indican diversos procedimientos que ha elaborado la cultura para la "sublimación", "ritualización", "teatralización" y "catartización" de la inclinación genuina de los individuos al conflicto y a superarlo. Y se ven obligados a reconocer que todos estos procedimientos han dado el efecto necesario, pero temporal y limitado: "En broma", los conflictos tarde o temprano aburren, acentuando la atracción inconsciente a "verdaderas" emociones.

En cierto sentido, los conflictos militares siempre han sido el mal y la maldición de la cotidianidad humana (aunque, claro, no siempre y no todos los han comprendido como tales). Junto a esto, en la historia anterior, estos conflictos no sólo satisfacían necesidades psicológicas profundas de los individuos, sino que, con frecuencia, servían como factor de desarrollo social —en la medida en que el poderío de las armas se correspondía con la calidad de los valores culturales— y de descarte de los organismos sociales no viables. Aquí, sin embargo, es oportuno repetir que los tiempos cambian y el problema surgirá con fuerza en un futuro palpable: o la civilización se impone a la guerra o la guerra se impone a la civilización.

Es importante la siguiente conclusión fundamental: por mucho que optimicemos las condiciones objetivas de la vida de los individuos, no se logrará superar la inercia de la historia militar hasta tanto no se creen los mecanismos de sustitución adecuados para satisfacer las necesidades funcionales.

El incremento del medio informático y de la civilización conduce, en fin de cuentas, a que una cantidad cada vez mayor de sentimientos, imágenes, sucesos y pensamientos en la vida del hombre se determine por la interacción informática y no física con el medio y con los demás sujetos. Y esto significa que una de las variantes para superar la violencia en la historia de la humanidad y en las relaciones es convertirla en virtual. No se puede excluir que resulte incluso necesaria una Cuarta Guerra Mundial "virtual", modelada y demostrada a toda la humanidad en imágenes palpables y en un régimen si no de tiempo real, próximo a él. Hoy, cuando el mundo ha visto "en vivo" las guerras del Golfo Pérsico, cuando ha podido observar los bombardeos de Yugoslavia, las explosiones en New York, la guerra en Afganistán, la captura de rehenes en Moscú, hay que dar un siguiente paso con sentido común. Hay que mostrar a cada sociedad, a cada Estado, a cada hombre su destino personal en caso de continuar el desarrollo según las tendencias actuales.

### 4.3. Las leyes de la supervivencia: cómo la humanidad se supera a sí misma

El estudio de la lógica a partir de la cual la humanidad supera las crisis del desarrollo permite hablar de determinadas leyes de la evolución de la civilización.

Con el incremento del potencial tecnológico aumenta siempre la estabilidad externa de la sociedad, o sea, su independencia de las fluctuaciones del medio —natural y geopolítico— exterior. Pero, conjuntamente, aumenta la dependencia de las fluctuaciones internas —del Estado psíquico de las masas, de las decisiones y acciones políticas, del minucioso equilibrio entre la cantidad continuamente creciente de elementos del sistema social, que se va haciendo más complejo, y los factores de su transformación. Mientras mayor es el poderío de las tecnologías de producción y militares, más medios perfeccionados de contención de la agresividad se necesitan para preservar el organismo social.

A grandes rasgos, aumenta el papel social del "necio", crece la dependencia de la sociedad del error, de la decisión incorrecta, del "juego a ciegas" de las fuerzas de la autoorganización social. A menudo basta incluso un hecho insignificante, un pequeño motivo, para destruir la inestabilidad de una estructura so-

cial, en la que ya se percibe un desequilibrio entre el incremento del potencial tecnológico y el atraso de las tecnologías sociales y políticas asimiladas por el hombre.

Y si el incremento del poderío tecnológico no se compensa con el perfeccionamiento de los instrumentos reguladores (la cultura de autolimitación, la moral, el derecho, la opinión pública, los órganos jurídicos, etc.), la estabilidad interna y, con ella, la viabilidad de la sociedad disminuyen. Entonces la sociedad se convierte en víctima de su propio poderío, que no se corresponde con una cultura proporcional de autorrestricción.

Esta ley, que adquiere singular importancia para comprender los problemas de la contemporaneidad, tiene profundas raíces históricas, antropológicas e incluso biológicas.

La cuestión está en que la agresividad natural, que constituye una de las propiedades esenciales de la materia viva (los animales se ven obligados a conseguir la energía libre a cuenta de la destrucción de otros organismos, se ven obligados a luchar, conquistar y defender el espacio vital, etc.), es limitada en la naturaleza por reguladores externos e internos. Entre ellos se cuenta lo que el notable zoólogo austriaco Konrad Lorenz denominó equilibrio de la fuerza y de la "moral natural". Mientras mejor dotada sea una especie de animales, más sólido es en ellos el instinto que les impide matar a sus semejantes. Por ejemplo, en cálculo por unidad de población, los leones y otras fieras fuertes matan a sus semejantes con menor frecuencia que los hombres con sus tanques y bombas.

Dicho sea de paso, desarrollando esta idea, Lorenz expresó una curiosa suposición: los guerreros desempeñan un papel tan importante en la historia de la humanidad porque los hombres proceden de los australopitecos, biológicamente inofensivos. Si procediéramos, digamos, de los leones, la naturaleza nos hubiera provisto de un instinto más consolidado para contener la agresividad.

Los hombres, originalmente, están prácticamente privados de un arma natural y, por consiguiente, la contención instintiva de los impulsos agresivos no es en nosotros muy sólida. Pero la vida, al colocar a nuestros predecesores lejanos en una situación casi sin salida, los obligó a buscar formas de existencia desacostumbradas. Para salvarse del miedo y del hambre, compensaban la falta de un arma natural con el empleo sistemático de palos, piedras y huesos, y, con el tiempo, aprendieron a fabricar armas más filosas y eficaces. Pero los medios

artificiales de agresión se fueron muy por encima de los medios naturales de defensa y, lo que es más importante aún, de los débiles frenos instintivos de la agresión dentro de la propia especie.

Los hombres pudieron sobrevivir esta importantísima crisis del desarrollo esencial y moral sólo después de elaborar reguladores de la agresividad cualitativamente nuevos, desconocidos por la naturaleza, los cuales están relacionados ya no con los instintos naturales, sino con el desarrollo del intelecto y el raciocinio, con las normas culturales y morales.

El principio inicial y básico aquí fue, precisamente, "lanzar" el potencial agresivo hacia fuera, hacia la naturaleza y hacia otras comunidades humanas, las "ajenas". Así aprendieron los hombres a restringir la agresión y autodestrucción de sí mismos y de "su" sociedad.

Esta forma de selección se distinguía por particularidades esenciales, en comparación con la selección natural. Obtenían ventaja en la contienda aquellas comunidades con relaciones internas mejor organizadas, donde tenían acceso equitativo al alimento y a la procreación los individuos físicamente débiles, pero con una organización nerviosa más selecta, así como los heridos y aquejados. Con frecuencia, ellos resultaban "maestros", eran más hábiles para la producción de útiles, la conservación del fuego, el adiestramiento de las crías y otras acciones, que no son resultado de habilidad individual en la selección clásica. Así, poco a poco, se fue acumulando la variedad interna que se convirtió en factor decisivo al agudizarse la competencia con los vecinos anteriores o los nuevos.

En el transcurso de toda la historia se fueron reestructurando poco a poco las tecnologías, las organizaciones sociales, el pensamiento de los hombres y las relaciones entre ellos. Las formas burdas de presión y terror fueron consecuentemente desplazadas por formas más suaves y sutiles, se amplió la escala de la identificación grupal, se perfeccionaron los procedimientos de compromiso intergrupal.

Y las sociedades que, en fin de cuentas, no supieron adaptar a tiempo la cultura del autocontrol a las crecientes posibilidades tecnológicas quedaron por defectuosas descartadas del proceso histórico.

La civilización en nuestro planeta aún vive, gracias, precisamente, a que los hombres, mientras gobiernan las fuerzas cada vez más potentes de la naturaleza y aumentan en número, a la vez han ido aprendiendo a contener los impulsos

agresivos de forma más eficaz, a prever mejor las consecuencias diferidas de sus acciones y a regular con mayor eficiencia tanto las relaciones de la sociedad y la naturaleza como las intrasociales.

Durante los muchos milenios de la historia, a pesar del incremento continuo de la fuerza letal de las armas y de la concentración de domicilio de la gente, no ha aumentado el porcentaje de víctimas de la violencia social en la cantidad total de población. Se sabe que en las guerras del siglo xx murió más gente que durante los milenios de la historia escrita tomados juntos. Pero si se calcula de otra forma, de manera sociológicamente más concreta —no magnitudes absolutas, sino relativas—, en el transcurso de la historia la densidad de la violencia social no sólo no aumentó paralelamente al poder de las tecnologías, sino que incluso se redujo.<sup>3</sup>

No obstante, del destino de la civilización humana sólo sabemos con certeza que existe *hasta el momento actual*. ¿Seguirán en lo adelante produciéndose tensiones tecnogénicas y, si es así, podrá la civilización soportarlo mucho tiempo? Y si no, ¿qué puede hacerse para cambiar definitivamente la situación?

Ya hoy día es bastante evidente que la humanidad ha llegado a una nueva bifurcación cualitativa en su desarrollo, cuando el sistema de contención de la agresividad una vez elaborado ya no se adecua totalmente a las nuevas condiciones.

Los principios de regulación de la agresividad, elaborados durante siglos, actualmente ya son nuevamente insuficientes. Siquiera por causa de que la energía para la destrucción y transformación de la naturaleza ha alcanzado hoy tal poder, que los gastos de semejante conducta del hombre pueden ser superiores al potencial de autodestrucción. Al menos es evidente que la violencia sobre la naturaleza retorna a nosotros con consecuencias multiplicadas y nosotros somos totalmente capaces, en una perspectiva histórica perceptible, de “conseguir” que la biosfera destruida nos sepulte consigo, bien como resultado de la crisis ecológica global o de la puesta en marcha de un proceso descontrolado de destrucción del genotipo humano.

3 Los cálculos del científico ruso, A. P. Nazaretián, demuestran que el porcentaje de víctimas militares en la cantidad de población se ha mantenido aproximadamente igual siglo tras siglo (con excepción de siglos singularmente sangrientos, como el dieciséis y el diecisiete), pero el porcentaje de víctimas de la violencia cotidiana en el pasado, a juzgar por datos indirectos, era mayor.

Por otra parte, la estrategia de "lanzar la agresividad hacia fuera" pierde todo sentido cuando el mundo humano mismo se contrae, convirtiéndose de sistema de comunidades locales y relativamente aisladas en sistema único e interdependiente. Máxime cuando el equipamiento técnico y los medios de destrucción que el hombre posee hoy han adquirido un carácter, que resulta imposible delimitar las consecuencias de su aplicación. La diferencia esencial entre el fusil y la ojiva nuclear consiste no sólo y no tanto en que su aplicación implica diferente potencial de destrucción del enemigo, sino en que las armas nucleares y las armas de destrucción masiva, semejantes a aquellas por su sentido, irremediablemente asesina y destruye no sólo al enemigo, sino también al que las emplea.

Tarde o temprano nuestra civilización tendrá que elaborar nuevos principios y mecanismos de contención de la agresividad y hallar la posibilidad de percibir a toda la humanidad como una comunidad única, que necesita, en primer lugar, no utilizar la naturaleza y enfrentar a los "extraños", sino luchar con el "culto a la violencia" y el "síndrome de autodestrucción" dentro de sí y todos juntos.

No sabemos cuán posible es esto. Pero si existe tal potencial, de una manera u otra debe estar registrado en la sociedad humana contemporánea. No importa que sea insignificante, olvidado de todos o no totalmente concientizado, pero debe existir. Esta es la lógica que dictan los principios del desarrollo y de la evolución de todos los sistemas complejos, especialmente, los sociales.

Al tratar de explicar las condiciones de que depende la perspectiva del organismo social ante la agudización de la crisis, siempre chocamos con el concepto de diversidad interna.

En los períodos de calma el sistema, generalmente, no necesita de mayor diversidad. Y si ésta aumenta, por regla general, "no es con un fin determinado", no porque trae consigo determinada ventaja evidente, simplemente porque el sistema es lo suficientemente "liberal" como para no descartar por defectuosa cada mutación, cada desviación del modelo normativo. Pero cuando las circunstancias cambian con rapidez, los modelos elaborados dejan de funcionar cada vez con mayor frecuencia y conducen a efectos contrarios. Entonces ya el destino del sistema se determina por el hecho de si logró acumular el suficiente bagaje de elementos y modelos de comportamiento antes innecesarios, superfluos, funcionalmente inútiles.

Si no es así, el sistema, al resultar incapaz de reestructurarse de manera sustancial, se destruye y queda en el pasado, junto con el medio y las condiciones que lo sostenían. Si es así, el sistema renace, pierde algo y adquiere algo, pero continúa el desarrollo hacia adelante. Los elementos que antes resultaban superfluos y periféricos, ocupan ahora el lugar central, y a su alrededor comienza a organizarse una nueva estructura.

Un análisis cuidadoso demuestra que los tipos cualitativamente nuevos de organismos biológicos, los procedimientos tecnológicos y las formas de actividad, las imágenes artísticas, las doctrinas religiosas, las ideas científicas y técnicas, etc., por regla general, han surgido mucho antes de ser demandados por la evolución. Convencionalmente hablando, esta regla de la diversidad no funcional o incluso superflua es una consecuencia de la ley general descubierta en los años cincuenta del siglo pasado por el matemático y biólogo inglés William Ross Ashby —la ley de la diversidad necesaria, según la cual la estabilidad y potencial evolutivo del sistema son proporcionales a su diversidad interna.

Pero si la diversidad es un valor incondicional, ¿se debe entonces condenar la agresividad política y el terror, castigar a los criminales, exigir la observancia de las normas morales y jurídicas por parte de todos los ciudadanos y corregir incluso los errores gramaticales? ¿Acaso cuando logramos que la gente siga reglas y normas de comportamiento iguales no estamos limitando el crecimiento natural de la diversidad?

Claro que he formulado aquí estos problemas, sobre los cuales han meditado durante siglos filósofos, moralistas, juristas, economistas y politólogos, de manera algo grotesca. Pero ellos adquieren cada vez mayor actualidad debido a la “globalización” en expansión.

Por ejemplo, la demanda de conservar la originalidad de cada etnia y de cada cultura singular entra en conflicto irresoluble con la idea de los valores generales humanos de los derechos del hombre, únicos para todos los ciudadanos de la Tierra. Porque los valores tradicionales, las normas de comportamiento, los conceptos sobre los derechos y deberes humanos son tan diferentes en la mayoría de los pueblos del mundo de aquellos que se establecieron en la cultura occidental a finales del siglo xx, que cualquier alusión a su unificación se percibe como “injerencia imperialista”. Y provocan la reacción natural de los fundamentalistas nacionales y religiosos, los cuales, con frecuencia, gozan del profuso apoyo de las masas.

Esta contradicción es fundamental desde el punto de vista teórico y muy importante desde el punto de vista práctico. Por eso es esencialmente importante el anexo a la ley de Ashby, elaborado por el científico ruso E.A. Sedov, que se desprende de la *ley de las compensaciones jerárquicas*.

Esta ley es, por su universalidad, proporcional a la ley de Ashby (es decir, abarca igualmente los procesos que ocurren en la sociedad, en la naturaleza viva y no viva) y le incorpora una adición decisiva. En ella se dice que el incremento de la diversidad en el nivel jerárquico superior de un sistema complejo se garantiza mediante la limitación de la diversidad en los niveles anteriores y, por el contrario, el incremento de la diversidad en el nivel inferior destruye el nivel superior de la organización jerárquica.

En otras palabras, para que un sistema complejo funcione normalmente, es totalmente imprescindible la limitación de la libertad de cada uno de sus elementos. Pero esta limitación se subordina a una estricta lógica. El sistema se desarrollará, tendrá estabilidad y potencial económico cuando su diversidad interna sea portadora de "carácter cualitativo" y esté vinculada, ante todo, a la diversidad y a la correspondiente libertad en sus "pisos superiores", en los componentes más esenciales e importantes. El incremento exagerado de la diversidad de prácticas primitivas, delictivas o incluso antisociales en los "sótanos" de la sociedad, por el contrario, no sólo nunca llevará al desarrollo, sino que, sencillamente, minará las bases mismas del sistema en general, destruirá sus mejores modelos.

El conocimiento de dos descubrimientos fundamentales de la teoría de los sistemas —la ley de Ashby y la ley de Sedov— nos ayuda a comprender multitud de cosas no tan evidentes. En particular, cómo puede correlacionarse el aumento ulterior de la diversidad con la perspectiva de la difusión de los valores y normas únicos para las interrelaciones de toda la comunidad mundial.

## 5. El hombre del Mundo Nuevo

Cuando hablamos de la posibilidad de un Mundo Nuevo debemos pensar y hablar no sólo y, quizás, incluso no tanto de la posibilidad de una nueva organización social y sistema de instituciones internacionales. En primer lugar, se pre-

senta el problema del hombre en el Mundo Nuevo o, para ser más exactos, del hombre del Mundo Nuevo.

Es importante comprender si el hombre mismo se desarrolla, si estamos tratando con la naturaleza inalterable y limitada del hombre o el desarrollo de la humanidad en las más diversas direcciones puede conducir a que se nos plantee un problema de envergadura verdaderamente universal —el problema de si estamos o no listos para la aparición de un tipo de hombre realmente nuevo, de un “extraño entre nosotros”, para que nos sustituya el *homo postsapiens*.

El hombre puede convertirse de sujeto de la transformación en su objeto. No lo podemos decir con exactitud, pero podemos suponer con justicia que la acumulación de cambios y la separación del hombre de la naturaleza, el crecimiento de la información y la cultura en determinado momento son capaces de lograr valores umbrales tras los cuales el hombre pierda la capacidad de controlar y asimilar todo el macizo de nuevos fenómenos informáticos y sociales que ha originado.

En este problema se aprecian dos aspectos fundamentales, aunque bastante estrechamente relacionados entre sí. Por una parte, está el progreso moral, la posibilidad de que surja una nueva ideología y una nueva religión de la humanidad. Por otra, está el progreso tecnológico, el cual puede conducir a que aparezca el superhombre o una nueva forma de vida que suceda a la humanidad.

### 5.1. ¿Surgirá el homo postsapiens?

En la Europa medieval de diez niños nacidos sólo dos o tres, como promedio, tenían descendencia en la generación siguiente, es decir, se descartaba por defectuoso hasta el ochenta por ciento (!) del “material biológico”. Y, según cálculos de S.P. Kapitsa, el promedio de vida de la gente, en toda la historia, no excedía los 20 años. Durante los últimos cien años el promedio de vida aumentó al doble y este crecimiento abarcó, en una u otra medida, todos los países del mundo, sin excepción. (En Rusia, por ejemplo, a finales del siglo XIX el promedio de vida no superaba los 30 años.)

Claro que aquí se trata no sólo del desarrollo de la medicina, la farmacología, del incremento del nivel y la calidad de vida, etc. Un importante papel desempe-

ña también el cambio de los valores: nunca en la historia la individualidad humana y la vida humana individual se han valorado tan altamente como en el siglo xx. En los países avanzados la mortalidad infantil ya no se calcula en porcentajes, sino en millares, o sea, no por cada cien, sino por cada mil nacidos vivos; crecen y envejecen personas con gravísimas enfermedades congénitas, con cuya supervivencia antes no se podía siquiera soñar.

El hecho de que la sociedad haya logrado prácticamente bloquear las formas más burdas de la selección natural es el mayor de los logros de la cultura humanística. Pero tampoco esto puede dejar de comportar gastos globales.

Al debilitar considerablemente los mecanismos naturales de estabilidad genética y de eliminación de mutaciones desfavorables, la humanidad se arriesga a la acumulación descontrolada de desviaciones hereditarias de la norma. Como resultado, cada generación resulta biológicamente menos viable que la anterior y la vida de las personas, cada vez más dependiente del medio artificial. Cálculos extrapolados condujeron a algunos científicos a la conclusión de que a mediados del siglo xxi todo esto puede acarrear la degradación biológica de la población de los países desarrollados, la cual, además, afectará principalmente el cerebro. Claro que esto ocurrirá en el caso de que no se tomen medidas extraordinarias.

¿Cuáles pueden ser estas medidas? Se sobreentiende que se necesita incrementar el bienestar de los ciudadanos, reverdecer las ciudades, ampliar la red de complejos deportivos de salud, optimizar la estructura de la alimentación, de las condiciones de vivienda, de trabajo y descanso y otras. Pero sería ingenuo esperar que todas estas acciones más o menos tradicionales compensen la acumulación de carga genética. La solución cardinal del problema sólo puede vincularse a la ingeniería genética.

Pero aquí, como siempre, la solución de unos problemas trae consigo el aumento en avalancha de otros, más difíciles aún. Es terrible imaginar los errores y abusos que se tomarán probables con la irrupción artificial en las bases más íntimas de la existencia humana. Y, nuevamente, el problema está en si logrará o no la sociedad elaborar oportunamente mecanismos de regulación (morales, jurídicos, de control) lo suficientemente eficaces para evitar consecuencias irreparables.

Pero parece que esto tampoco es aún el más fantasmagórico de los peligros que acechan a la humanidad en el siglo xxi, en un escenario "progresista".

Con el aumento de la velocidad de los procesos de información automatizados a seis órdenes y más, la complejidad de los sistemas artificiales excederá, al final, la complejidad del cerebro humano. Es poco probable que valga la pena esperar que, en tales condiciones, el ordenador siga siendo solamente una "máquina", un instrumento pasivo de la voluntad humana. Ya en los albores de la cibernética, el notable matemático, John von Neumann, advirtió que era inevitable que el incremento cuantitativo de la velocidad de las computadoras tarde o temprano se tornara en efectos cualitativos, y ya en los años 80 los científicos advirtieron rasgos de aislamiento progresivo del intelecto electrónico.

Hoy día es posible sólo de manera muy general imaginar los efectos que deben surgir en este camino. El desarrollo de la nanotecnología y biotecnología (en laboratorios especiales se cultivan moléculas proteicas —biochips— destinadas a la red computacional), la imitación programada de la esfera de las necesidades dirigidas y del control emocional de los resultados, todo esto necesariamente culminará con la formación de las cualidades subjetivas propias del intelecto que se reproduce e instruye a sí mismo.

Los especialistas que tocan a rebato por este motivo más que todo profetizan incluso no la simple competencia, sino la confrontación inevitable entre los intelectos humano y electrónico, en la que el hombre está sentenciado a la derrota. Además, unos describen esa perspectiva con horror, otros, con cierto frenesí masoquista. En cualquier caso, se postula que el intelecto artificial será indudablemente hostil al hombre como ser anticuado, y por tanto inútil, e insensible a los intereses humanos. Se considera una utopía que se le puedan incorporar, previsoramente, vetos morales, que le impidan dañar al hombre (las "tres leyes de la robótica", elaboradas por el escritor de ciencia ficción, Aizek Azimov).

Los especialistas que predicen efectos cualitativos de la complicación de los sistemas informáticos, por regla general, ven en el intelecto electrónico un sujeto hostil al hombre, el cual, luego de garantizar definitivamente su autonomía, no se andará con cumplidos con los portadores de la forma de intelecto "predecesora". Puesto que no se observa la posibilidad de implantar, desde afuera, algoritmos de filantropía (según Azimov) en la conciencia del robot, se considera sobreentendido que los robots, o "nanobots", se conducirán de acuerdo con las leyes de la selección natural de Darwin —de manera egoísta y despiadada.

Pero el intelecto creado sobre una base material artificial, con todas sus

nuevas cualidades, es continuación del intelecto que se desarrolló durante toda la historia del *homo sapiens*. Esa historia, profundamente dramática y mediada por duras crisis, es un proceso heredado único, y no hay fundamento alguno para pensar que el intelecto trasladado a un portador material no proteico (o no exclusivamente proteico) olvidará su historia.

Por consiguiente, a partir de la lógica interna del desarrollo intelectual, el intelecto electrónico, poseedor de posibilidades tecnológicas sin precedentes, está obligado a perfeccionar también los mecanismos de autorregulación moral históricamente elaborados. En caso contrario, se destruirá inevitablemente a sí mismo, como hubiera ocurrido hace tiempo con la humanidad si su desarrollo tecnológico no se compensara con el perfeccionamiento de las limitaciones culturales.

Podemos coincidir con los psicólogos que suponen que, en esa interacción, el peligro principal será partir precisamente del hombre, el cual, originalmente, desde la antigua era de piedra, es portador de un sentimiento ambivalente de miedo y odio hacia el doble, hacia el intruso antropoide. Esto puede expresarse también en los ánimos neolúdicos y en las acciones agresivas con relación a los sistemas electrónicos, a los programas y sus creadores. Es difícil imaginarse las consecuencias: incluso sin que haya resistencia, la dependencia del organismo social de los sistemas informáticos se vuelve tan elevada que, algunos decenios después, su inutilización temporal conduciría, probablemente, a la parálisis letal de la vida social.

Resulta interesante que la compatibilidad del pensamiento humano con el del ordenador no significa en modo alguno su "maquinización". Al contrario, el pensamiento deja de ser lineal, como lo había conformado la época "libresca", al adquirir rasgos de heterogeneidad cada vez más expresivos. Con tal pensamiento el hombre es menos vulnerable al encantamiento del Libro sagrado y de la Verdad única, es más flexible, adaptable, tolerable y sensible, desde el punto de vista intelectual, a la idea de complementarse recíprocamente. No se excluye que precisamente aquí se oculte el recurso de transición de la humanidad a nuevos estadios y a un nuevo nivel de progreso moral.

En consecuencia, se forma un sujeto del proceso de civilización cualitativamente nuevo y la historia del universo pasa orgánicamente al siguiente estadio, el "posthumano".

Así, el problema clave del siglo XXI será, probablemente, la relación entre lo artificial y lo natural, en todas sus hipóstasis. Pero en la historia siempre ha

ocurrido precisamente así. La solución radical de las crisis antropogénicas se ha logrado, por regla general, alejando el sistema sacionatural del estado natural (salvaje). Para conservar la civilización planetaria en este nuevo siglo se requiere un ciclo de acciones, profundas como nunca antes, de “alejamiento de la naturaleza”.

Sin el desarrollo de las redes informáticas, de las nanotecnologías, de la ingeniería genética y la robótica la civilización planetaria no podrá sobrevivir el siglo xxi. Su desarrollo puede resolver, de forma radical, los problemas energéticos, ecológicos, demográficos e incluso político-militares.

La perspectiva de “virtualización” o “robotización” de los conflictos militares, cuando estos tengan lugar sólo en el medio computacional virtual o sólo con la participación de robots, sin el hombre, es una perspectiva, aunque no totalmente clara, pero, posiblemente, bastante atractiva para la humanidad. La incorporación del hombre al mundo virtual podría asegurar una autenticidad de las emociones fuertes que resulte necesaria y suficiente para eliminar las tensiones psíquicas masivas.

Si damos rienda a la fantasía es posible imaginarse guerras virtuales en las que millones de ciudadanos tras los ordenadores domésticos, ataviados con delicados cascos con auriculares, comenzarán a combatir por la solución de los conflictos políticos. Y van a participar en las tramas de peligrosas batallas armadas, subordinados a un mando único, experimentarán dolor, miedo, tensión intelectual y muscular, agotamiento y extenuación, y manifestarán astucia y coraje y vencerán la resistencia de enemigos igualmente diestros. Y saben que no es un simple juego, que del desenlace de la batalla depende que se resuelva el problema en interés de una u otra parte. En estas lides pueden estar presentes todos los atributos de las guerras anteriores, excepto acaso algunos “detalles” —el derramamiento de sangre, la destrucción de objetos materiales (culturales y naturales), la contaminación de la atmósfera, etcétera.

Claro que esto es aún ciencia-ficción. Yo sólo quiero destacar que si no se crean procedimientos de este tipo para sustituir la guerra “material”, la civilización se desplomará. Es cierto que si se crean, entonces... el Estado nacional y el Estado en general como formas históricamente determinada de organización social se verá privado de, quizás, la última función “objetiva”: la función de proteger militarmente a sus ciudadanos y su territorio. Entonces, o quedará en el pasado o renacerá tanto (“se virtualizará”) que dejará de corresponder a todas las ideas del Estado habituales para nosotros.

En general, el desarrollo tecnológico mismo acarrea tales problemas, que surge la gran interrogante respecto a si la humanidad logrará hallar su solución óptima y, lo que no es menos importante, si logrará conformarse psicológicamente con la necesidad de tales soluciones. El problema de la "virtualización" del Estado es sólo un ejemplo.

El "avance tecnológico" está vinculado a riesgos y peligros muy grandes. Las "tecnologías del futuro", que ya hoy nos imaginamos y que en principio pueden verse como la solución de aquellos mismos problemas demográficos, ecológicos y sociales capaces tanto de ampliar los horizontes de la vida, como de colocar el problema de la destrucción de la humanidad en el plano de lo actual.

En fin de cuentas no nos es difícil suponer además, por ejemplo, que la victoria definitiva del hombre sobre las enfermedades hoy incurables es imposible en los marcos del paradigma de pensamiento que define hoy nuestra existencia, nuestras acciones y la lógica del desarrollo de la ciencia y la medicina. Nosotros tratamos de hallar las formas de proteger la naturaleza humana de enfermedades tales como el cáncer o el SIDA, pero no admitimos la idea de que puedan ser invencibles en los marcos de la naturaleza humana. Y el único modo de vencer esas enfermedades será no la destrucción de la enfermedad, sino el cambio del propio hombre. Es posible que si cambia la naturaleza del organismo humano, esas enfermedades dejen de serlo.

Las "tecnologías del futuro" crean también multitud de nuevos problemas político-filosóficos. Por ejemplo, ya se ha señalado que el problema de garantizar la salud y la calidad de vida en condiciones de empeoramiento de la ecología puede solucionarse en el nivel esencial sólo con la ayuda de las tecnologías de la clonación médica de los órganos o con el desarrollo ulterior de las tecnologías virtuales e informáticas. Como resultado de esto muy pronto se hará realidad la cuestión de la inmortalidad real de los individuos.

En su empeño por enfrentar el Mundo Nuevo, Occidente puede tratar de utilizar su supremacía tecnológica y las tecnologías de la inmortalidad para realizar el superproyecto de una nueva explosión demográfica dentro de sí mediante la clonación y producción de individuos artificiales.

La estrategia contemporánea de Occidente es la estrategia de la minoría, es la estrategia consciente para posicionarse en el Mundo Nuevo como la minoría autosuficiente y poderosa que debe poseer el recurso único y la tecnología

que permite no sólo asegurar la dominación y el poder en el planeta, sino también que, en caso de necesidad, permite abandonarlo, así como asegurar la inmortalidad individual y colectiva a sus participantes, como adecuada respuesta al *status* de minoría y al recurso de reproducción de su número y *status* (incluyendo la reproducción intelectual a cuenta de garantizar la inmortalidad de los portadores de intelecto único).

De esta forma, el desarrollo de las formas posthumanas y posterrestres de organización de la vida, empezando, posiblemente, por las formas estrictamente informáticas de organización del intelecto y de la vida y terminando con el éxodo de la Tierra de la humanidad o de su parte más desarrollada, es un problema. Estas presuposiciones son fantásticas sólo a primera vista. Siempre en la historia, al marchar hacia adelante en su desarrollo, la humanidad ha ido transformando la naturaleza y "abandonándola". Hoy, por lo visto, está dispuesta a dar un siguiente paso lógico más hacia adelante —fuera de los límites de sí misma y de los límites del planeta Tierra.

En realidad, hoy se trata del cambio esencial de la calidad de la civilización y de su portador. Las dificultades psicológicas relacionadas con el alejamiento del hombre de las habituales identificaciones étnicas, estatales, confesionales y otras identificaciones macrogrupales palidecen, si se comparan con el rechazo de la autoidentificación como especie. Todo esto provocará, obligatoriamente, *stress* psíquico sin precedentes por su envergadura e intensidad. Y para que la gente pueda sobrellevarlos y no caer en la frustración masiva y en explosiones de agresividad histórica, se necesita un trabajo grandioso (principalmente sobre sí mismos) de los científicos, políticos y de toda la llamada elite de la sociedad.

## 5.2. El progreso de las tareas morales

Según una sabia frase, "la historia de la humanidad es el progreso de las tareas morales". Precisamente por esto, a partir de estas nuevas líneas del pensamiento humano, y no por sus logros, podemos juzgar sobre la verdadera evolución de la naturaleza y de nuestra sociedad.

Hoy nuestra civilización se encuentra nuevamente en el umbral de una nueva gran "revolución de la conciencia", sin la cual la humanidad no podrá dar

respuesta a los desafíos de su existencia, superar el carácter evidentemente limitado de las posibilidades de desarrollo extensivo, la incapacidad de vencer, en los marcos del sistema y las tendencias de desarrollo existentes, todos los problemas socioeconómicos, demográficos, ecológicos y políticos.

A pesar de todo, precisamente la moral, la ética, la ideología, que constituyen la base de la política y el derecho, siguen siendo los mecanismos más importantes de autoconciencia de la sociedad, así como los instrumentos de control de su propio desarrollo, las formas de dirección y gobierno de estos procesos. Hoy día tropezamos, precisamente, con la gobernabilidad del desarrollo y la comprensión de sus tendencias como problema fundamental.

La humanidad tiene que empezar a gobernar las tendencias de su desarrollo y pasar a nuevas bases y principios de ingeniería social y de construcción de la civilización. Pero para que esto ocurra, tenemos que formular la estrategia de desarrollo justamente en el lenguaje de los sentidos, en el lenguaje de los valores y la moral. El progreso moral de la humanidad se torna uno de los problemas fundamentales de la historia y su demanda principal.

Los intereses de la supervivencia y autoconservación de la humanidad demandan, en primer lugar, la búsqueda de las bases de su solidaridad moral, de los principios y valores sobre cuya base puede alcanzarse una armonía social global que rebase las fronteras nacionales, confesionales, de la civilización.

La base del fracaso moral del mundo actual es, en fin de cuentas, la tradición liberal, dentro de la cual los conceptos de individuo, interés particular, beneficio-ventaja y bienestar particular, colocados en un pedestal, se convierten en fundamentales. Mientras que el problema fundamental de la moral es, precisamente, la conciencia del carácter no aislado del hombre y su actividad, de la relación mutua y la dependencia mutua con los demás individuos.

El liberalismo económico y la racionalidad científico-técnica relacionada con él erigen dichos principios en puntos de referencia prácticos de la actividad social y estatal encaminada a lograr el progreso y maximizar el provecho. La capacidad de pensar en las categorías "minimización de los gastos-maximización de los beneficios" es la tesis tradicional respecto a las bases de un comportamiento racional que no toca la esfera de la moral. La moral, en ese caso, más bien es capaz de modificar la imagen y valoración de los gastos y beneficios, cuando para un individuo el principal beneficio puede ser, precisamente, la conciencia tranquila.

El concepto de mercado como concepto central para las sociedades occidentales contemporáneas confiere, claro está, cierto sentido de valor a la lógica de las interacciones económicas caóticas, cuando surge la idea de la "mano invisible" objetiva que guía a todos los hombres, países y pueblos hacia la riqueza y la prosperidad, a la concordia común. El bienestar y la prosperidad generales, así como la armonía y el orden generales, sólo surgen en esa lógica como un resultado de la interacción de los intereses particulares.

En este sentido, la paradoja principal está en que la suma de los intereses y acciones particulares despojados de motivación moral o de cualquier otra, al parecer debe crear, al final, el medio de vida social más justo y libre. Y no sólo la lógica beneficiosa de la autorregulación social del mercado está llamada a garantizarlo, sino también el concierto social, cuya base para los liberales es siempre, al final, la tesis de garantizar iguales "posibilidades de despegue" iniciales para la supervivencia de todos como condición de justicia.

La identificación del bien general con el conjunto de beneficios y bienes particulares de una cantidad máxima de individuos sobre la base de cierto convenio o contrato social, se descubre a sí misma. De forma muy simplista, la base de esta imagen está constituida por la fe, sin fundamento alguno, en que "todo saldrá bien" y que en nuestro mundo, "el mejor de los mundos", en resumidas cuentas, no es posible que las nobles aspiraciones de felicidad, beneficio y bienestar de los distintos individuos tengan consecuencias y resultados catastróficos. El único fundamento de esta convicción resulta ser nuestro deseo de vivir mejor, así como nuestra fe en que con nuestros esfuerzos podremos en algún momento crear un mundo maravilloso de armonía y prosperidad, si no para todos, al menos para nosotros mismos. La visión liberal del mundo en este sentido se diferencia poco de las imágenes utópicas del "reino de Dios en la Tierra".

Sin embargo, es poco probable que el estado actual del mundo ofrezca motivos para semejante optimismo en su concepción, pues simplemente nos vemos obligados a partir de que la armonía natural de nuestro mundo, de nuestra civilización, si es que existió originalmente, hoy está destruida. Al hombre le resulta difícil reconocer que el futuro puede ser catastrófico o privar de sentido todo o casi todo lo que hacemos hoy.

El apocalipsis mundial, capaz de estremecer la imagen de cualesquiera ventajas o beneficios de la cotidianidad, no es tan imposible ni lejano. De la misma

manera que en la vida habitual preferimos no interiorizar ninguna de nuestras acciones partiendo de que todos somos mortales, igualmente la humanidad no sólo no piensa en sí misma en semejantes categorías, sino que, simplemente, no consiente en considerar la posibilidad de su destrucción o autodestrucción.

Desafortunadamente, la lógica del mundo moderno es tal que incluso unos minutos antes de que el sistema del universo se derrumbe o directamente en el momento de la catástrofe global siempre habrá alguien que personifique por completo los principios de funcionamiento de la sociedad moderna y utilice la situación para "maximizar los beneficios".

Sin embargo, es dudoso que podamos esperar que el sistema del universo tradicional, conservador, basado en las ideas de la autolimitación del desarrollo, de la revancha de la tradición, del "nacionalismo saludable", del carácter nacional y de la autoconciencia religiosa, pueda ser productivo en la solución de los problemas globales.

Es propio del pensamiento conservador la idea de negar el problema en sí y los retos de la globalización. La respuesta a ellos, más exactamente, la tentativa de rechazar el nivel mismo de interiorización de los problemas del desarrollo, es la demanda de retorno "a la tierra", del desarrollo sólo o preferentemente a partir de la lógica de la existencia de comunidades locales, de comunas locales, en último caso, de algunos estados y pueblos.

Precisamente esa "pequeña historia" de las agrupaciones locales culturalmente homogéneas, integradas sobre la base de la tradición y del sentimiento directo de unidad y comunidad, se vuelve ideal "aislacionista" de los conservadores. En este sentido, el problema del desarrollo global y de la solución de los problemas prácticamente pierde su sentido, pues el desarrollo, la vida de la sociedad, sus objetivos no deben concebirse en esas categorías.

Las demandas del "renacimiento religioso" y el llamamiento a fortalecer el Estado nacional como institución fundamental del "viejo orden", tan propias del pensamiento conservador, se vuelven bastante peligrosas cuando se trata del mundo moderno.

Los conservadores conciben el mundo y su desarrollo como el problema, bastante sencillo en esencia, de seguir la tradición y moral existentes, ya creadas y comprobadas por el tiempo, o, en el peor de los casos, como el problema de la necesidad de volver a ellas.

Pero la proposición romántica de limitar el desarrollo, de crear un "nuevo Arcaico" a imagen y semejanza de la naturaleza primitiva también parece una utopía. Siquiera porque precisamente la autolimitación voluntaria de la humanidad en el desarrollo exigirá un nivel de conciencia totalmente nuevo y será extremadamente complejo poner bajo control las tentaciones de unos u otros grupos a rechazar la autolimitación para dominar y poseer el poder mundial sobre la humanidad.

Otro de los problemas fundamentales de la moral tradicional y la religión es que la idea de la salvación personal y del deber personal de practicar la virtud en la vida, en la que se basan, no es más garantía de supervivencia de la humanidad. A partir de las exigencias de la supervivencia y la virtud, sólo el comportamiento imaginable y la acción de la humanidad como todo único pueden hoy garantizar el futuro.

Sin embargo, aquí precisamente se oculta uno de los problemas intelectuales y de valores principales de nuestro tiempo. Éste consiste en la contradicción propia de la interpretación del hombre de su lugar en el mundo. Es extremadamente complejo exigir del hombre una percepción racional, en categorías de la propia actividad y de la propia vida, de problemas globales que poseen particularidades como la interpretación en grandes dimensiones temporales y espaciales, así como el carácter indirecto, oculto o la debilidad de sus formas de manifestación con relación a la vida personal individual de las distintas personas.

En el concepto mismo de cotidianidad hay determinada contradicción con las demandas del mundo globalizado. El hábitat tradicional del hombre y el sistema de intereses determinantes, vitales o básicos, siempre tienen, preferiblemente, un carácter local muy cercano a la vida cotidiana. El hombre en su vida y práctica diarias apenas se hace preguntas de orden global, y el sentido de tiempo de vida, por regla general, no permite que los problemas que tienen una historia de al menos diez años o un ciclo de desarrollo en el futuro sean percibidos como reales y concernientes directamente a todos.

Generalmente, la percepción humana de la realidad en la concepción "minimización de los gastos-maximización del beneficio" se determina, si no en las decisiones operativas diarias, entonces, en el mejor de los casos, en un período de 30-50 años, o sea, en la perspectiva aproximada de la vida propia o la de los hijos.

Por regla general, de aquí se desprende que en la práctica y ética diarias del hombre los problemas globales de la contemporaneidad o están representados de forma extremadamente recortada o no están.

En realidad, se puede decir que para la sociedad y para cada individuo por separado es bastante estable, por ejemplo, la idea clara de los peligros de una guerra nuclear y de la destrucción de la humanidad. Este problema se concibe como real precisamente en virtud de que, desde el punto de vista matemático e ideológico, se ha demostrado a todos más de una vez que la contingencia de la destrucción actual de la humanidad en un período de algunas horas e incluso minutos es absolutamente posible.

Pero para convertir este conocimiento en propósito de la opinión pública y luego en elemento de la cultura y la ética cotidianas han pasado varios decenios de cruento enfrentamiento de diferentes estados, de un trabajo cultural e ideológico tenaz y tenso por parte de ellos y de lucha entre ellos.

Vale la pena tener en cuenta también que, en la medida en que se ha debilitado este enfrentamiento y concluido la "guerra fría" se ha observado el debilitamiento en las sociedades contemporáneas de los estereotipos fijos y los postulados éticos. Como reflejos adquiridos, y no innatos, esas normas y conocimientos no se transmiten de generación en generación y hoy día su estabilidad y actualidad son más que dudosas para la mayoría de las sociedades.

Pero ante la humanidad se alzan otros problemas y peligros no menos graves. No son tan evidentes, no son "explosivos", su ciclo de realización está dilatado en el tiempo. Su contenido real es a menudo inaccesible a la conciencia masiva. No están incluidos ni siquiera en la periferia del sistema de códigos culturales, de los estereotipos morales y de comportamiento cotidianos. Entre ellos basta señalar los desastres ecológicos, los problemas demográficos. Sólo cuando estos problemas invaden por sí mismos la estructura de la cotidianidad de las sociedades contemporáneas, como ocurrió recientemente con las inundaciones en Europa y en el sur de Rusia, sólo en situaciones como éstas los problemas globales comienzan a ser interiorizados como actuales y reales por la conciencia masiva. Pero esto ocurre sólo de forma vaga y sólo hasta que los ríos y la vida vuelven de nuevo a su cauce.

Además, ninguno de los problemas globales de la humanidad tienen hoy, permítanme decirlo, el apoyo informático, intelectual y propagandístico que tuvo

el problema de la guerra nuclear y de la destrucción de la humanidad en la época de la "guerra fría".

Es peor aun cuando tal o cual problema global está, en principio, como separado de tal o cual sociedad y es percibido más bien como "exotismo" del mundo, así como cierto fundamento abstracto para reflexiones como "qué bien estamos en comparación con ellos". Tales son, por ejemplo, los problemas de la pobreza de la mayoría de los países del mundo, la extinción de países y continentes enteros a causa de enfermedades, la existencia entre la vida y la muerte de estados y pueblos enteros.

Para la humanidad civilizada la existencia de tales problemas se concientiza de forma episódica y, en el mejor de los casos, resulta el motivo de turno para ejercitarse en el examen de la propia moral y ética, del sentimiento de compasión mediante diferentes fondos benéficos y organizaciones internacionales de ayuda. Este sistema permite incluso que los individuos obtengan determinada indulgencia por tomar conciencia de los problemas. Basta que usted haga un aporte a un fondo benéfico o dé cosas viejas para las víctimas de una epidemia o de un conflicto étnico en África, para que se tranquilice su moral tradicional, se impregne de la idea de que usted hizo todo lo que pudo y... olvide felizmente la existencia del problema como tal y, lo principal, las causas que lo originan.

Todo lo dicho permite aseverar que en el mundo actual la idea de desarrollo puede mantenerse y ser fundamentada sólo en el caso de que se incorpore a dicho concepto un imperativo moral esencialmente nuevo de autoconservación de la humanidad y la búsqueda de un nivel en principio nuevo de concientización de ese imperativo por cada individuo en su vida cotidiana.

La idea de autoconservación, supervivencia y desarrollo del hombre en las nuevas condiciones puede ser el único criterio de progreso, que debe verse no como demanda de crecimiento, sino como demanda de adaptación; no como demanda de acumulación cuantitativa, sino como demanda de creación de un medio social y político cualitativamente nuevo. Si la idea de autoconservación y supervivencia está reconocida por la ciencia moderna como motivo básico de las acciones de todo lo vivo, incluido el hombre, es igualmente muy importante fijar y encontrar ese "instinto" como mecanismo de supervivencia de toda la humanidad.

A sustituir el progreso científico-técnico, "positivista" debe venir el progre-

so ético-moral, social, cuyo sentido y contenido fundamental debe ser "elevar" la organización social y política del mundo, elevar su calidad hasta el nivel de correspondencia con las metas alcanzadas por la sociedad en la esfera científico-técnica. Este es el único tipo de "desarrollo por alcanzar" que no sólo se justifica, sino que es absolutamente necesario.

El sintagma "Cultura del Mundo" (Cultura Mira) aparece cada vez con más frecuencia en trabajos científicos, publicitarios, en la prensa, en postales e incluso en carteles callejeros. En virtud de las particularidades de la lengua rusa, esta combinación, encontrada por primera vez, se interpreta como "cultura mundial". Eso no es correcto. El error ocurre porque en ruso la palabra "mir" tiene tres acepciones: representa la ausencia de guerra, más todo lo que está fuera del hombre, más la comunidad campesina (territorial), investida del derecho de tomar decisiones obligatorias para sus miembros. En otras lenguas estos tres conceptos se representan con palabras diferentes.

En esencia se trata de poner a funcionar finalmente el más poderoso de los recursos de bienestar asequibles al hombre. Ese recurso es la organización de las relaciones entre todos los hombres en la Tierra y entre todas las organizaciones y agrupaciones de individuos, incluidas las estatales, sobre la base de los principios del respeto mutuo, el beneficio mutuo, la comunidad de intereses a largo plazo de todos los ciudadanos de la Tierra.

El camino de Rusia? El camino de desarrollo que se abre ante nosotros en todos los sectores del país, en la historia de nuestro país, en el mundo. Tal es el camino de Rusia, la economía, la cultura y la ciencia, el desarrollo de las relaciones internacionales, el desarrollo de la cultura, el desarrollo de la ciencia, el desarrollo de la economía.

### III

# EL CAMINO DE RUSIA

## lugar y papel de Rusia en el mundo cambiante y nuevas tareas de la construcción estatal

El camino de Rusia? El camino de desarrollo que se abre ante nosotros en todos los sectores del país, en la historia de nuestro país, en el mundo. Tal es el camino de Rusia, la economía, la cultura y la ciencia, el desarrollo de las relaciones internacionales, el desarrollo de la cultura, el desarrollo de la ciencia, el desarrollo de la economía.

El camino de Rusia? El camino de desarrollo que se abre ante nosotros en todos los sectores del país, en la historia de nuestro país, en el mundo. Tal es el camino de Rusia, la economía, la cultura y la ciencia, el desarrollo de las relaciones internacionales, el desarrollo de la cultura, el desarrollo de la ciencia, el desarrollo de la economía.

El camino de Rusia? El camino de desarrollo que se abre ante nosotros en todos los sectores del país, en la historia de nuestro país, en el mundo. Tal es el camino de Rusia, la economía, la cultura y la ciencia, el desarrollo de las relaciones internacionales, el desarrollo de la cultura, el desarrollo de la ciencia, el desarrollo de la economía.

"El camino de Rusia". Este tema es, seguramente, uno de los más viejos y más agudos en toda la historia del país, en la historia de nuestro pensamiento sociopolítico. Toda la filosofía de Rusia, la ciencia histórica, toda la politología y la sociología de Rusia de los últimos dos siglos es, al final, una búsqueda de respuesta a la misma interrogante: quiénes somos, de dónde venimos y para qué.

Es poco probable que en la historia de cualquier otro pueblo y Estado el problema de la idea de desarrollo, de la imagen del futuro de su país haya adquirido una repercusión tan significativa y determinante para el futuro.

Esta penosa búsqueda y las zozobras del alma rusa y de la razón rusa fueron expresadas de forma clara y desafiante por P. Ya. Chaadaev en su tiempo, quien advirtió que "...estamos llamados a resolver una gran parte de los problemas de orden social, a llevar a cabo la mayor parte de las ideas que han surgido en las viejas sociedades, a responder a las importantísimas interrogantes que ocupan a la humanidad".

La búsqueda de la "piedra filosofal" de la idea rusa en ocasiones se convertía en el único sentido, prácticamente, no sólo de las búsquedas ideológicas de la intelectualidad, sino de la propia política estatal, dejando cada vez menos lugar para la vida y para el trabajo.

No es del todo casual que Rusia por voluntad del destino deba hoy, en el umbral del Mundo Nuevo, buscarse nuevamente y reconstruir su estructuración estatal. Entramos en este Mundo Nuevo con la carga del pasado y a la vez aligerados, luego de haber roto todo, de repartir todo, de tirar todo. Dos veces en el último siglo Rusia ha experimentado desplomes que han llegado hasta los estratos más profundos de la sociedad. Los modos de vida de capas enteras, las costumbres y tradiciones populares, todo ha sido arrancado, derribado, deshecho.

Hoy Rusia busca la estructuración estatal que corresponda a las nuevas tendencias globales, que se oriente a la perspectiva y no a modelos del pasado. Esta búsqueda marcha con una intensidad increíble. No tiene relación con la prédica del ponderado "tercer camino" o de cierta estructura especial de Rusia. Se realiza dentro de la lógica de un nuevo sistema no refrenado por mecanismos arcaicos.

El contexto de la globalización, literalmente, influye en todo, es simplemente imposible ignorarlo. Cualquier cosa que se acometa, trátese de los problemas ecológicos, demográficos, geopolíticos, hoy día no se resuelven fuera del con-

texto. No es nuestro objetivo congelar o poner de cabeza los procesos de globalización. Ellos pueden hacerse y es necesario hacerlos más justos, más favorables, más, si se quiere, regulables.

Es importante que comprendamos hoy no sólo que debemos cambiar, sino saber qué debemos cambiar y cómo. Precisamente en esto consiste la tarea. Pues uno de los principales problemas de hoy, si no el más esencial, es que, además de todo, tenemos que habérmolas con una crisis del liderazgo mundial.

No sólo nosotros, el mundo entero resultó no estar preparado para esto. El mundo ya vive, digamos, en el futuro, pero no existe el modelo de estructura social correspondiente al globalismo. Todas las instituciones sociales, la política, la ideología, las normas ético-morales, son las del pasado.

El mundo necesita un nuevo liderazgo, una iniciativa política global. El nuevo liderazgo mundial hoy es, en fin de cuentas, no el liderazgo militar o económico, aunque desde el punto de vista táctico puede seguir siendo así. Pero en el plano estratégico es un liderazgo intelectual y volitivo. Es la capacidad de formular hacia dónde y con qué objetivos debemos dirigir nuestras fuerzas y utilizar nuestros conocimientos y habilidades. Es la necesidad de hallar la tecnología social que permita responder a los retos de la civilización mundial. Y esa respuesta debe tener un carácter universal, ser comprensible y plausible para todos, para toda la humanidad. Sólo entonces podemos decir que la salvación del mundo es posible.

Precisamente aquí es donde hay que buscar el nuevo lugar de Rusia en el torrente histórico global, en el nuevo sistema mundial de incertidumbre de las fuerzas, de renacimiento de la ideología, de irrupción de las masas en la historia y del fortalecimiento de nuevos sujetos del desarrollo. Hemos hablado demasiado y con demasiada frecuencia del camino especial y de la misión especial de Rusia. Es posible que hoy día haya llegado el momento en que la sociedad de Rusia debe unirse y dar al mundo idea y esperanza de futuro.

Cualesquiera quejas respecto a la invención de ideas "nacionales", objetivos, etc., especiales, son, por su esencia, directa o indirectamente orientadas al enfrentamiento. Hoy día representan un anacronismo en el contexto global, más peligroso cuando se trata de un país como Rusia. Quizás hoy la tarea principal de la elite intelectual y política es curar nuestra cultura del arraigado complejo de inferioridad, que se manifiesta tanto en la disposición a autodestruirse, como en

el mesianismo. Y a partir de las realidades de la época valorar sobriamente cuáles son los papeles y afanes adecuados.

El problema de Rusia consiste en que hoy día no sólo no posee el liderazgo del talento ni ideológico, sino que se niega a pretenderlo. Hoy somos una sociedad absolutamente retrógrada que sólo reacciona ante estímulos externos.

Ante nuestra sociedad y nuestra elite política se alza un problema muy serio: dar respuesta a los retos nacionales y globales. Sólo así reafirmaremos nuestro *status* de potencia mundial, del que tanto se habla. Sólo esto nos permitirá crear nuestro futuro.

## 6. Rusia y la postmodernidad: de nuevo el problema de la modernización

### 6.1. “¿Qué es Rusia?” es la pregunta principal a nuestro futuro

Qué representa Rusia en el mundo transformado, en el mundo cambiante y que puede pretender, porque nosotros, como siempre, tenemos muchas pretensiones, pero las posibilidades son cada vez menos.

¿Cuál es nuestra elección, incorporarnos al orden global mundial establecido por los EUA y las corporaciones transnacionales o luchar contra el globalismo?

¿Qué lugar ocupa Rusia ahora en la economía mundial y cuál ocupará en los próximos decenios? ¿Nos convertiremos en un apéndice de materias primas del mundo postindustrial o procuraremos nuestro lugar en él o en el grupo de países industriales avanzados que constituyen la base del mundo postindustrial? ¿Qué nos exigen, qué exigen al desarrollo del Estado y a la organización de la sociedad la contemporaneidad y el futuro?

La esfera de preguntas de este tipo y de otras semejantes, tan pródigamente discutidas hoy día, es muy grande. Y, partiendo de las exigencias, no tenemos respuesta para ninguna de ellas. Ni siquiera se trata de que no seamos capaces de pronosticar y valorar las perspectivas de desarrollo de los procesos globales. La cuestión es otra. El problema fundamental y el reto fundamental para nosotros en el nuevo mundo es que no conocemos la respuesta a la pregunta: ¿qué es Rusia?

Y no se trata sólo de calcular lo que tenemos y comprender cuáles son los recursos y posibilidades que quedaron después de los decenios de “tiempos turbios”. La cuestión es más compleja. Hay que comprender cómo concebimos a Rusia en sentido general: la vemos solamente como un territorio, aunque vasto y rico, o damos a este concepto un sentido más profundo. Hasta ahora tampoco podemos responder a la pregunta sobre qué es el pueblo ruso, o de Rusia. ¿Tenemos siquiera la imagen de la nación de Rusia?, sin hablar ya de si podemos hallar la base real de la unidad de la sociedad de Rusia. “Vivimos sin sentir el país bajo nosotros”, es una frase que se refiere a nosotros los de hoy.

Podemos concordar con los que consideran sorprendentemente poco productivas las discusiones nacionales de los años 90 sobre el lugar de nuestro país en el mundo, sobre los objetivos y el contenido de la política interna y externa, sobre las formas de identificación nacional y estatal de los ciudadanos de Rusia y, finalmente, sobre la “idea rusa”. Estas discusiones se redujeron, en esencia, al famoso verso de F.I. Tiutchev, que para ser sinceros, ya harta: “Con la razón no es posible entender a Rusia...” Es muy amplio el diapason de las interpretaciones de esta frase —desde el egocentrismo nacional hasta el sadomasoquismo nacional, desde “depósito de la espiritualidad mundial” hasta “país de necios”.

Hoy todos hablan de la “posición estatal” y de los intereses nacionales. ¿Y qué significa esto? Hoy proclaman con frecuencia la llegada del siglo del florecimiento de Rusia. ¿Y qué hay realmente detrás de esta frase política? Hoy nuevamente muchos son propensos a dar al país recetas simples y universales con cuya ayuda es posible, de manera rápida, impetuosa y definitiva, terminar de una vez con todos los problemas. Pero, ¿es posible, en sentido general, que los problemas añejos e incluso seculares de Rusia se resuelvan con el método de *Sturm und Drang*?

¿Comprendemos nosotros el objetivo de nuestro desarrollo y se corresponden con ese objetivo las consignas altisonantes que oímos bien en la época de elecciones, bien en los períodos de crisis económicas? Hoy día se han hecho tan populares las pláticas sobre los “desafíos” del desarrollo del país que ya se pierde tras ellas la comprensión de ese concepto.

Claro que los problemas con que chocamos y que hay que solucionar son muchos. Pero si tratamos de echar un vistazo a la situación con honradez y sinceridad, veremos que ante Rusia se alza hoy un solo reto, pero el más temible:

la degradación y autoliquidación del país. El peligro de Rusia es hoy el peligro de desaparecer del futuro, del proceso de desarrollo.

Es totalmente real que podemos hacer cesar nuestra existencia en el aspecto, en las fronteras y en las formas en que nos conocemos durante los últimos siglos y que honramos y consideramos como nuestra Patria. El desafío principal hoy consiste en la posibilidad real de perder la herencia histórica y cultural, cimiento del edificio de la estructuración estatal y de la sociedad de Rusia.

Debemos respondernos la pregunta respecto a si todos tenemos un destino común y un futuro común o en el transcurso de algunos decenios, "en un instante", según las medidas históricas, perderemos nuestro país, nuestra casa, nos convertiremos, en el mejor de los casos, en un amorfo y abstracto "mundo ruso" de eternos peregrinos dispersos por todo el planeta, mundo con el que muchos sueñan hoy como nuestro futuro luminoso.

El problema del futuro de Rusia es, ante todo, el problema de la toma de conciencia de los objetivos y valores. Necesitamos nuevos enfoques de la construcción estatal, nuevas tecnologías sociales y políticas que permitan responder a los retos de la civilización mundial y a los desafíos de nuestra existencia.

El problema de la idea nacional de desarrollo y de comprensión de nuestro lugar en el futuro, que durante el último decenio se ha convertido en consigna diaria y anécdota política, hoy se torna más serio que nunca. Para conservarnos, para conservar Rusia hay que hacer una elección esencial. La única idea nacional hoy es, en principio, el llamamiento, por sí mismo, a conservar Rusia.

Devolver al país la fe en sí mismo es la tarea principal de hoy. Si la elección de Rusia no da a los ciudadanos fe en el futuro de sus hijos, entonces nuestra elección se tornará atraso progresivo y degradación del país. El primer y más importante escalón de la reafirmación de Rusia por sí misma es despertar en sus propios ciudadanos la fe de sus hijos en el mañana y, en consecuencia, la motivación no para sobrevivir, sino para trabajar activamente, para desarrollar la iniciativa personal y social en aras de ese futuro.

El desarrollo es posible sólo como resultado de la consolidación de las fuerzas y aspiraciones, de la coincidencia de los objetivos de la enorme mayoría de los ciudadanos de Rusia. Pero ahora en la sociedad no sólo hay ruptura entre el poder y el pueblo, sino entre las capas y grupos de la población. No sólo su nivel de vida es diferente, son diferentes también sus objetivos y aspiraciones.

Pienso que la causa principal de ello radica en la incomprensión de la falsedad del problema de la construcción de una Rusia próspera y holgada, en la falsedad de esta consigna nacional. Sólo para determinados grupos y clases sociales esta tarea puede ser actual y conformar la estrategia vital. Y la tarea nacional es la tarea de autoconservación, de movilización, de avance, de autolimitación y de ascesis laboral en aras de ello.

En nuestra historia lo hemos querido todo de una vez con demasiada frecuencia y como resultado no era mucho lo que lográbamos, gastábamos en balde los recursos. No necesitamos nuevas revoluciones, sino un trabajo muy intenso, único, minucioso y cotidiano, en el límite de las posibilidades y en nombre del futuro.

Y aquí no nos ayudarán los programas abstractos y las consignas. Para superar la "quebrantabilidad" de la sociedad no es suficiente la voluntad política y las buenas intenciones. Debemos llegar a la conciencia de lo que es nuestra causa común y nuestro empeño común, donde está la base para la unificación que permite que nuestros corazones latan juntos nuevamente. Y ningún "contrato social" nos ayudará si no tiene como base la elección de valores y la purificación moral del poder. Sin esto tal contrato es de inicio baladí. Hoy necesitamos la "filosofía de la causa común" para todos los ciudadanos del país. Sólo sobre esta base es posible el éxito del programa de avance.

## 6.2. El atolladero del desarrollo por alcanzar y el problema de la dependencia del desarrollo

En innumerables discusiones sobre el lugar de Rusia en el mundo en el último decenio se han puesto de manifiesto algunos enfoques magistrales.

El enfoque quizás principal parte de que Rusia en el futuro próximo debe entrar, como un igual, en la comunidad de los estados "civilizados" más desarrollados. El objetivo es, indiscutiblemente, noble y deseado. Pero, ¿qué significa "entrar como un igual"? ¿Ser aceptado en el círculo de esos países? Pero hace ya tiempo que Rusia mantiene con ellos, nominalmente, relaciones de membresía, participa en el "Grupo de los Ocho", dialoga con la Unión Europea y con la

OTAN, negocia su ingreso en la OMC... ¿Alcanzar un desarrollo socioeconómico del mismo orden? Pero de eso se trata: ¿cómo hacerlo realmente?

¿Qué y quién puede ser Rusia en el mundo moderno? ¿Debemos adoptar la estrategia de alcanzar el desarrollo postindustrial o debemos ser un país industrial, que adopte una estrategia de colaboración con el mundo postindustrial y se convierta en taller de producción y base de recursos? O tenemos que adoptar otros esquemas, colocando en el primer plano de nuestro desarrollo no la economía, no las tecnologías de producción, sino otras prerrogativas concretas que, posiblemente, determinen el desarrollo futuro y nos garanticen un funcionamiento más efectivo. Pero, ¿qué tecnologías son esas?

Tarde o temprano habrá que dar respuesta a todas estas interrogantes. El problema sólo está en que hasta ahora no nos las hemos hecho. Generalmente nos concentramos únicamente en la percepción mecánica de las señales y manifestaciones externas de la economía, la organización política, la imagen y el nivel de vida occidentales.

Pero entonces debemos respondernos otra importante pregunta. ¿Queremos vivir como Occidente —o sea, holgados, bien, satisfechos y limpios—, o ser como ellos —pensar como ellos o aproximadamente como ellos, compartir valores e ideales comunes, afanarnos por los mismos objetivos?

La diferencia es de principio. Se puede vivir bien, o sea, “ricamente”, a cuenta de distintas fuentes. La riqueza puede lograrse con el trabajo, pero puede lograrse con el crimen. Por otra parte, se puede, en principio, compartir valores e ideales, incluso viviendo en condiciones sustancialmente diferentes.

Occidente se ha convertido en lo que es hoy en el mundo moderno no sólo en virtud de ciertas circunstancias históricas, sino también bajo la influencia de las particularidades de su mentalidad. La variedad de relaciones de causa y efecto se ha ido acumulando durante siglos y se ha ido “cubriendo” de una especificidad cada vez mayor. Cuando exigimos un nivel de vida comparable con el de los países de Occidente, ignoramos el hecho de que ese nivel ha sido adquirido por un trabajo de tiempo, por determinada cultura e ideología de desarrollo, así como ha estado basado, fundamentalmente, en la explotación del mundo atrasado.

Quizás la fuente más profunda de muchas de las dificultades de la Rusia contemporánea se oculta en la orientación conformista (siempre acompañada

de la no conformista) con relación a Europa Occidental que se ha integrado a nuestra cultura en los últimos dos siglos. La continua mirada hacia "Europa", el afán de asemejarse a alguien o de "alcanzarlo y adelantarlo", crea un permanente complejo de inferioridad, de menosprecio de sí mismo, de carácter secundario de su inigualable vida.

Sin embargo, es grande la tentación de caer en el otro extremo y una vez más proclamar nuestra popular tesis sobre el camino *sui generis* del desarrollo de Rusia. En cierto sentido, hoy nos vemos en la misma situación, al menos intelectual, propia del pensamiento sociopolítico ruso en la segunda mitad del siglo XIX. También entonces la idea de que Rusia pasara a líneas de avanzada del desarrollo, al socialismo, obviando las etapas desarrolladas del capitalismo y apoyándose en las instituciones y valores tradicionales de la sociedad de Rusia, parecía ser (por lo menos para una parte de los pensadores de la cofradía socialista) el medio más atractivo y milagroso de progreso sobrepujante. Hoy es también grande la tentación de hablar sobre una lógica de desarrollo de Rusia capaz de saltar etapas del progreso y hallar un camino especial hacia el futuro. La idea es incierta, pero, en cualquier caso, tenemos que interiorizar el carácter pernicioso de ese atolladero por alcanzar que se muestra hoy ante nosotros con más y más claridad.

Es cierto que no podemos dejar de mencionar aquí el ánimo singular de las mentes, bastante marginal, pero, no obstante, existente en nuestro país —en una serie de antiglobalistas—, que consiste en que el singular camino de Rusia es que ésta se tome "puente" entre ese "Sur" y Europa. El paradigma de civilización del desarrollo de Rusia se define como "la transferencia a Occidente de los valores del Sur". Los "neoeuroasiáticos" convocan a Rusia a abrirse al "Sur" islámico, a crear una especie de síntesis de civilización europeo-islámica —todo menos caer en una dependencia de civilización con relación a Occidente. Si esto no es presión directa de los centros islámicos de fuerza (Irán, Arabia Saudí), entonces se trata de un proyecto de desarrollo por alcanzar con una bala de cañón encadenada al pie.<sup>4</sup>

4 El "mundo islámico" está extraordinariamente atrasado en cuanto a civilización. Según datos de Abdulaziz Attwajri, director general de la Organización Islámica para la Educación, la Ciencia y la Cultura (ISESCO), todos los países islámicos tomados juntos han hecho a la ciencia mundial contemporánea un aporte menor que un solo país europeo, relativamente pequeño, como Bélgica. Attwajri considera que, en los últimos decenios,

La cuestión clave para nosotros es organizar nuestra propia vida. Por eso es otro el criterio de lo que debemos tomar de Occidente. La democracia política, el mercado y la producción de automóviles, televisores o cohetes tienen en común que son tecnologías. Sólo que aplicadas a una máquina o a un refrigerador son tecnologías de producción, y aplicadas a las instituciones políticas, a la organización de la vida social y a la economía, son sociales.

Si queremos cambiar el medio en una dirección en que nuestro hombre desee y pueda construir sus relaciones con la sociedad, la economía y el Estado en su casa, de la misma forma en que lo hace si está en Occidente, entonces hay que actuar simultáneamente con relación a nuestro medio y al hombre.

Lo principal que hay que tomar de Occidente es el deseo y la capacidad para determinar por nosotros mismos nuestro destino, vivir por nuestra mente no sólo en la cotidianidad, sino según las exigencias de la historia.

Un lugar singular en nuestra autoconciencia nacional y estatal ocupa el llamado carácter de imperio. El gran historiador ruso, Vasily Osipovich Kliuchevsky, definió el proceso de colonización del espacio como el factor fundamental del establecimiento de la estructuración estatal de Rusia. Por otra parte, el pueblo ruso fue la fuerza fundamental de la creación del imperio, pero no la única.

Mientras que fue típico de la dominación británica en la India que no se fundieran en absoluto las estructuras de gobierno, que no se parecieran en nada los modos de vida de los colonos y de la población local, en Rusia la situación fue totalmente opuesta. El marqués de Cutin, notable rusófilo, señala un hecho

---

los 55 países islámicos, en cuyos enormes espacios, desde Indonesia hasta Marruecos, viven cerca de mil millones de personas, "no han alcanzado progreso perceptible alguno" en las investigaciones dirigidas a las necesidades del desarrollo y a la protección del medio ambiente, así como en la esfera de la preparación de cuadros científicos. Según los datos citados por él, los científicos de los estados musulmanes constituyen menos del 4% del *corpus* mundial de trabajadores científicos y algo más del 1% de la cantidad total de especialistas que han dedicado toda su vida a la actividad de investigación. Él constata que todos los estados del "mundo islámico" preparan anualmente 3 000 veces menos especialistas con grado científico por millón de habitantes que los países industrialmente desarrollados. El 60-70% de la población del "mundo islámico" es elementalmente analfabeta.

que lo aturdió: cuando quiso ser presentado a la aristocracia de San Petersburgo, sólo encontró entre ellos unos pocos rusos de nacimiento. Algo más tarde, según datos fidedignos de la correspondencia de 1897, sólo el 53% de los nobles de nacimiento mencionaban el ruso como lengua materna. Casi la mitad de la nobleza estaba compuesta por descendientes de hidalgos polacos, de jefes militares cosacos ucranianos, de caballeros de la región del Báltico, de príncipes georgianos, de kanes y beyes musulmanes. Aproximadamente la misma correlación porcentual había en las filas de los mercaderes y en las clases bajas. En Novorossia campesinos rusos y cosacos ucranianos cultivaban la tierra hombro con hombro, en la taigá siberiana cazaban uno junto a otro los cazadores rusos, los altaicos, los yakutos y otros aborígenes.

La base de la integración del territorio de Rusia no era la idea étnica, sino la estatal. En el período imperial era la idea de la monarquía, que garantizaba protección a todos los súbditos del zar. El lugar de la monarquía lo ocupó en la URSS la idea comunista, que unificó todas las regiones mediante la participación en la construcción de la sociedad de nuevo tipo. Y aunque el proceso de construcción estatal en Rusia se realizó no sin problemas, no obstante, en la convivencia, en el intercambio cultural y administrativo y en la actividad social de los pueblos del país se fue formando la idea de comunidad de sus destinos históricos.

Tampoco es posible ignorar las condiciones naturales de Rusia. Por ejemplo, según cálculos que tienen en cuenta las condiciones climáticas de nuestro país, para lograr el nivel medio de vida característico de Europa Central necesitaríamos gastar tres veces más energía de la que gasta Alemania. No se excluye que con la creación de tecnologías cualitativamente diferentes la situación pueda cambiar de forma radical. Y la poco asimilada naturaleza del norte de Rusia sería un valiosísimo recurso de importancia planetaria. Pero a partir de las realidades de hoy y tratando de elevar al máximo posible el nivel económico y de la calidad total de la vida de los ciudadanos de Rusia, tendremos que conformarnos con que, en un futuro próximo, el nivel de vida económico promedio no alcanzará los índices de los países más exitosos.

Pero hay otra cuestión más difícil y más importante. La percepción mecánica de las formas y métodos occidentales no es otra cosa que el bien conocido desarrollo por alcanzar. Por supuesto que este es un movimiento hacia adelante. Pero Occidente no se va a detener.

La cuestión está en cuál es el Occidente que queremos alcanzar, ¿el Occidente de ayer, el de hoy o el de mañana? El mayor problema para Rusia es que de hecho nos colocamos en la posición de alcanzar a Occidente, que se ha metido en un atolladero en su desarrollo y trata, penosamente, de salir de él. En principio, alcanzar a quien está en un atolladero y no sabe cómo salir de él es una tarea mucho más sencilla y factible, que tratar de alcanzar a quien marcha hacia adelante por un camino despejado. No obstante, el sentido mismo de esa persecución sigue siendo algo vago.

Hay que tener en cuenta también que hoy en el mundo se está instituyendo un nuevo tipo de desarrollo dependiente. Éste se determina no tanto por la dependencia en cuanto a recursos que puede experimentar precisamente Occidente ni por la dependencia financiera, que en el nivel del problema de la deuda externa o de la falta de inversiones es sustancial, por ejemplo, para Rusia. El tipo más importante de dependencia se torna la dependencia informática y tecnológica, relacionada con la aparición de una nueva cualidad del desarrollo.

Esta dependencia se complementa con el hecho de que la construcción de la economía industrial y de la sociedad postindustrial no puede ser planificada y llevada a cabo como proyecto de la política estatal. La formación de esa sociedad es, en cierto grado, resultado del proceso evolutivo y del autodesarrollo de la sociedad.

La dependencia del desarrollo se manifiesta además en que sólo Occidente tiene recursos para, de hecho, permitir o no permitir que unos países u otros lo alcancen e interactúen con el mundo postindustrial. Se trata de la aquiescencia para exportar tecnologías y para invertir. Tal paquete de control para influir en el desarrollo de los demás es mucho más ponderable que el control directo.

En semejantes condiciones la propia estrategia del desarrollo por alcanzar se torna absurda, puesto que la situación comienza a evocarnos al trabajo mítico de Sísifo: por mucho que llevemos la piedra a la colina y por mucho que nos acerquemos a su cima, los países avanzados siempre tendrán la posibilidad de decidir si somos "dignos" o no de estar en la cima y empujarnos hacia abajo.

### 6.3. Elección de la estrategia: ¿“Estado ciudadano” o “avance modernizador”?

A propósito, el problema tiene otra arista. Desde hace algún tiempo en la elite de Rusia ha aparecido la orientación hacia los países de nivel medio como modelo e ideal de desarrollo. Los razonamientos son más o menos los siguientes: La Rusia de hoy, dicen, es un país de posibilidades materiales y otras posibilidades prácticas más que limitadas. Por eso, el objetivo más noble y digno para ella, aunque difícil de alcanzar, sería colocarse en la segunda o tercera decena a partir de los índices de calidad y promedio de vida, del PMG per cápita y de los niveles de los ingresos. Lograr siquiera esto para que la población del país no siga disminuyendo.

Todo lo demás —la actividad de política exterior, los gastos para la defensa, el papel del Estado en el sistema internacional, etc.— debe derivarse de ese objetivo estratégico y de las posibilidades reales del Estado y la economía de Rusia. La esencia de este enfoque es minimizar todos y cualesquiera riesgos y maximizar el rendimiento socioeconómico del desarrollo.

En la ideología del “desarrollo ciudadano” hay un núcleo racional. El lugar socioeconómico de la Rusia contemporánea en el mundo es difícilmente compatible con pretensiones de singularidad y magnitud, si, claro está, no se entiende como singularidad la situación actual real de las cosas. Y desde este punto de vista, el enérgico avance hacia arriba en la escala socioeconómica no es sólo una deuda impagada e impagable por ahora con relación a la población, sino con relación a cada ciudadano de Rusia. Esta es además la condición principal, en perspectiva, de la conservación por parte de Rusia, no en palabras, sino de hecho, del *status* de gran (sin ningún tipo de reserva) potencia.

De tal forma, cuando proclamamos la necesidad de alcanzar a Occidente, nos orientamos a la solución de una tarea comprensible desde los puntos de vista pragmático y tecnológico —alcanzar el nivel de desarrollo de Portugal y de otros países menos desarrollados entre los llamados países desarrollados. Esto, a su manera, es correcto, es justo, se confirma con multitud de cálculos y cifras comprobadas.

Pero es necesario hacerse también otra pregunta. Cuán necesario a Rusia es, en general, ese objetivo de desarrollo y cuánto ese objetivo de desarrollo

responde a la solución de las tareas de Rusia en el mundo cambiante, en la época de la transformación global de éste. El desarrollo debe tener objetivos dignos y debe basarse en la comprensión concisa de lo que somos y lo que queremos.

Nunca ha sido objetivo del desarrollo de los principales países del mundo garantizar el crecimiento económico. Tal referencia podía determinar las circunstancias concretas de la actividad, pero nunca los objetivos. No se puede olvidar que el capitalismo surgió no como sistema económico, sino como ascesis laboral ética y religiosa por su origen.

El ponderado "sueño norteamericano" no es el sueño de la economía postindustrial altamente desarrollada, diversificada, eficaz. El "sueño norteamericano" está expresado en la Declaración de Independencia de los EUA en palabras respecto a que el hombre nace libre, igual y tiene derecho a aspirar a la felicidad. Quizás este último eufemismo con frecuencia sólo exprese el derecho a la propiedad, pero, no obstante, lo expresa precisamente en una forma diferente, más adecuada a la tarea: en el lenguaje de los sentidos y los ideales.

La tarea objetiva del desarrollo de Rusia hoy día es intentar pasar al tipo postindustrial de desarrollo, avanzar de forma modernizada al postindustrialismo.

El país se ha estado enfrentando ya a esta tarea, al menos, durante los últimos 20 años. En su tiempo, la URSS no pudo responder adecuadamente al desafío de la modernización. Ello se debió tanto a las especificidades del propio sistema político, a la calidad de la elite, no apta para el tipo de transformación necesario, como a las especificidades del propio país, donde la resolución de la tarea sistémica de pasar al tipo postindustrial de desarrollo no se combinaba bien con el proceso de industrialización, de hecho inconcluso, de algunos territorios, con las profundas desproporciones del desarrollo de diferentes repúblicas y territorios, con su heterogeneidad cultural y con los distintos niveles de las condiciones del desarrollo.

Como resultado, el desmoronamiento del país reflejó la imposibilidad de resolver la tarea de la modernización en los marcos del sistema político y social anterior y significó, simultáneamente, el paso del sistema a la estrategia de "reducir" la complejidad superflua propia, atenuarla, fragmentando el país en partes más homogéneas.

Tal situación, sin embargo, no suprime la propia tarea de la modernización para las distintas partes de la antigua URSS. Es más, no excluye una reintegración parcial subsiguiente del espacio postsoviético en un Estado único, aunque tal desarrollo de los acontecimientos sólo es posible después que sus distintas partes, o sea, los actuales estados de la Comunidad de Estados Independientes (CEI), concluyan los programas de modernización.

Ahora Rusia puede pasar al impulso modernizador eximida, por una parte de las tareas de desarrollo de los territorios de Asia Central o de la Transcaucasia, pero, simultáneamente, sin el potencial cultural y económico de los países del Báltico o de Ucrania. Por otra parte, el Estado se ve obligado, igual que antes, a emplear recursos considerables para mantener sus posiciones en el espacio postsoviético, aunque el volumen de esos recursos es mucho menor que el que hubiera hecho falta para desarrollar unos u otros territorios en las condiciones de la URSS.

Además, Rusia, incluso en su estado actual, sigue siendo muy compleja internamente, sigue siendo un sistema heterogéneo desde el punto de vista de la resolución de las tareas del avance para la modernización postindustrial. En cierto sentido, Rusia conserva los rasgos de la URSS en miniatura, puesto que, junto con las tareas de la modernización postindustrial, se ve obligada a resolver los problemas de desarrollar los territorios atrasados, conservar el Norte, mantener las posiciones militares estratégicas globales, etcétera.

Una vez más somos un raro ejemplo para todo el mundo, una imagen paradójica, al combinar, primero, los problemas del desarrollo del sistema postindustrial posteconómico de la sociedad de consumo en las mayores megápolis; segundo, el carácter restrictivo de la estrategia industrial con una economía de recursos y orientada a la exportación; y, tercero, el potencial para echar abajo el mundo contemporáneo como consecuencia de la destrucción del modelo de industrialización forzosa, de la nueva arcaización de la sociedad y de la emersión de prácticas delictivas económicas y sociales.

Al mismo tiempo, se mantiene y, en perspectiva, incluso se fortalece la presión externa sobre el sistema, la cual, además, se caracteriza por sus diferentes direcciones. La estrategia de los sujetos externos está encaminada a integrar parcialmente las distintas partes de Rusia en la órbita del desarrollo propio, cuando los vectores de ese desarrollo tienen, en ocasiones, un carácter contradictorio.

La tentativa de construir hoy el "Estado ciudadano" o repetir el camino de los tigres del Oriente Asiático y llevar a cabo una segunda ola de industrialización, que permita tomar la línea del desarrollo postindustrial a cuenta de la chebolización\* y acumulación con este fin de los recursos nacionales por parte de las grandes corporaciones, no puede tener éxito. Ante todo porque el problema de la modernización no puede resolverse dentro de las reglas del juego sociales y económicas establecidas. Hoy en Rusia se ha constituido un tipo "samoyedo" de economía incapaz de respaldar no sólo la reproducción ampliada, sino incluso la simple.

El problema fundamental de la política económica nacional —esa misma humildad de los objetivos, de la cual tanto hablan en el nivel superior— no se manifiesta en absoluto en que el gobierno no esté preparado para plantearse la tarea del 8% de crecimiento anual, en lugar del 3-4%. Para hablar con propiedad, cualquier diferencia en los ritmos de crecimiento del 3 ó el 8% se pierde fuera de la visión estratégica del desarrollo.

Si los recursos nacionales se gastan en el consumo ostensible de la elite y no en las tareas del desarrollo, el crecimiento no tiene sentido. Si con una coyuntura favorable de los precios del petróleo y una exportación incesante de capital al extranjero en el país se sigue sin pagar el miserable salario de los presupuestados, los razonamientos sobre la grandeza de Rusia no sólo pierden todo sentido, sino también justificación moral, puesto que se trata de una grandeza humillante y simulada a cuenta de su propio pueblo.

Rusia, en virtud de su riquísima base de recursos y de su desarrollado quehacer industrial, sigue siendo, objetivamente, una de las principales fuerzas económicas del mundo fuera de los focos de civilización postindustrial. Es imposible liquidar o limitar esos recursos de desarrollo que hoy día nos proporcionan los principales ingresos. Pero el modelo económico orientado a la exportación de materias primas, el incremento en materias primas de nuestra economía en los últimos años, sirven solamente para hacer crecer nuestro atraso.

Así será hasta que comprendamos que la capacidad de concurrencia global y una elevada eficiencia de la economía, cualquiera que sea, sólo se puede

\* Del coreano *chebol*-corporación (*N. del T.*)

asegurar negándonos, de principio, a confiar en nuestros baratos recursos como "ventajas competitivas". Tenemos todavía que empezar a desarrollar y crear verdaderas ventajas competitivas, porque el pasaporte al mundo postindustrial es la capacidad de crear las tecnologías únicas y el producto fabricado con ellas en el que el mundo está interesado. Por eso, si queremos integrarnos al futuro, no "salirnos" de él, vale la pena al menos mirar alrededor y marcar algunas líneas para el avance tecnológico como prioridades nacionales. Esto es además real, porque al menos en dos o tres "zonas de avance tecnológico", gracias a las cuales progresará la civilización en los próximos decenios (las nanotecnologías, las biotecnologías, las tecnologías nucleares), Rusia tiene un importante potencial.

Junto con el desarrollo del sector postindustrial, debemos invertir en la "creación" de los nuevos grupos sociales que van a desarrollar a Rusia en este sentido.

Si no pasamos a esta lógica de desarrollo, a las nuevas tecnologías y métodos de producción, si no logramos entender la lógica del funcionamiento de las economías postindustriales, no alcanzaremos nada. El principal obstáculo para ello es la calidad de la administración estatal y de la elite económica. El relativo bienestar actual de los oligarcas económicos y de instituciones estatales que se han emparejado bastante con ellos, se basa precisamente en el control monopólico de los sectores económicos de materias primas y de la reproducción del consecuente modelo de desarrollo económico, entre otras cosas, expandiendo su influencia y ejerciendo el control de otros sectores de la economía, su chebolización.

Sin embargo, esta propia armazón, en sentido general, y el control en algunos sectores están cimentados, hablando convencionalmente, en la explotación de "tecnologías arcaicas" de desarrollo. Y un cambio del paradigma habitual de desarrollo económico del país, el desarrollo y fortalecimiento de algunos nuevos sectores de la economía nacional o incluso el paso de algunos sectores a tecnologías y métodos de trabajo más progresistas derivan un peligro para esas elites, puesto que implican la amenaza de perder sus posiciones privilegiadas y las posibilidades de dictar su voluntad a la sociedad.

En consecuencia, el problema es que las elites, en su mayoría, no están interesadas en una política de amplia modernización social, de transformación profunda de la sociedad, con el fin de crear una oleada crítica de grupos sociales innovadores. A menudo están de acuerdo con su integración personal al mundo

postindustrial, sin Rusia, solamente junto con la parte de la población del país necesaria para atender la extracción de las materias primas y transportarlas a Occidente.

Pero el siglo XXI no es sólo nuestro siglo, y debemos hacer todo lo posible para que la nueva generación, nuestros hijos y nietos, la nueva Rusia, aproveche los frutos y la experiencia de nuestros errores y de nuestros aciertos. Por eso, la base de un programa real debe ser la elección moral: o nos saqueamos a nosotros mismos y a nuestros hijos, privamos de futuro al país o vamos a una arremetida en nuestra filosofía del desarrollo y en el transcurso de quince a veinte años llevamos el país a una nueva cualidad.

En fin de cuentas, se trata de si toda Rusia —toda la población, todos los ciudadanos de Rusia— o sólo una pequeña parte de ella obtienen su pasaporte al futuro.

## **7. Nuevos retos y tareas de la construcción estatal para Rusia**

### **7.1. Una Rusia no asimilada es la principal amenaza a la seguridad nacional**

Los partidarios de otro enfoque en la valoración de las perspectivas y la estrategia del desarrollo de Rusia, el frecuentemente denominado geopolítico, parten de la necesidad de hacer renacer la fuerza de Rusia, de restablecer completamente sus posiciones internacionales, su capacidad para llevar a cabo una línea exterior independiente, de asegurar la autonomía de Rusia en la esfera de sus principales intereses exteriores.

No hay discusión, la fuerza y poderío de Rusia siempre fueron y, por lo visto, seguirán siendo premisa y base de todas sus otras posibilidades y éxitos potenciales. Pero, ¿la fuerza y el poderío con qué fin, con qué objetivos? Como garantía de la capacidad de concurrencia del país, de su independencia, como cimiento de la seguridad contra las amenazas de los tipos tradicional y nuevo, sí, se necesita fuerza y poderío. Pero la fuerza y el poderío como objetivo o, lo que

es peor aún, para una nueva confrontación con Occidente, no, ya pasamos por eso. Además, parece que la amenaza no viene en modo alguno de Occidente, sino del Sur, aunque hay quien se inclina a considerar esta amenaza como un bien, creyendo que la islamización de Rusia equivale a salvarla de Occidente.

El desarrollo del hombre y la sociedad se suplanta y relega aquí por otros criterios y objetivos: la creación de nuevos tipos y medios de lucha y de todo lo necesario para su elaboración, producción, atención. El hombre y la sociedad en conjunto se toman aquí no el mayor criterio y valor, sino material gastable barato —“los nuevos nacen y se desarrollan”.

Claro que éste es también un desarrollo *sui generis*, que cambia el país a su manera, que lo transforma e incluso lo hace avanzar. En determinadas condiciones y circunstancias tal desarrollo puede ser impuesto desde afuera o por las circunstancias objetivas de la vida internacional. “Es mejor morir de pie que vivir de rodillas”, se decía ya en la remota antigüedad. Pero si no pensamos y vivimos en escenarios de catástrofes universales y apocalipsis geopolítico, la estrategia de la restauración neoimperial es incompatible con los objetivos y tareas del desarrollo socioeconómico de Rusia y no conducirá a nada, salvo a nuevas privaciones y angustias.

Y aquí se trata sólo del Estado. Los geopolíticos hablan sólo del Estado, el cual se reafirma, en esencia, por la fuerza, y es obvio que consideran la sociedad y el hombre sólo medios para esa autorreafirmación.

El principal problema de esta “visión geopolítica” de la historia de Rusia y de su futuro está en que comenzamos a pensar nuestro desarrollo en categorías de cierto juego virtual, de piezas para armar, con esquemas multicolores, flechitas y tres vidas de reserva.

Además de que este enfoque es perjudicial y que no tenemos ninguna “reserva de vida”, se ignora o no se comprende la base real de cualquier geopolítica. Si estamos hablando de la política estatal en su dimensión espacial, se trata ante todo de la capacidad de asimilar el espacio. En el sentido amplio de la palabra, es la capacidad de colonizarlo, de cultivarlo, de desarrollarlo. Si no lo hacen ustedes, lo harán otros. Conservar la integridad del país en el mundo actual implica también la capacidad de la sociedad de asimilar su país, de disponer de sus recursos de manera sabia y eficaz.

Ya V. O. Kliuchevsky había hablado del Estado ruso como un Estado

colonizado y veía en ello el principio y la estrategia fundamentales de su desarrollo.

A propósito, no le falta sentido al enfoque desarrollado en la ciencia histórica, según el cual la base de la intensidad y la eficiencia del desarrollo de Europa es precisamente la delimitación de los territorios, la cual obligó a desarrollar la economía, las estructuras sociales, las relaciones entre los individuos, obligados a vivir de forma bastante compacta, para en consecuencia sacar más provecho de aquello que se tiene.

La Federación de Rusia es uno de los estados más grandes y más inestable del mundo actual. Su inestabilidad está determinada precisamente por las dimensiones geográficas, la heterogeneidad del relieve, climática y, en algunas regiones apartadas, cultural. En Rusia, cuya civilización es única y valiosa, se entrecruzan el Oeste y el Este, el Norte y el Sur.

Nos hallamos con una presión civilizadora y geopolítica externa multivectorial. Los factores externos, geopolíticos del desarrollo de las regiones del país en el Sur, en el Lejano Oriente y, por ejemplo, en el Noroeste del país, para decirlo delicadamente, son diferentes. Mientras que en el Lejano Oriente de Rusia hay que resolver ante todo los problemas de ordenar las relaciones con la Región Asiática del Pacífico (RAP), que se desarrolla impetuosamente en condiciones de una intensificada influencia global de China, el Sur es, ante todo, escenario de confrontación con el llamado mundo islámico, y en las líneas occidentales estamos tratando de resolver, en primer lugar, los problemas del desarrollo de las relaciones y de la integración con la Comunidad Europea. El choque simultáneo del Estado con los retos externos de este nivel y de la diversidad, tanto en el ámbito nacional como en el regional, es único. Sin hablar ya de la especificidad, evidente para todos, del gobierno de territorios como Chechenia o la propia región de Kaliningrado.

Debemos resolver los problemas relacionados con la multitud de pueblos, etnias, que pueblan Rusia, en un nuevo nivel. Un nuevo sentido y nuevos enfoques deben ser hoy incorporados al desarrollo del federalismo de Rusia, el cual, en dependencia de nuestras acciones y habilidades, puede ser la llave del éxito de las transformaciones estatales o fuente de nuevos problemas.

Rusia necesita la federación. La Unión Soviética se derrumbó, junto con otras causas, porque no había ni teoría ni posibilidades prácticas de gobernar

una maquinaria socioeconómica que se extiende a ocho husos horarios. El centro resultó no estar en condiciones de poder con la carga de tareas y problemas que se echó encima. Tampoco pudo con las tareas de la gobernabilidad el Imperio ruso de principios del siglo xx, el cual chocó con las contradicciones de la industrialización y no supo darles respuesta.

De aquí la conclusión: no sólo la eficacia del Estado unitario, sino su propia existencia, tienen límites administrativos totalmente definidos, aunque difíciles de percibir. Lo dicho no es un llamado a debilitar el centro. Rusia, como ningún otro Estado, necesita un centro fuerte. De lo contrario, es muy alto el riesgo de que el país desaparezca, se destruya. Pero, por lo visto, los criterios de la fuerza y papel del centro deben ser reconsiderados.

Uno de estos criterios es que los sujetos de la Federación tienen motivos, voluntad y posibilidades prácticas para desarrollarse de forma independiente. Encauzando un poco el problema, las relaciones entre el centro y los sujetos de la Federación deben construirse de manera tal que al sujeto de la Federación le resulte ventajoso no sólo mantenerse en esta, sino incrementar su potencial económico, fortaleciendo con ello el presupuesto federal y a Rusia en general.

Sobre el fondo de la explosión demográfica mundial, se alza ante nosotros, en toda su estatura, el problema de la despoblación. En la perspectiva de los próximos decenios Rusia corre el riesgo de convertirse en un "espacio vacío" y chocar con una poderosísima "presión demográfica", puede convertirse en objeto de expansión de otros países. Consecuentemente, tenemos que resolver el problema de garantizar la integridad estatal en las nuevas condiciones.

La considerable inmigración, que probablemente tenga lugar, pues Rusia la necesita, puede con el tiempo cambiar el balance étnico, y con él, el político, en un sentido totalmente inesperado, con todas las consecuencias que emanen de ello. Rusia necesita una inmigración controlada masiva permanente. Sólo así obtendremos las decenas de millones de personas capacitadas para el trabajo necesarias para asimilar el país. Pero la política migratoria en Moscú, en el Sur y en el Lejano Oriente es, como se dice, "tres grandes diferencias".

Las tareas de la política económica estatal respecto a las regiones de Rusia Central y Siberia se diferencian de manera absolutamente objetiva. Hay regiones fuertes, en el aspecto económico, que deben convertirse en las locomotoras

del desarrollo de todo el país. El potencial de regiones líderes debe, ante todo, trabajar, multiplicarse para el bien de todos, tenerse en cuenta en la política estatal.

El problema de la circulación de las tierras agrícolas y la política estatal agraria en general no puede y no debe, en modo alguno, ser igual en el Chernozem Central y en la propia región de Riazán, incluyendo, dicho sea de paso, el problema completamente especial de la política agraria en las ciudades.

Las tareas de la política estatal social —por ejemplo, la optimización del sistema de pensiones, la regulación de la migración laboral, las tareas de la política demográfica— en las regiones “viejas” del Centro del país, en el Sur y “en los Nortes” simplemente deben distinguirse de manera conveniente. Sin hablar ya de que en las distintas regiones de nuestro país la canasta básica puede ser 10 y hasta más veces diferente.

Y todos estos problemas hay que resolverlos, y resolverlos ya, ahora. Si Rusia no logra mantener la unidad efectiva de su territorio, ello será un grave drama, y no sólo para sus ciudadanos. El derrumbe de la Federación de Rusia provocará una nueva reacción en cadena de la división geopolítica en los continentes lejanos y cercanos, que superará en fortaleza la que acompañó el derrumbe de la Unión Soviética, y se complementará con una nueva destrucción de territorios que cuentan con armas nucleares y químicas.

Hoy lo menos que hacemos es pensar y preocuparnos por la asimilación, por el desarrollo del enorme territorio de nuestro país, del cual a menudo tanto nos gusta hablar, con cierto orgullo incomprensible, en categorías de la octava parte de la tierra. Pero dónde está el sentido de poseer esa riqueza, si nos ajetreamos con ella, como el caballero avaro, pero no hacemos nada para desarrollarla, para que allí la gente pueda vivir normal y dignamente. Hasta ahora, una parte del territorio de Rusia son solamente zonas de “asimilación” focal, “pionera”, en las que no hay vida permanente y regular, de las que la gente trata de salir. La población de Rusia se concentra cada vez más, nos amenaza la despoblación: en el espacio libre de nuestros territorios no asimilados penetran otros países, civilizaciones y pueblos. Y cualquier “geopolítico” sabe que el mejor medio, el más eficaz, de control del territorio es su población rica, próspera y numerosa.

No estamos preparados para reconocer que no tenemos garantizado el futuro, que éste es incluso más que dudoso. No nos satisfacen las respuestas

incómodas a las interrogantes sobre las vías de nuestro desarrollo. Es a consecuencia de ello que las ilusiones de grandeza, del renacimiento del antiguo poderío se toman tan vigorosas, y sólo complican nuestra marcha hacia adelante.

## 7.2. ¿Tiene futuro el Estado?

¿Qué demandas presentan hoy la contemporaneidad y el futuro ante nosotros, ante el desarrollo del Estado y la organización de la sociedad? La evidente paradoja con que chocamos al tratar de combinar la tarea de fortalecer el Estado con un escenario que presupone la decadencia o la transformación cardinal del desarrollo como tal en el siglo XXI condiciona una dificultad singular.

Si los procesos políticos mundiales continúan desarrollándose según las tendencias actuales, a principios del siglo XXI conceptos como "Federación de Rusia", "Estados Unidos de América", "Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda del Norte", "República Popular China" y "República de Zimbabue", "Sultanado de Brunei", "Gran República Árabe Libia Popular y Socialista", etc., pueden ser historia antigua, al menos en su aspecto actual.

Rusia, con sus enormes espacios, diversidad de condiciones naturales y otras y una población multinacional, distribuida de forma muy desigual por el territorio del país y en la "escala" socioeconómica, tendrá que estar extremadamente atenta a lo que en todo el mundo se conoce como "crisis de la institución del Estado".

En general, de crisis del Estado se empezó a hablar, por lo visto, desde el momento en que éste surgió. Lo nuevo es la cada vez mayor contradicción externa introducida por la globalización entre la institución tradicional del Estado, estrechamente unida con el territorio y población en cuestión, y la actividad comercial transnacional, que traspasa todas las fronteras.

Las ventajas están de parte de la actividad comercial de manera extrínseca: las grandes corporaciones transnacionales desde hace ya tiempo tienen circulaciones que, convenientemente y aún más, exceden las dimensiones del producto global de los estados intermedios. Las circulaciones de cada una de las primeras treinta de esas corporaciones sobrepasan el PIB de aproximadamente un cente-

nar de estados intermedios y pequeños (pero no los últimos desde el punto de vista económico).

A principios de los años 70 de esta observación se hizo una conclusión "mecánica": finalmente el Estado será destruido por las CTN y otros nuevos sujetos de la política mundial. Qué lo sustituirá, no se sabe. Pero la crisis del Estado está aquí. El desenlace es evidente: el Estado es sólo cuestión de tiempo. Eso pensaban muchos treinta años atrás. La realidad, como siempre, resulta ser más compleja.

La institución del Estado no desaparece. En el mundo no hay aún otras instituciones comparables con los estados capaces de asumir la responsabilidad política y llevar a cabo las tareas políticas. El Estado y el sistema nacional estatal de las relaciones internacionales, sin lugar a duda, siguen siendo las principales instituciones políticas del mundo, al menos mientras que el Estado posea el monopolio de la violencia lícita y garantice la seguridad del "hábitat" de los ciudadanos. Pues si la vida económica está ya bastante organizada por encima y sin los estados y la vida política permanece, preferentemente, en la esfera estatal nacional, aunque tiende a erigirse en estructuras interestatales, internacionales, la vida propiamente social de la comunidad y del individuo sigue estando en principio organizada de forma nacional, estatal, local y territorial. Sólo es diferente en una parte muy pequeña de la población, tanto en los países de Occidente como en otros estados.

La esencia de la crisis del Estado está en que éste se coloca, incluso fuera del deseo propio, en la nueva matriz global de las relaciones políticas, económicas y sociales. Y mientras más orgánica sea esa incorporación, más posibilidades descubre el propio Estado para objetivos de desarrollo nacional.

Durante los últimos años el poderío económico de las corporaciones y bancos transnacionales ha crecido considerablemente. Sin embargo, ningún Estado grande ha dejado de existir por esa razón ni se ha debilitado en medida sustancial alguna. Aunque, simultáneamente, observamos en el mundo moderno fenómenos de "estados no realizados". Sin embargo, las causas de ello son bastante más complejas e ilustran no tanto la tendencia al derrumbe del sistema nacional estatal del mundo como el hecho de que este sistema, en el ámbito de las principales potencias mundiales, se transforma cada vez más y se integra a la nueva realidad política global. Cambian la naturaleza y las formas de actividad

de los estados, los cuales, con frecuencia, se van pareciendo cada vez más a las corporaciones globales. Los estados fracasados o los llamados estados relegados —otro fenómeno de nuestros tiempos— son precisamente y con frecuencia países que se han quedado atrás en el proceso de transformación de la institución del Estado, en correspondencia con la nueva lógica global.

En este sentido, el problema del atraso es un caso parcial de un problema más importante: la desigualdad del desarrollo y la desigualdad de la “incorporación a la globalización”, la desigualdad cultural y social de la preparación de unos u otros con relación a sus procesos.

Por eso, la crisis estructural del Estado futuro es ante todo la crisis de la no correspondencia de la estructura y funciones de los estados tradicionales, “clásicos”, con las necesidades del desarrollo nacional. Los problemas surgen cuando el Estado, el mecanismo que garantiza el desarrollo y crecimiento de las naciones, se torna infraestructura de retención.

El desafío del tiempo en la esfera de la construcción del Estado puede formularse de la siguiente manera: Rusia necesita de plazos razonables para reorganizar su estructuración estatal para estar en condiciones de defenderse eficazmente de peligros reales y potenciales externos, de garantizar la seguridad y la integridad territorial. Pero también, con no menos efectividad, competir en los marcos de la economía globalizada, conservar la libertad de maniobra —económica y política— necesaria, estimular la iniciativa económica y social dentro del país.

Rusia tiene muy poco tiempo y recursos para todo esto. O sea, las vías tradicionales de la construcción estatal con su carácter gradual, su volumen de tiempo y recursos no han de facilitar, sino que, probablemente, pueden complicar la resolución de las tareas planteadas a Rusia. Hay que recurrir a enfoques y soluciones no tradicionales, en cierto modo novedosos y discutibles.

En el mundo moderno cada Estado de forma gradual y objetiva “se inserta” en un sistema cada vez más complejo de vínculos y relaciones jurídicas y administrativas globales. La salida es una: el Estado debe tomarse semejante a una corporación que tenga, entre otras cosas, posibilidades transnacionales. Y hay que prepararse para la larga lucha dirigida a que se reconozca en todo el mundo el derecho del Estado a disponer de libertad económica, al igual que los demás participantes del mercado libre.

Si son posibles las corporaciones, sociedades anónimas, con millones de accionistas comunes (y las compañías de este tipo son una norma desde hace tiempo), ¿por qué no puede haber decenas de millones de accionistas? Si organizaciones corporativas diversificadas, que actúan simultáneamente en varias y a veces muchas ramas de la economía, existen y trabajan, disfrutando de todos los derechos legales, ¿por qué el Estado como corporación para gobernar el sistema único “territorio-población es ilícito”?

Se trata de hacer enmiendas sustanciales al concepto de Estado y a la filosofía de su actividad. Históricamente, el Estado ha sido la maquinaria militar y policial de fuerza llamada a proteger la unidad de la etnia y del territorio de las amenazas externas y, después, de las internas. Como tal, el Estado creaba ante todo el aparato de fuerza, recaudando los medios para ello en forma de impuestos a la población. Ese papel y esas funciones, esa práctica, eran necesarios e inevitables. Pero en el transcurso de largos siglos viciaron el Estado, no lo enseñaron a discernir de la manera debida, sino, principalmente, a ganar dinero y a preocuparse por el empleo social y estratégicamente eficaz de éste. Entretanto, son estas precisamente las cualidades del Estado que se establecen en el mundo global, de agudísima competencia, principalmente económica.

Sin embargo, con esto no se agotan las ideas del nuevo papel del Estado en el mundo actual. Si, por una parte, el Estado trata de corresponder a la lógica de la globalización como globalización económica, en primer lugar, y adquiere cada vez más un “perfil” económico, se toma Estado-corporación que compite con la CTN y es agente de los ciudadanos en la economía global. Pero, a la vez —en la medida en que la nueva época es una época de tipo postindustrial, o sea, economía de conocimientos, economía de capital humano—, en la política estatal crece, de manera natural, la importancia de lo que se denomina sector de los servicios sociales, lo que da lugar al concepto de Estado social, o Estado de bienestar general.

En el mundo global prosperan los más preparados en la ciencia, la educación, la economía. Se mantienen delante los más estables socialmente —y la estabilidad de la sociedad depende del grado de desarrollo de los sistemas de motivación de los fuertes y de sostén de los débiles. Precisamente en esta ruta hay que ordenar las prioridades de la política estatal, ver el principio del Estado social fuerte como su eje principal. Este concepto, a propósito, no se reduce en

absoluto sólo a la política de subsidio de los necesitados, a la creación de garantías estatales de la canasta básica. El Estado social es un Estado de bienestar social general. Y el sentido de la política está, precisamente, en crear, para cada individuo y para cada región, las posibilidades de realizar su potencial, en garantizar una vida digna y plena.

Finalmente, nuestro Estado debe aprender a defender los intereses de sus ciudadanos. Y no de forma abstracta, sino palpable y enérgica en el caso concreto de que sean perjudicados. La protección de los ciudadanos, la protección del hombre como "capital" principal de la época postindustrial se torna quizás la función estatal fundamental.

Sin embargo, esta lógica de la evolución del Estado contradice su perfil económico y, en este sentido, la adopción de la doctrina económica neoliberal, la cual prescribe la reducción de los gastos del Estado, de la imposición fiscal, de las obligaciones sociales y el aumento de la eficiencia propiamente económica del Estado, en analogía con el sujeto de actividad comercial.

La capacidad del poder estatal, de la elite nacional para hallar el equilibrio óptimo de esas tendencias y demandas en el desarrollo se convierte así en criterio principal de su eficiencia. En otras palabras, en esto consiste la respuesta principal a la interrogante respecto a la posibilidad de futuro del Estado. Si el Estado no sabe aprender o si no desea cambiar, si no es capaz de corresponder a las exigencias del tiempo, el resultado de esta falta de capacidad económica y social para actuar no será simplemente la derrota en la competencia con los demás. No se excluye que la propia población rechace la legitimidad de ese Estado. Y si ello ocurre, puede ser sencilla y simplemente utilizado por las fuerzas externas en interés propio.

Si el Estado no tiene la habilidad para todo esto o, lo que es peor, no quiere y no es capaz de realizarlo, se convierte en una enorme amenaza a la seguridad de su propia sociedad.

Sólo cuando se tenga conciencia de que el objetivo principal de la política estatal es lograr elevados estándares de vida de la población y salvaguardar los intereses de cada ciudadano, sólo entonces se podrá garantizar el desarrollo socioeconómico y Rusia será una sociedad de bienestar para todos.

### 7.3. La soberanía en el Mundo Nuevo

Una de las condiciones principales del éxito en el mundo futuro es la capacidad de vivir de su cabeza. En aplicación al Estado, se trata del problema de su soberanía intelectual.

En realidad, no hay nada esencialmente nuevo aquí. Lo nuevo está en que, por primera vez en la historia, el problema de "vivir de su cabeza" surge con relación al Estado. Lo nuevo está en que, en condiciones de un mundo globalizado, la vida adquiere un carácter no sólo de noble anhelo, sino de imperiosa y apremiante necesidad. En el mundo moderno es imposible alcanzar éxitos importantes, triunfar en la lucha competitiva, si no pensamos —en el sentido más amplio— en la importancia de la información multilateral y más completa posible, reorientada por los últimos logros de la ciencia.

Lo nuevo está en que en esa calidad suya el problema se torna demanda de soberanía intelectual del Estado: la capacidad de las instituciones que determinan la estrategia del Estado, y no de algunas personas, de trabajar cada día, cotidianamente, en el nivel del pensamiento más desarrollado del momento. Lo nuevo está en que, mientras que el intelecto del individuo depende ante todo de sus capacidades personales, la soberanía intelectual del Estado se garantiza a largo plazo mediante un complejísimo conjunto de medidas que incluyen la educación permanente, la ciencia en todos los niveles, la existencia de sistemas modernos de comunicaciones, de recopilación, procesamiento y archivo de la información, así como una política de cuadros específica.

La desdicha de Rusia está en que, como Estado, por distintas causas —a veces por pobreza y en el siglo xx, por las restricciones ideológicas—, no ha cumplido esas condiciones durante varios de los últimos siglos. En Rusia siempre hubo, hay y, quiera Dios, habrá cerebros brillantes. Pero el Estado no los ha empleado de la mejor forma; no pocas veces les ha impuesto la emigración o la inactividad y el silencio.

Pero sigue siendo un hecho que los logros del pensamiento humano constituyen la base principal de la revolución industrial y más aún de las revoluciones científico-técnica y de la información. Y si el potencial y el papel del Estado en el mundo moderno se determinan por la compleja combinación del poderío de su economía, la ciencia y la técnica, las finanzas, la educación y la cultura, la capa-

cidad defensiva y la calidad de la vida, eso significa que la esencia de ese potencial, del lugar y papel del Estado la constituyen las dimensiones y calidad del pensamiento que la sociedad y el Estado hayan sabido poner al servicio de sus intereses y objetivos.

La noosfera, anticipada en un momento determinado por Bernadsky, se ha hecho realidad de forma imperceptible. Se puede seguir su evolución, se puede ofrecer resistencia con mayor o menor animadversión, pero también se puede participar en su desarrollo ulterior. Seguramente, sólo en el último caso se puede hablar con justicia de la existencia de soberanía intelectual y de su dimensión relativa.

Los países más desarrollados se han convertido en lo que son histórica y espontáneamente. Nosotros hoy no podemos fiarnos del curso de la historia, puede no llevarnos a donde queremos. Hay que crear, pero con una comprensión lo más profunda posible de dónde están las soluciones prácticas y dónde, sólo nuestros deseos y utopías.

En este contexto queda el problema de la institucionalización del sujeto de la planificación estratégica. La sociedad moderna necesita instituciones que "reflexionen" sobre las perspectivas del país para 20-50 años.

Las formas de organización, según parece, deben corresponder a la complejidad de la sociedad. Probablemente, entre esas instituciones debe haber un "centro estatal de la perspectiva económica", o algo similar, que actúe en calidad de autónomo con relación al Presidente y al gobierno (algo análogo a la situación actual del Banco de Rusia). En interacción con este centro, pero independiente de él, podría existir un centro similar en la comunidad académica que una los esfuerzos de la Academia de Ciencias de Rusia (ACR) y las universidades. Dentro de la sociedad civil podría existir un centro de este mismo tipo. Su "producción" no estaría dada por directivas, sino por cierta visión interiorizada de los problemas prospectivos y posibilidades del país, que luego se llevaría al análisis de la opinión pública y de especialistas con el fin de definir las prioridades de desarrollo deseadas por la sociedad.

Esas instituciones paraestatales —la esencia está en la idea misma y no en el nombre o las propuestas organizativas— sólo son eficaces si existe un sistema de "reflexión estatal": fuentes de información primaria y sistemas para su procesamiento, archivo y acceso a los usuarios, que sean confiables y se pongan en marcha oportunamente. La fragilidad de la información de hoy está en que, con

frecuencia, es inaccesible no sólo a los especialistas, sino también a las estructuras estatales; y, al mismo tiempo, es muy alto el riesgo de diferentes tipos de “filtraciones” de la información existente, de su uso no autorizado e incluso malintencionado —males incompatibles con la garantía de la soberanía intelectual del país. Confiemos en que en Rusia esos males sean curables.

La tarea quizás más compleja es crear, organizar un sistema estatal y social de solicitud y empleo eficaz del pensamiento nacional. La democracia sin pensamiento es justicia por su propia mano y oclocracia, violencia ciega de las multitudes. La política sin pensamiento es aventurerismo inmoral y peligroso.

Por la soberanía intelectual hay que luchar no menos dura y largamente que lo que luchamos en su momento por la soberanía política. Ella es la esencia de cualquier y toda capacidad de concurrencia. La protección de los derechos de autor no está dictada simplemente por la aspiración de los creadores y diseñadores de obtener la remuneración máxima posible por sus invenciones. De ser así, la maquinaria estatal de los países más desarrollados no se alzaría con tanta fuerza en defensa de los derechos. En esencia, la protección de los derechos de autor crea barreras muy difíciles de franquear para que el “producto” espiritual salga de los nuevos centros de su posible producción hacia los mercados mundiales de la ciencia, de las tecnologías, de las ideas sociopolíticas.

La soberanía intelectual es también la capacidad de responderse a sí mismos con claridad y honestidad la pregunta de quiénes somos y qué queremos. Ella es la esencia de cualquier capacidad de concurrencia. Occidente impone con tanta rigidez sus estándares de educación, su visión del mundo, sus libros de texto, también porque comprende que quien adopte esos estándares, de hecho —tenga conciencia de ello o no—, irá, forzosamente, por el canal del pensamiento occidental. Y, asimismo, se condena al eterno atraso y dependencia intelectual, y junto con ésta, a la dependencia económica y la política. “Vivir de su cabeza” pronto será idéntico al concepto de “simplemente vivir”.

#### 7.4. En búsqueda del sujeto del desarrollo

La resolución de la mayoría de las tareas del desarrollo de la Rusia contemporánea depende de quien asuma esa pesada carga. ¿Es posible, en general, ver hoy

en Rusia el sujeto de la nueva modernización llamada a llevar a cabo el desarrollo industrial del país y conducirlo siquiera al umbral de la nueva época, y crear el potencial para el postindustrialismo, para entrar en el Mundo Nuevo?

Rusia pasó la etapa de la industrialización, pero ésta se basaba en el impulso estatal autoritario y, en este sentido, a la luz de las tareas de la nueva modernización, resultó estar objetivamente atascada. Hoy no bastan en lo absoluto los esfuerzos solamente del Estado, los esfuerzos de la voluntad estatal y de la política para salir a nuevas líneas de desarrollo. Sólo la modernización social basada en una nueva ética laboral y cultura tiene oportunidades de triunfar.

En cierto sentido, hoy estamos en el umbral del tránsito al desarrollo posteconómico, teniendo en cuenta, ante todo, los atolladeros del desarrollo del mundo moderno, relacionados con el modo de administración dominante, y las posibilidades ocultas, aunque realizadas hoy de forma falseada, de la economía del postindustrialismo no sólo como economía de conocimientos, sino de producción del intelecto, de creación.

Pero si en el mundo contemporáneo los conocimientos, el intelecto y las nuevas posibilidades creadas por ellos garantizan la base del desarrollo, es obvio que las inversiones en el hombre, en el desarrollo del potencial humano de Rusia se convierten en base de desarrollo, resultan las inversiones más ventajosas.

La "producción" del hombre creador, del hombre del mundo nuevo se convierte en recurso fundamental y capital de desarrollo. Probablemente tendrán éxito quienes comprendan el carácter prioritario del desarrollo del capital humano creador y apueste a esta vía hacia el futuro posteconómico.

Sin embargo, si hablamos del capital humano, del desarrollo del hombre como potencial fundamental del futuro, estamos sencillamente obligados a ver de un modo esencialmente diferente una serie de problemas y cuestiones que, aplicadas a las perspectivas y problemas de Rusia, se discuten hoy de manera bastante formal, indolente, aplicando enfoques absolutamente arcaicos.

Si probamos a observar la situación desde el futuro o siquiera apoyándonos en la imagen del futuro, si probamos a gobernar el desarrollo desde el futuro, veremos que la política demográfica, educacional, científica y migratoria, la política en la esfera de la salud, adquieren un sentido y resonancia totalmente distintos.

El peligro actual no lo provoca incluso el obvio carácter declarativo de la política social, sino la evidente incompreensión de la importancia del capital hu-

mano en el mundo del futuro. La política social es la garantía y la expresión de la capacidad de concurrencia de la sociedad. La sociedad contemporánea no puede desarrollarse sólo en la dimensión económica, un equipamiento social de envergadura se torna condición y modo de existencia.

En la sociedad contemporánea la salud, la educación, la ciencia no son una enojosa adición a las tareas del desarrollo económico, no es el pago obligado que la sociedad tiene que sacar de su bolsillo. Es la condición del movimiento eficaz hacia adelante, es el motor de los cambios, es la garantía de la salud moral, es la esperanza de que Rusia ocupe un lugar digno en el mundo del siglo XXI.

La arrancada de la civilización industrial, con su inherente orientación al consumo máximo de los recursos naturales, ha dado origen a una alarmante ruptura entre la sociedad y la naturaleza. La "fuerza productiva de la naturaleza" como potencia de la civilización de tipo industrial ha comenzado a perder cada vez más su elasticidad. Y aunque durante la revolución científico-técnica el volumen de recursos de la producción se reduce continuamente, el carácter limitado de las reservas naturales del planeta planteará inevitablemente el problema de pasar a determinados modelos económicos nuevos, a nuevas formas de convivencia, a un nuevo paradigma espiritual y moral, que permitan disminuir la presión de la "civilización de consumidores" sobre la biosfera.

Nuestro país sólo podrá estar al nivel de las demandas de los nuevos tiempos si en la sociedad, en las estructuras de poder desaparece la idea de la cultura, la ciencia, la educación, la instrucción, la salud de la población, como algo secundario, como algo que por ahora se puede echar a un lado bajo la presión de otras tareas más importantes. Ellas no son "acogidas en casa ajena". En perspectiva, sólo ellas pueden ser el motor del desarrollo, darle verdadero sentido y objetivo.

La intensificación de la competencia en los mercados mundiales, principalmente en los mercados de productos de volumen científico, el continuo cambio de tecnologías obligan a las elites políticas y económicas de todos los países más o menos desarrollados a elevar de forma permanente los gastos en investigaciones científicas y proyectos. Las inversiones en la ciencia se toman uno de los recintos más ventajosos del capital. Los programas nacionales prospectivos de la mayoría de los países desarrollados ya durante varios decenios son absolutamente consecuentes con sus principales prioridades: apoyar los gastos necesari-

rios para las investigaciones fundamentales y aumentar las asignaciones presupuestarias para las investigaciones aplicadas.

El destino de Rusia como Estado incorporado a la competencia en el mercado mundial depende mucho, si no completamente, de las perspectivas de su potencial científico. La política económica mercantil y usurera, y estancada y provinciana actual todavía durante unos cincuenta años seguirá "acumulando recursos" para hacer inversiones adecuadas en la ciencia. Pero el problema de la "fuga de cerebros" al extranjero ya hoy ha pasado al plano de la seguridad nacional. Muchas escuelas científicas están al borde de la disolución. Con singular rapidez envejecen los cuadros en las ciencias técnicas.

La situación y los problemas de la esfera científica son inseparables de la política en la esfera de la educación. Hace unos treinta años surgió en Europa la teoría del "capital humano", basada en los resultados del restablecimiento de postguerra de Alemania Occidental. Los científicos alemanes hicieron cálculos sorprendentes por su esencia: ante la total destrucción del potencial de producción, pero conservando el sistema de educación, con cuadros escolares y universitarios competentes, el país tiene cuatro veces más oportunidades de sobreponerse al desastre que en el caso contrario. Precisamente por eso, esa misma Alemania se puso como meta elevar la calidad de la fuerza de trabajo mediante una política educacional eficaz.

Por eso, si el futuro es ante todo la sociedad de conocimiento, la sociedad del Hombre Nuevo, para mantenernos en ese futuro necesitamos, realmente, un nuevo período de Ilustración, el renacimiento de la ciencia, de la educación, del carácter social.

Cuando se trata de la modernización de Rusia, es necesario recordar que no podemos resolver el problema de la reproducción de un modelo económico determinado y de sus parámetros sin haber resuelto otro problema: la adecuación a ello de la estructura social. La modernización exige o una estructura innovadora social occidental u otra que corresponda a las demandas del postindustrialismo. El problema está en si tenemos esa estructura social, si ésta abarca todas las capas de la población, todos los aspectos de la organización de la sociedad o si tenemos solamente un nivel superficial de cultura de consumo y una reducida clase de los llamados adaptables.

Dondequiera que ha tenido lugar desarrollo, éste ha sido movido por las

capas medias, para su tiempo, que van surgiendo. Precisamente ellas dieron al desarrollo del pensamiento todo lo posible creador, todos los tipos de trabajo y un mercado de consumo totalmente creciente. Si no surge esa clase en Rusia, tampoco habrá desarrollo o éste tendrá un carácter unilateral y muy limitado en el tiempo.

El inconveniente está en que en nuestro país la cultura innovadora es cultura de la minoría, cultura de las capas westernizadas, de la "clase media", preferentemente, que gana con su trabajo, mientras que el gran capital sigue siendo, principalmente, no de origen laboral. Es imposible resolver a la vez los problemas de la creación de la economía y de la sociedad de la nueva época, cuando una cuarta parte de la población vive en la pobreza y la miseria y la mayoría de los ciudadanos del país tiene una existencia semipobre, de "supervivencia", teniendo como fondo la estratificación socioeconómica ficticia en "población" y "elite" que sufre de exhibicionismo consumista. Al reproducir esta lógica de desarrollo creamos una peligrosa tensión dentro de la sociedad de Rusia, puesto que las contradicciones sociales, de fortuna y otras contradicciones entre los grupos postindustriales de la población y su masa fundamental, que se ve obligada a resolver principalmente problemas de supervivencia, serán muy graves y darán lugar a un potencial de tensión comparable con el que hace un siglo destruyó el Imperio ruso modernizado.

Hoy hay que llevar a cabo la reforma principal: la reforma de la actitud ante los ciudadanos y sus intereses. Hoy es necesario "reformular" el salario y la política de ingresos en general. La subestimación del trabajo es uno de los obstáculos fundamentales para el desarrollo del país. En fin de cuentas, se trata de una filosofía de nuestro desarrollo esencialmente distinta, que debe al fin voltear y colocar sobre sus pies la política socioeconómica estatal, regresarla de los empíreos macroeconómicos a la tierra firme del realismo de la vida humana.

La estrategia actual para la transformación de nuestra sociedad se basa bastante precisamente en la realización de reformas desde arriba, apoyándose en el poder y en la delgada capa de la elite y tratando de integrar, de incorporar a las reformas a determinados grupos de la sociedad, que deben asegurarles el apoyo social. El problema de hoy, sin embargo, consiste en que es extraordinariamente complejo apoyarse en el pueblo y en la elite para resolver esa tarea. La distancia entre el poder y la sociedad ha alcanzado una línea peligrosa, cuando la

masa fundamental continúa resolviendo exclusivamente las tareas de la supervivencia, organizando su vida exclusivamente en categorías de la cotidianidad y dirigiendo al poder la demanda paternalista fundamental de garantías sociales y aseguramiento de la canasta básica.

En estas condiciones, el Estado prácticamente no tiene potencial de movilización masiva para resolver las tareas estratégicas del desarrollo del país, salvo los mecanismos francamente de fuerza (que, además, a diferencia de las tareas de la modernización industrial, son absolutamente ineficaces para dar respuesta a los retos de la modernización postindustrial). Es evidente, a la vez, el aislamiento de la sociedad de la elite gobernante, cuya calidad, además, no permite convertir las ideas existentes en el poder y la concepción de los objetivos y tareas necesarios en un programa concreto y realizable de soluciones y acciones.

A pesar de que la economía está en condiciones muy inestables y la situación en el mundo se torna cada vez más amenazadora, la llamada elite continúa ocupándose exclusivamente de sí misma, de la realización de sus intereses de clan y corporativos. Las instituciones estatales continúan utilizando algunas agrupaciones políticas y oligárquicas en interés particular propio. La política de fortalecimiento del Estado se torna su propio contrario en estas condiciones, resulta solamente cómodo y eficaz abrigo de asuntos feos.

El infinito "proceso político" burocrático reemplaza lo principal en la política de Rusia: la lucha política alrededor de la elaboración de las líneas de desarrollo, alrededor de la solución de los problemas de la redistribución de los recursos nacionales para alcanzar los objetivos del desarrollo nacional. Es característico del pensamiento de nuestra elite política y económica el desinterés en mirar al futuro. Cualquier planificación perspectiva se limita a un período de 3-4 años. Esto diferencia la elite de Rusia de las capas y círculos correspondientes de los demás países principales del mundo y la hace no sólo no competitiva, sino además inoperante.

A propósito, nuestra elite gobernante no puede aún mirar al futuro con seguridad no sólo porque resulta no competitiva a escala global, sino también porque hay grandes problemas con su legitimidad internacional. El problema clave es que sobre el fondo de la legitimación y legalización internas del *status* propio, de los capitales y la propiedad, para no ser categóricos, no se distingue una constitución internacional similar. La elite de Rusia no tiene garantías de que

su *status* y legitimidad no sean sometidos a la presión de la opinión pública mundial y a reclamaciones de las estructuras oficiales de otros estados. Estos problemas se deben, en primer lugar, al alto nivel de corrupción institucionalizada en el sistema estatal de Rusia, al alto nivel de ligazón del poder y la propiedad, a la interrelación de las elites y el crimen organizado.

En estas condiciones, la modernización corre el riesgo de convertirse únicamente en estabilización con perspectivas de estancamiento y degradación del sistema en un futuro muy cercano, según las medidas históricas. Este peligro se percibe hoy cada vez con mayor gravedad, puesto que se está creando a ritmos acelerados una situación de coincidencia de los intereses colectivos de la elite, agresivamente orientados a mantener sus posiciones, bastante típica y la más peligrosa para el Estado desde el punto de vista histórico. El desarrollo lógico de esta situación es la formalización política del interés colectivo de la masa fundamental de la burocracia y la elite, que está relacionado con la consolidación de su propiedad y poder, con su conversión en clase autoritaria cerrada insertada, en la medida de las posibilidades, en la elite mundial y legitimada por ella.

Precisamente por eso, actualmente, en la construcción estatal tiene gran importancia el problema de la lealtad de las elites. No en el sentido banal en que se preocupan los tecnólogos políticos (apoya tal oligarca al Presidente o no) y reflexionan los radicales de derecha e izquierda: las elites "venden" la Patria o no. Sino en el sentido de la orientación de las elites a identificarse a sí mismas y sus asuntos con todo el país, a servir al país, a los intereses y objetivos de su desarrollo ascendente a largo plazo.

La tarea del poder estatal es hacer que cualquier negocio de Rusia, toda actividad comercial de Rusia, todo representante del poder comprenda qué hace falta en cada etapa concreta para el desarrollo del país, teniendo en cuenta cómo será el mundo real en los próximos decenios.

Recientemente, el fondo "Opinión pública" realizó una encuesta entre los ciudadanos de Rusia en la que éstos trataron de formular qué es para ellos el Estado. Así, para el 40% de los encuestados el Estado es el pueblo, el 30% asocia este concepto con el país y sólo para el 20% el Estado es el equivalente del poder. Con esta distribución las frases más comunes en la cotidianidad política —como "el Estado debe ser fuerte"— adquieren un sentido completamente diferente.

## 8. La estrategia de Rusia para el Mundo Nuevo

Concentrados en las tareas de nuestro desarrollo interno, en las tareas de la modernización, no podemos, por supuesto, distraernos, apartarnos de los problemas externos. Una de las principales consecuencias del proceso contemporáneo de globalización es que la frontera entre los problemas de política exterior e internos del desarrollo se va desvaneciendo gradualmente. Al caer en el torrente político global, hoy prácticamente no tenemos posibilidad de elegir para nosotros una estrategia "aislante", no tenemos posibilidad de incomunicarnos del mundo exterior, de formularnos un programa de acciones y realizarlo después tranquilamente, apartados e independientes de los procesos que tienen lugar en el mundo. Anteriormente, este enfoque era posible y muchas veces era utilizado en una u otra medida por Rusia y por otros países del mundo.

Pero actualmente la situación es de principio diferente. Y no se trata solamente, como ya se ha dicho, de que si el propio sistema de estados nacionales del mundo contemporáneo no se está derrumbando, sí se está transformando seriamente, y la política interna de cualquier país se torna cada vez más vulnerable a las influencias externas de otros estados, instituciones internacionales, corporaciones transnacionales y otros nuevos sujetos de la política global. Esto es sólo a medias. Otro importante momento consiste en que es muy peligroso para cualquier Estado, para cualquier pueblo tratar de separarse de la marcha de la historia, de salir del torrente común del desarrollo mundial. Puede quedarse atrás, quedarse atrás sin esperanzas.

Haciendo algunos esfuerzos extraordinarios podríamos crear algo similar a una "cortina de hierro" alrededor de Rusia, crear ciertas condiciones "de invernadero" para resolver nuestros problemas internos en 10-15 años. Sin embargo, los resultados de tal política con seguridad serían lamentables. Incluso si en ese período y en esas condiciones se resolviera una parte de nuestros problemas internos, al cabo de un par de decenios "regresaríamos" a un mundo totalmente nuevo, para nosotros desconocido. Nosotros, que hemos permanecido tantos años en el cálido acuario del autoaislamiento, no estaremos en lo absoluto preparados para la vida en las violentas tempestades de ese mundo. ¿Y qué podrán significar entonces nuestros éxitos en la modernización del Estado, de la socie-

dad y la economía si, en el mejor de los casos, estarán adecuados a una situación de veinte años de antigüedad?

Al ser así, cuando pensamos hoy en los nuevos retos y tareas de la construcción estatal, debemos destacar también las cuestiones de la política exterior, de la búsqueda de nuestro lugar y nuestra estrategia de acción en un mundo tan impetuosamente cambiante. El criterio clave para la valoración de la solvencia y eficiencia de la política estatal es, precisamente, la capacidad de concurrencia de Rusia en condiciones de la globalización, cuando las reglas de juego son eventuales. Las tareas del desarrollo del Estado, de la política socioeconómica deben ser ordenadas teniendo en cuenta las tendencias globales. En fin de cuentas, la capacidad de “desplegar” o al menos utilizar los procesos políticos globales en interés propio puede ser quizás el recurso principal que nos permita también sacarnos a nosotros mismos del pantano de los problemas internos.

## 8.1. Los recursos de Rusia en el mundo global cambiante

Y aquí vale la pena, quizás, ver con más detalle los recursos de política exterior de Rusia que permiten comprender su identidad internacional.

Los recursos de política exterior son el potencial total del país que, en fin de cuentas, puede ser extrapolado a la arena exterior en forma de acciones de política exterior orientadas. Los recursos de política exterior pueden tener carácter material (territoriales, económicos, militares) o inmaterial (morales y psicológicos, ideológicos, informativos). Incluyen también aquellos elementos de la estructura estatal, del régimen político, de la organización territorial del poder, que se reflejan en el establecimiento y realización de la política exterior del país.

Al examinar nuestros recursos de política exterior hay que tener en cuenta también las condiciones para aplicarla eficazmente y lo que puede oponernos el medio externo.

Los recursos territoriales y geográficos de nuestro país han sufrido una gran pérdida comparados con lo que poseía la URSS. Como resultado de la formación de nuevos estados, Rusia se vio apartada de Europa Occidental, de las regiones del Oriente Próximo y Medio y del Sur de Asia. Se redujeron las posibilidades de salir al Mar Negro, al Mediterráneo y al Báltico. A la vez segui-

mos siendo una potencia euroasiática, cuya presencia territorial en ambos continentes es apreciable e indiscutible.

En principio, la existencia de una "capa intermedia" entre Rusia y el lejano exterior en forma de estados independientes puede ser utilizada en interés de Rusia. En la situación de debilitamiento interno del país sería extraordinariamente problemático controlar directamente esos territorios. Su existencia actual como campo de concurrencia internacional con clara ventaja para nosotros ofrece a Rusia la posibilidad de maniobra de política exterior adicional.

La amenaza principal para los recursos geopolíticos de la política exterior de Rusia, por paradójico que parezca, parte del carácter del desarrollo interno del país. La desproporción de la distribución del complejo económico nacional y de la población por el territorio de Rusia debilita el potencial de recursos territoriales, principalmente a largo plazo.

Es obvio el desarrollo de un grupo especial de amenazas relacionado con la incorporación de Rusia a la esfera de las aspiraciones geopolíticas y geoeconómicas de distintos estados extranjeros. Así, la esfera de los intereses geoeconómicos de China incluye desde hace tiempo las regiones rusas de Primorsk y del Amur; la de Turquía, los territorios orientales del Mar Negro y el Cáucaso; la del mundo árabe, el Cáucaso del Norte y las repúblicas del Volga, etc. En estas regiones aumenta la presencia extranjera, se crea la base para la influencia cultural, demográfica y política de los estados correspondientes sobre los procesos y situaciones locales. Los agentes de esa influencia son, en gran medida, las diásporas étnicas y las comunidades religiosas, así como diferentes sujetos de la sociedad civil.

Los recursos demográficos se cuentan también entre los más afectados. En el capítulo anterior ya se habían señalado los peligros que nos crea ese problema en la política interna. En nuestra planificación de la política exterior tampoco hemos tomado conciencia ni reflejado, ni en el plano psicológico ni en el plano racional, el hecho de que ahora nos encontramos no en el tercer lugar, sino en el sexto en el mundo en cuanto a la cantidad de población (después de China, la India, EUA, Indonesia y Brasil).

Entretanto, evidentemente, es necesario revisar las valoraciones de los recursos demográficos en la esfera, como mínimo, de la planificación militar y económica y en la política migratoria. La dinámica actual del crecimiento de la

población, comparada con la dinámica de los países que por su cantidad se acercan a nosotros, puede conducir a que para el año 2015 Rusia deje de formar parte de los diez mayores países del mundo y sea aventajada por países, cuyos nombres muchos ciudadanos de Rusia han oído solamente en anécdotas —Pakistán, Bangladesh, Nigeria, Irán, Etiopía y Zaire.

Por extraño que parezca, tan significativa pérdida del potencial demográfico a mediano y corto plazo no influirá directamente sobre la política exterior; esto es más bien un problema a largo plazo. La población del país sigue siendo bastante grande para conservar y mantener su unidad como comunidad que controla un territorio considerable. Como ya se ha señalado, infunden temor las regiones que se encuentran en cercanía directa con un “reservorio demográfico” colmado —China.

Si miramos 50 años hacia adelante, no es posible no percatarse del peligro de que Rusia deje de existir en sus fronteras actuales o que, si se mantiene, adquiera rasgos completamente diferentes, otras bases en la estructuración estatal. Hoy no poseemos los instrumentos para bloquear ese peligro. Pues no es posible pensar seriamente que se puede aplicar un instrumento de contención geopolítica como las armas nucleares contra el propio territorio cuando esté ocupado por otros pueblos.

En los años 90 otro factor comenzó a influir activa, aunque espontáneamente, sobre la política exterior de Rusia: la dinámica etnoconfesional, que es, por regla general, una dinámica virtual. Contrariamente a la opinión difundida, los cambios aquí tienen lugar no sólo y no tanto por haber variado el porcentaje de unos u otros grupos etnoconfesionales, como por la modificación de la organización territorial del poder, la obtención de nuevos derechos y poderes por parte de las repúblicas nacionales, así como por haber sido infundadamente declarados musulmanes los ciudadanos de una serie de nacionalidades.

Junto con esto, resulta gratificante que la cierta autonomía de la política exterior característica de Rusia no conduce por ahora a que la influencia de los grupos de presión nacionales en el nivel federal en los años 90 se convierta en algo serio. Pero no hay que olvidar que la soberanía de las repúblicas crea un potencial real de fraccionamiento horizontal del proceso de la política exterior.

Los aspectos confesionales del potencial demográfico en los años 90 se pusieron de manifiesto, principalmente, en la discusión político-ideológica, cuyo

momento fundamental fue la identificación de las acciones de política exterior con las tradiciones cristiana o musulmana. Además, mientras que en el nivel federal generalmente se enfatizaba (es cierto que mucho menos que en la política interna) la herencia de la primera, en el nivel de una serie de repúblicas ocurría la adopción por una parte de la elite (con menos frecuencia se establecían de manera independiente) de distintos elementos del "cuadro musulmán" del mundo. La falta de un acercamiento notable entre estas dos tendencias puede tener graves consecuencias.

Los recursos económicos para llevar a cabo una política exterior eficaz son los menos considerables en el momento actual. El estado de la economía del país hay que seguirlo valorando con una buena dosis de pesimismo. El desarrollo económico se construye en gran medida a cuenta de la explotación primitiva y el consumo de los recursos. Después de 10-12 años de estancamiento generalizado, de envejecimiento de los fondos fundamentales y de conservación de las tecnologías en el nivel de principios de los años 90, en el mejor de los casos, Rusia aborda una nueva división del ciclo económico-tecnológico. El nivel de pérdidas para franquear esta barrera puede ser relativamente pequeño sólo si se mantienen condiciones relativamente favorables en los medios económico exterior y financiero. Una situación, en la que, de hecho, el único recurso exportable son los portadores de energía, hace que la economía de Rusia y su dimensión política exterior sean extraordinariamente vulnerables.

Rusia tiene aún pocos aspectos positivos para integrarse al sistema económico mundial. La interacción con las estructuras financieras económicas internacionales consiste, en esencia, en relaciones de acreedor y mutuario no muy solvente. El dos por ciento de Rusia en la economía mundial no le permite utilizar el factor económico de influencia en las relaciones internacionales —el factor más sustancial y eficaz en el mundo moderno.

En la realización de los intereses de la política exterior la economía de Rusia permite resolver sólo problemas regionales en el espacio de la antigua URSS, donde la Federación de Rusia sigue siendo el sujeto económico más poderoso, así como algunos problemas en la línea europea y en las relaciones con los vecinos del Oriente Lejano.

Otro grave problema es la interacción de la actividad comercial y la política exterior. Desafortunadamente, sólo los sectores energético y de materias primas

de la economía de Rusia pueden realmente aspirar al papel de grandes actores de alcance mundial. Consecuentemente, las posiciones de la actividad comercial respecto a las cuestiones de política exterior tampoco son precisas, están poco pormenorizadas. En caso de que se diversifique y se haga más complejo el componente exterior de nuestra economía, crezcan y se fortalezcan los sujetos económicos, salgan estos a mercados sectoriales estrechos y especializados, se establezcan relaciones institucionalizadas con los mayores actores de la economía mundial —principalmente de la UE—, las posiciones de la actividad comercial de Rusia respecto a las cuestiones de política exterior serán más complicadas, más competitivas entre sí y más equiparadas unas con otras en la línea de la política exterior.

En la situación actual la consigna de “perfiladura económica de la política exterior”, que viene de los tiempos de la tardía URSS, sigue siendo en esencia palabras vanas: la perfiladura económica sólo puede ocurrir en un orden objetivo, y de ello debe ocuparse, ante todo, la actividad comercial de Rusia. Cuando a ésta le surjan intereses, el Ministerio de Asuntos Extranjeros (MAE) ayuda a realizarlos.

Los recursos militares de la Rusia contemporánea, extrapolados a la esfera de la política exterior, pueden ser valorados de dos maneras. Rusia sigue siendo una importante potencia nuclear, sólo comparable, por su poderío, con Estados Unidos. Aunque hay que tener en cuenta que las posibilidades económicas de EUA para el apoyo, modernización e incremento de su potencial no son comparables con las de Rusia. Así, el PIB de Estados Unidos es 10-12 veces mayor que el de Rusia. El PIB de cada una de las otras tres “antiguas” potencias nucleares —Gran Bretaña, Francia y China— es también varias veces mayor que el de Rusia. Si se mantienen las tendencias actuales, en consecuencia, ya dentro de diez años, perderemos la paridad militar con EUA.

Además, teniendo en cuenta el papel pasivo del factor nuclear, la imposibilidad de su empleo en la práctica cotidiana de la política exterior, se le puede considerar sólo como un recurso de *status* que permite a nuestro país conservar la denominación de gran potencia.

Al mismo tiempo, es evidente que al valorar el papel y lugar de las armas nucleares, en nuestro país siguen prevaleciendo las ideas basadas en el “equilibrio central nuclear”, o sea, en la rivalidad con Estados Unidos y en la existencia

de la posibilidad de un exterminio recíproco garantizado. Además, con relación a los demás componentes del cuadro nuclear del mundo, la política exterior no ha conformado escenarios precisos, sino sólo declarativos, de reacción. Fue significativa la falta de respuesta de Rusia ante la aparición de novatos oficiales en el club nuclear —la India y Pakistán.

La ampliación de la OTAN y la guerra en Yugoslavia demostraron claramente la falta de recursos e instrumental de influencia sobre los sucesos internacionales del plano político-militar. Los importantes problemas que vienen acompañando la reforma de las Fuerzas Armadas en los últimos años, el empleo combativo real del ejército en la primera y segunda campañas chechenas, también plantean una serie de interrogantes, cuyas respuestas no hablan a favor de la capacidad real de las Fuerzas Armadas para enfrentar los peligros contemporáneos.

Basta recordar siquiera el hecho de que, idealmente, el distrito militar del Cáucaso del Norte, en cuya zona de responsabilidad está Chechenia, tiene también la misión de contener la agrupación de la OTAN que avanza desde el Sur. Parte integrante de esta agrupación es Turquía, cuyas fuerzas armadas están constituidas por 650 mil hombres. Pero la guerra de Chechenia mostró realmente que Rusia en esta línea no dispone de posibilidades de lucha efectivas, ni siquiera con destacamentos armados (preferentemente con armas de infantería) de 15-20 mil hombres.

A partir de que las fuerzas armadas son un instrumento de contención, o sea, cierta imagen social del poderío del Estado, hay que constatar que esa imagen está en gran medida deteriorada. La paradoja consiste en que las fuerzas armadas comunes no pueden desempeñar el papel de contención que les ha sido designado sin la correspondiente imagen. Para llevar esta lógica hasta el final, el restablecimiento de esta imagen en total medida sólo puede ocurrir como resultado de una operación militar llevada a cabo con éxito, que en principio no puede realizarse sin la reforma de las Fuerzas Armadas.

En general, el papel del factor militar en la política exterior de Rusia está muy exagerado. Los recursos militares del país, los cuales por períodos relativamente cortos son mucho más fáciles de mantener que otros recursos, han comenzado a dominar en la política exterior de Rusia ante la degradación de otros recursos. Parece muy paradójico, pero con la disminución de la amenaza bélica

global, los problemas militares siguen siendo problemas de primer orden en la política exterior de Rusia.

Los recursos informativos y propagandísticos del país, así como los socio-culturales, tampoco pueden considerarse efectivos actualmente.

La singular importancia que tiene garantizar la seguridad de la información de la Federación de Rusia se determina por el hecho de que la política, la economía, la defensa y otros componentes de la seguridad nacional de la Federación de Rusia, en las condiciones de la "sociedad informática", están en mayor grado condicionadas por el desarrollo intelectual de la nación, por las orientaciones de los valores de la comunidad que establece la política y por los ánimos, las orientaciones de los valores y el estado de la conciencia de los ciudadanos. Además, en las condiciones modernas las perspectivas de la estructuración estatal dependen directamente de la capacidad del Estado para apoyar y proteger el sistema nacional de valores. Y precisamente las amenazas a la seguridad de Rusia en esas esferas tienen el mayor carácter de principios desde el punto de vista de los parámetros estratégicos, a largo plazo del funcionamiento y desarrollo de la estructuración estatal de Rusia, teniendo en cuenta las tareas de mantener la unidad del Estado, de garantizar la solidez del régimen constitucional, la soberanía y la integridad territorial de Rusia, la estabilidad política, social y entre las nacionalidades.

La diferente comprensión de los mismos sucesos por parte de las agrupaciones nacionales (étnicas), religiosas, por algunas comunidades territoriales (regiones, sujetos de la Federación de Rusia), grupos sociales es de principio un peligro y, a la vez, un claro testimonio de la posibilidad de explosión político-cultural del país. Además, las orientaciones que se establecen reducen las posibilidades de desarrollar eficazmente una economía integral, amenazan con destruir no sólo el campo sociocultural único, sino también el campo jurídico único de la Federación de Rusia.

Actualmente resulta evidente que una serie de estados diseñan y realizan concepciones de guerras de las informaciones que planean crear medios de influencia peligrosa sobre las esferas de la información de otros países del mundo, violar el funcionamiento normal de los sistemas informáticos y de telecomunicación, la integridad de los recursos informáticos, obtener acceso no autorizado a ellos.

En la esfera espiritual, la actividad orientada a los valores (o sea, dirigida a formar y/o destruir las direcciones de los valores, los estereotipos, mitos y otras estructuras de la percepción) de las organizaciones terroristas internacionales, así como de las organizaciones que aseguran el "paraguas" religioso del terrorismo internacional, tiene la mayor importancia de principio.

Se intensifica la dependencia de las esferas espiritual y social de la vida de la sociedad de Rusia de la infraestructura socioeconómica global, de las estructuras extranjeras de la información, de la cultura internacional masiva y de los sistemas de valores producidos por ellas. Hace ya tiempo que el proceso de fortalecimiento de la identidad nacional de Rusia se convirtió en lucha de competencia con sujetos externos (extranjeros) políticos, económicos y otros. Lucha en la que por ahora somos a menudo derrotados.

Rusia es hoy objeto de intensa influencia de la información en mucho mayor grado que sujeto del orden mundial de la información. El sistema de información orientado a la difusión al exterior se mantiene en el nivel de la época soviética. El inadmisibles grado de comprometimiento de los medios de información masiva de Rusia, su orientación a los intereses corporativos, grupales, reducen considerablemente la eficacia de su empleo con fines de política exterior.

Representa también un peligro singular la ruina parcial del sistema nacional de educación, de la ciencia fundamental y aplicada. Aumenta el potencial de la influencia externa sobre los procesos de modernización y desarrollo del sistema nacional de educación y de organización de la ciencia. Ello se refleja tanto en los intensos procesos de "fuga de cerebros" de Rusia, como en las tentativas, en el ámbito de la política estatal, de llevar a cabo estrategias de adopción de modelos extranjeros de organización del sistema de educación y de la ciencia, que frecuentemente contradicen la tradición rusa. La necesidad de integrar la educación y la ciencia de Rusia a los sistemas mundiales, su papel en el aseguramiento de la capacidad de concurrencia y del potencial del desarrollo socioeconómico de Rusia dan lugar a una situación en que las propias educación y ciencia de Rusia se toman foco de expansión, e incluso de agresión, sociocultural, de la información y de los valores.

Entre otros, los recursos institucionales diplomáticos de Rusia pueden ser altamente valorados. Rusia dispone de un organismo de política exterior poderoso y profesional. En los años 90 el MAE conservó y, en cierto grado, multipli-

có su potencial. Los Servicios de Inteligencia (SI), capaces de recolectar y analizar la información extranjera clasificada, rebasaron con cierto éxito el derrumbe del sistema de los órganos de la seguridad del Estado y crearon nuevas tradiciones en la actividad de inteligencia de Rusia.

El fortalecimiento del componente de política exterior en la actividad del Ministerio de Defensa y del Estado Mayor General ante todas las dificultades del período de transformación ha permitido que actualmente la interacción militar política de Rusia con los países extranjeros y, principalmente, con los estados de la CEI tenga una base formal. En los años 90 ante una serie de organismos — el Servicio Federal de Seguridad, el Servicio Federal Fronterizo, el Fondo de Colaboración Internacional, el Ministerio para Situaciones Extraordinarias— surgieron problemas de carácter internacional, principalmente en el extranjero próximo. Ello permitió acumular la experiencia y los mecanismos necesarios, que no existían en el pasado.

En los decenios anteriores se estableció por todo el mundo la red de instituciones de Rusia en el extranjero. Rusia se hizo miembro con plenos derechos de la mayoría de las principales organizaciones mundiales y regionales, foros, instituciones multilaterales. Hay que señalar que el MAE de Rusia supo aprovechar la tendencia de principios de los años 90 respecto a la organización de la colaboración subregional y nuestro país participa, de hecho, en todas las iniciativas subregionales serias en el perímetro de sus fronteras.

No obstante, por sus características objetivas, Rusia no puede aspirar a participar con derechos plenos en “clubes” elitistas multilaterales basados en la comunidad de intereses financieros económicos —al parecer, la membresía con plenos derechos en el “Grupo de los Ocho” es un autoengaño evidente.

Hasta ahora las estructuras asimiladas, “vivas” son para Rusia las estructuras clásicas creadas con la participación directa de la URSS, como la ONU y la Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa (OSCE). Entre las adquisiciones institucionales acertadas se puede mencionar la creación del mecanismo de la CEI, organización regional de interacción en el espacio postsoviético con predominio de Rusia, así como de otros formatos institucionalizados orientados a Rusia.

Se podría continuar este análisis. Y, seguramente, nuestros especialistas en la esfera de las relaciones internacionales necesitan hacerlo, pues, en general, en

la planificación de la política exterior siempre se debe comenzar precisamente por la valoración de los recursos propios, y no con la formulación de nobles deseos hacia sí mismo. Desafortunadamente, los documentos de la política exterior de nuestro país se estructuran a partir de un reducido esquema, donde los recursos ni se mencionan. En este tipo de planificación la formulación de los intereses de la política exterior, el planteamiento de los objetivos y tareas adquieren un carácter voluntarista, no objetivo; los intereses y, más aún, los objetivos y tareas resultan inadecuados y, en consecuencia, irrealizables.

Pero ya se ha dicho suficiente para siquiera tratar de responder de una forma nueva a la pregunta: ¿qué representa Rusia en el mundo contemporáneo?

Quien asume el análisis contextual de las relaciones internacionales y de la política exterior contemporáneas tropieza muchas veces con cierto escepticismo de los que lo rodean, los cuales consideran que en la escala histórica un período de 10-11 años es muy corto (y ese es el tiempo que ha pasado desde que desapareció el sistema de relaciones internacionales de Yalta-Potsdam, basado en el predominio de dos polos: la URSS y EUA) y es poco productivo tratar de distinguir, basándose en él, determinadas tendencias, determinados factores fundamentales a largo plazo.

Eso no es totalmente así. Si observamos la experiencia del desarrollo de los sistemas anteriores de relaciones internacionales, veremos que los primeros diez años son, por regla general, el período en que el modelo ideal se transforma en modelo real de acción, ocurre su "llevada" *sui generis* hasta los parámetros que hacen que el modelo sea relativamente estable y funcional. Es cierto que esta etapa muchas veces resulta período de decepciones para los "padres fundadores". Así ocurrió con las relaciones internacionales después de la Primera Guerra Mundial y con el sistema de Yalta-Potsdam.

Es evidente que las relaciones internacionales modernas en los últimos diez años han pasado del modelo de confrontación a nuevas líneas, la vieja estructura bipolar está en ruinas.

Al mismo tiempo, el orden del mundo existente heredó del sistema de Yalta-Potsdam una parte importante de los mecanismos internacionales, principalmente, el sistema universal de la ONU, una serie de normas jurídicas internacionales, obligaciones conveniadas, etc. Precisamente esta coexistencia —de lo nuevo y lo tradicional— caracteriza las relaciones internacionales contemporáneas. En

otras palabras, la paradoja consiste en que las destruidas bases políticas del orden del mundo de Yalta-Potsdam no derrumbaron la base jurídica institucional del viejo sistema, la cual resultó ser más progresista que su *alter ego* político ideológico. Esto garantiza además la transición pacífica (a diferencia de todas las anteriores) de un sistema a otro.

El relevo de las épocas se ha producido sin un conflicto de gran envergadura y sin un "mundo", un "congreso" de las mismas dimensiones que consolide el nuevo orden del mundo. Esto es único, siquiera desde el punto de vista de que en el sistema no hay un "estándar" originalmente establecido, que, propiamente, habría que corregir, revisar, como ha ocurrido con todos los sistemas anteriores.

Por otra parte, el carácter de los cambios puede hablar de que el mundo pasa a otro paradigma de desarrollo y ya no es un imperativo el conflicto de gran envergadura para eliminar las contradicciones internas del sistema. Está claro que el destino del mundo bipolar estaba predeterminado no sólo por el derrumbe de una de las superpotencias, sino también por la aparición de nuevos centros de fuerza, por el aumento de la complejidad de la propia estructura de las relaciones internacionales, la cual iba adquiriendo un carácter cada vez más polifacético aun dentro del orden del mundo de Yalta-Potsdam.

El predominio en todas, absolutamente, las esferas ya a mediados de los años 70 era problemático incluso para las superpotencias. Es lógico que ese predominio sea ahora objetivamente imposible (incluso para la superpotencia "trionfadora", EUA), siquiera porque el mundo actual es muy complejo, tiene una gran cantidad de dimensiones que se condicionan mutuamente. En realidad, es posible imaginarse el sistema mundial actual en forma de una pirámide que consta de una serie de "capas", sectores, colocados unos sobre otros. Cada uno de estos sectores —económico, financiero, tecnológico, militar, etc.— tiene sus líderes, sus países, los cuales están muy desvinculados de los demás miembros.

En el sector económico Rusia es ahora insignificante, pero, al mismo tiempo, actúa como "polo" en el sector jurídico institucional del sistema mundial al poseer el *status* de miembro permanente del Consejo de Seguridad de la ONU.

Rusia desempeña también un papel de "polo" en el sector estratégico militar. Si se tiene en cuenta el papel de algunos países en la dominación sobre los espacios regionales, podemos distinguir otra serie de candidatos a "polos". Re-

sulta gratificante que también aquí Rusia está presente y hoy lidera, segura, en el espacio postsoviético, desempeña un papel importantísimo en la línea europea, se revela cada vez más activamente en la RAP.

De tal forma, el mundo contemporáneo es objetivamente unipolar. Al mismo tiempo, no se trata de la unipolaridad de agrupaciones enemigas ni la unipolaridad de confrontación de fuerza y paridad nuclear. Es algo más complejo. Es más, el mundo contemporáneo ofrece la posibilidad a una serie de países de aspirar a ampliar los sectores y espacios regionales donde podrían ser "polos" dentro de algún tiempo. Sin lugar a duda, nuestro país también tiene esas perspectivas.

Teniendo en cuenta los recursos existentes y la estructura de las relaciones internacionales modernas, la identidad de la política exterior de Rusia puede ser formulada de la siguiente forma.

Rusia es la principal potencia regional del espacio euroasiático y tiene grandes posibilidades de influencia global en el sistema mundial, principalmente porque cuenta con los factores nuclear e institucional.

El estado actual de los activos de la política exterior permite a Rusia garantizar los intereses de la supervivencia e influir en algunos procesos mundiales de carácter estratégico. El potencial interno del país, en principio, permite a Rusia convertirse en uno de los polos de la economía mundial y, en consecuencia, fortalecer su posición internacional en sentido general.

Es mejor para nosotros, no obstante, evitar una definición de "superpotencia" que exagere nuestra situación real. En caso contrario, el optimismo injustificado y la autoadmiración pueden conducir, al final, a una política exterior inadecuada, llena de gastos de fuerzas y medios, de objetivos y expectativas irrealizables.

## 8.2. Ideología de la política exterior y posibles líneas de la política exterior de Rusia

La búsqueda de la estrategia de acción de Rusia en el Mundo Nuevo debe comenzar por... la ideología. Y no para impactar o provocar sentimientos de nostalgia. La política exterior no es una esfera autosuficiente aislada de las otras direc-

ciones de la actividad estatal. Como base del establecimiento de las líneas estratégicas se deben tener en cuenta todos los aspectos del desarrollo interno del país.

Desde principios de los años 90 la sociedad de Rusia no tiene criterios valorativos consolidados de los hechos de política exterior. En las valoraciones del mundo contemporáneo reina el eclecticismo cuando se observan tendencias contradictorias no sólo en la sociedad, sino en los ciudadanos por separado. Estas tendencias varían y van desde las típicas del pensamiento imperial tradicional hasta tendencias verdaderamente humillantes. La opinión pública de Rusia y la elite no han interiorizado una serie de temas de las relaciones internacionales contemporáneas. Esto ocurre tanto en virtud del prolongado carácter cerrado de nuestra sociedad, como en virtud de la extrema concentración en los problemas internos en los años 90.

Al haber perdido la vieja ideología, Rusia no tiene la base necesaria para nuevas líneas a largo plazo relativas a la concepción del mundo y no puede promover ninguna idea nueva hacia fuera, salvo la solidaridad con los valores humanos. Sin embargo, precisamente la ideología puede ser un recurso real de la política exterior y constituye condición necesaria de la unión de la nación en la concepción de su lugar en el mundo y de las tareas del desarrollo del país. Además, cualquier Estado fracasará inevitablemente ante sus rivales y no podrá mantener la influencia decisiva en los procesos políticos globales si no entrega al mundo la bandera de alguna idea de desarrollo, de sus valores e ideales.

Hay que señalar además que en la política exterior sólo puede convertirse en recurso la ideología que implica elementos internacionales, que van más allá de las fronteras, la ideología que no se encierra en un solo sitio. Entre las ideologías de ese tipo se pueden mencionar las megaideologías del liberalismo, las ideologías confesionales —el cristianismo, el islam. La ideología comunista se contaba también entre las ideologías de ese tipo.

Al perder la ideología nacional nos vemos hoy privados de un recurso muy poderoso que actúa en un nivel rigurosamente funcional. Recordemos, por ejemplo, el conocido esquema en que se basa el reclutamiento de los servicios de inteligencia del mundo —el llamado esquema *mice*, donde *m* significa dinero; *c*, compromiso; *e*, “ego” (motivación relacionada con determinados momentos personales); *i*, ideología. Pienso que ahora el Servicio de Inteligencia no puede fiarse de esa *i*, puesto que no existe como tal.

En el escenario político de Rusia contemporánea se ha creado una situación paradójica. En la elite, sin hablar ya de la sociedad, predominan concepciones ideológicas arcaicas que “emergieron” cuando se retiró de la superficie la capa de la ideología comunista. De aquí los aparentes dilemas de “con quién tener amistad” —con el Oriente o con el Occidente—, que reflejan ecos de discusiones inútiles y, para ser rigurosos, aparentes, de individuos irreconciliables. La popularidad de diferentes tipos de concepciones geopolíticas con sus *rimlands* y *heartlands*, sacadas de los vertederos de la historia, es también consecuencia de la visión actual del mundo, que no ha relevado la abarcadora concepción comunista.

La sociedad y la elite no han sabido adoptar en gran escala ni el liberalismo occidental ni las ideas socialdemocráticas occidentales. Las concepciones “emergidas”, que se basan en la cualidad de gran potencia en su concepto de modelo del siglo XIX, no contienen el elemento funcionalmente “útil” para la política exterior que contienen las ideologías del comunismo y el liberalismo —en ellas falta el componente internacional. Este componente es una vacuna especial para la elite gobernante, que evita una serie de complejos político-psicológicos que hacen que la política exterior no tenga la suficiente maniobrabilidad, no sea lo suficientemente flexible y, en consecuencia, no se adecue al mundo moderno.

Por otra parte, la ideología de la política exterior no debe pretender sustituir la concepción de la política exterior. El papel de la ideología de la política exterior consiste en indicar los objetivos a largo plazo y los escenarios generales para lograrlos. Las reflexiones respecto al futuro, además, deben apoyarse en la adecuada comprensión del presente. La ideología de la política exterior no debe caer en cierta futurología vulgar o “idea nacional”.

Al imaginarnos el cuadro de las relaciones internacionales y el lugar de Rusia en ellas, debemos orientarnos no tanto al ideal, aunque éste debe ser el fundamento de nuestras construcciones de la visión del mundo, como a lo óptimo.

Si observamos, desde estas posiciones, la situación actual de Rusia en el mundo, ante todo resulta falsa la idea de que Rusia es un país víctima de la globalización.

En los diez años de su inserción activa en los sistemas político y económico del mundo Rusia ha demostrado que conserva todos los rasgos específicos (a veces demasiado específicos) que le son inherentes y, al mismo tiempo, puede regular conscientemente su inserción en unos u otros aspectos de la globalización.

El problema consiste ante todo en la calidad de la planificación estratégica y del pronóstico de la actividad exterior y... en la estabilidad del desarrollo socioeconómico interno del país. En cuanto a Rusia, se trata en lo fundamental de la incorporación a las relaciones multilaterales contemporáneas en la esfera de la economía, de las finanzas y del comercio mundial.

En principio, en nuestro país no existe el problema de que nos diferenciamos, de que estemos “desarraigados”, desde el punto de vista humanista y cultural, del grupo de los países más desarrollados, civilizados. Ustedes pueden decir todo lo que quieran de la especificidad de la civilización ortodoxa de Rusia, pero cuando abren los libros de Dante, Shakespeare, Maurois, Remarque o Fitzgerald, sin ningún tipo de presión psicológica percibirán el sistema de valores con que viven los héroes típicamente “occidentales” de esas obras. Y no porque ustedes sean muy sensibles en sus concepciones, no; simplemente todos nosotros vivimos en el mismo sistema de valores básicos, a menudo sin notarlo e incluso negándolo.

La diferencia principal de Rusia respecto a los estados del Tercer Mundo que también “se insertan en la globalización” consiste en que su corta experiencia de existencia independiente, de algunas decenas de años, no les ha permitido adquirir la inmunidad suficiente y la estabilidad de las estructuras sociales, cuya deformación bajo la influencia de la globalización puede adquirir las formas más caprichosas, incluso peligrosas para otros actores del sistema mundial.

Ahora podemos hablar de que el proceso de globalización ha adquirido un carácter menos gobernable. Y ante todo porque los países desarrollados, luego de crear canales de comunicación de información y física con el mundo en desarrollo (con el Sur), no han sabido cerrar, por estos canales, el camino de los desafíos que vienen de ese mismo Sur. Para ser rigurosos, los iniciadores de la globalización —los países del Norte desarrollado— debieron ocuparse desde el principio de la falta del suelo conveniente para el desarrollo de esos desafíos en los países del Tercer Mundo o liquidar oportunamente sus focos en los “lugares de crecimiento”. Pero la sabiduría viene con la experiencia. Y en su tiempo nadie temía cultivar “modjahedos” y talibanes, cerrar los ojos a los ejercicios nucleares de regímenes dudosos, inscribir en las filas de sus aliados a barones del narcotráfico y canibales banales.

Así, la teoría de la interdependencia (y no sólo de la dependencia del Sur del Norte), tan popular en los años 1960-1970, comienza a funcionar a toda

marcha en la práctica precisamente ahora. Son sus manifestaciones la migración delictiva, el narcotráfico, la difusión del islamismo político en sus formas más desmedidas, cuya culminación fue la terrible tragedia del 11 de septiembre de 2001. Y aquí ex profeso me abstendré de conclusiones banales y en principio injustas respecto a que el madero de la globalización golpeó a su dueño: EUA. No, todos los países del Norte han revelado imprudencia e imprevisión, entre ellos nuestro país. Basta simplemente recordar bien todos aquellos regímenes y aquellas personalidades de quienes hemos sido amigos y pensar a lo que han evolucionado en el momento actual. Enseguida se pierde el deseo de lanzar piedras al tejado ajeno.

En general, según nuestros parámetros, desde el punto de vista de la actitud ante la globalización, sin lugar a duda, Rusia está mucho más cerca de los países del Norte, si no a la par con ellos. Consecuentemente, esto debe dictar líneas de política exterior concretas, basadas en esa solidaridad objetiva, dentro de la cual, no obstante, no se excluyen diferentes lecturas tácticas. (Es cierto que el problema, y un problema grande, consiste en que esa solidaridad sea sentida y compartida por los demás países del Norte.) El carácter único de la situación de Rusia en el sistema de las relaciones Norte-Sur y Rusia-Norte se complementa en parte con la existencia en nuestro país de un enorme potencial de recursos, entre ellos energéticos, algo que es propio fundamentalmente de los países del Sur, en combinación con el potencial humanista, industrial, militar estratégico y, lo principal, con la experiencia histórica, propia de los países del Norte.

Los más de diez años transcurridos desde la desaparición del sistema de confrontación bipolar de relaciones internacionales la comunidad de la política exterior de Rusia y parcialmente la mundial han vivido en un estado de plácida relajación, cuyo *leitmotiv* ha sido: "El horrible pasado del mundo quedó atrás, y los problemas concretos sólo pueden ser resueltos en la medida en que vayan apareciendo".

Pero resultó que no es así. No es así en el sentido de que los problemas concretos se resuelven con éxito sólo cuando existe un algoritmo general, un sistema, un mecanismo institucionalizado para su resolución. Como ya se ha dicho, el desaparecido sistema de Yalta-Potsdam dejó a nuestra disposición la mayoría de sus mecanismos jurídicos e institucionales, entre ellos, la ONU.

Nadie trató de reformar esos mecanismos, nacidos en los años 40 del siglo pasado, inmediatamente después de terminada la confrontación, era demasiado peligroso. Cuando se derrumbó la superestructura política del mundo había que mantener siquiera la coraza institucional. Otra cosa es que esa coraza no esté en condiciones de sostener eternamente el nuevo mecanismo político. De la misma forma que los parámetros de este mecanismo no son aún lo suficientemente claros para sugerir con objetividad los perfiles de las nuevas instituciones.

Desafortunadamente, en los años 90 la búsqueda de la nueva instrumentación para la regulación del mundo marchó por un camino equivocado. La centralización política objetivamente formada no pudo cortar la aspiración de una serie de grupos autoritarios de ser árbitro individual en la arena mundial. La única superpotencia que "sobrevivió" —EUA— se afana por el liderazgo personal, por el papel, si no de gendarme mundial, al menos de árbitro intachable. Esto trae consigo que Estados Unidos aplique métodos absolutamente inadmisibles de regulación de las relaciones internacionales —la presión de fuerza y la aplicación directa de la fuerza militar. El afán de obtener el control del espacio político mundial contribuye a frenar los procesos de ordenamiento del sistema de la regulación colectiva del mundo.

A pesar de que la experiencia de la regulación unilateral de las relaciones internacionales resultó un fracaso, los EUA continúan forzándola, lo que puede conducir a una reacción de respuesta: la conducta igualmente unilateral y antinorteamericana en esencia de los demás actores del sistema internacional. Y ante todo de los actores de nuevo tipo —del tipo no estatal. El resultado de esto puede ser el serio desequilibrio de todo el sistema.

Ello trae consigo la aplicación de métodos absolutamente inadmisibles de regulación de las relaciones internacionales: amenazas con la fuerza y con su empleo directo. Desafortunadamente, tales ánimos están también presentes en la elite de Rusia. A la vez, resulta gratificante que en la comunidad profesional de la política exterior no se alzan más allá del nivel marginal.

En general hay que señalar que la aspiración de un país o grupo de adquirir el control del espacio político mundial contribuye a frenar los procesos de ordenamiento del sistema de regulación colectiva del mundo, el único óptimo para el tan complejo mundo contemporáneo. El carácter imperativo de esta tarea parece unívoco. El fin de la confrontación internacional de carácter global ha condu-

cido al “desequilibrio” del sistema mundial, a la activación de una serie de conflictos, muchos de los cuales ya existían de manera oculta, pero las superpotencias no permitían su desarrollo.

La existencia de un foco de conflicto en el mundo contemporáneo, incluso lejos de los centros del desarrollo mundial, se refleja en la vida política, económica y social de países que, al parecer, no están directamente involucrados en el conflicto. Un claro ejemplo de esto es el conflicto étnico en Yugoslavia, que, en su apogeo, amenazó la seguridad de todo el continente europeo, las relaciones de Rusia y EUA, incorporó notas totalmente nuevas al desarrollo de la situación política en Rusia. La rápida internacionalización de los conflictos locales es uno de los rasgos más peligrosos de las relaciones internacionales contemporáneas. La injerencia burda —gendarmeril— desde afuera sólo intensifica los conflictos.

La única alternativa de esto es introducir regímenes internacionales para evitar y eliminar los conflictos, basados en acciones coordinadas de la comunidad internacional, en la obligatoriedad de las normas del derecho internacional, en la no admisibilidad de su violación, cualquiera que sea el argumento esgrimido.

Conjuntamente, ahora no hay un sustituto directo de esa misma ONU y en principio ni siquiera “se concibe”. La ONU no es más que la variante perfeccionada de la Liga de las Naciones de la preguerra. O sea, evidentemente, la organización intergubernamental universal será aún durante mucho tiempo el escenario de principios fundamental de la regulación global del mundo. La “diplomacia de los clubes”, a pesar de su eficiencia en algunos sectores de la política y la economía mundiales, por ahora no puede aspirar a ese papel. A los grandes del “Grupo de los Siete/Ocho”, a pesar de toda la objetiva seguridad en sí mismos, tampoco se les ocurre la idea de pretender sustituir a la ONU.

En tal situación hay que plantear la tarea de reestructurar la ONU de manera radical. En la comunidad mundial debe aparecer un nuevo interés en este mecanismo, a cuenta también, seguramente, de la redistribución de los plenos poderes de las “antiguas” potencias. Se trata, en un grado considerable, del problema de la composición cuantitativa y cualitativa del Consejo de Seguridad de la ONU, de los procedimientos para la toma de decisiones en este órgano.

Pero no menos importante es el papel de la ONU en la coordinación del desarrollo económico mundial como dimensión importantísima del mundo contemporáneo. Una ONU más eficaz y poderosa (sobre todo en el nivel del Con-

sejo de Seguridad) puede retomar la idea del control real de los sistemas económico y financiero del mundo. Los grupos del Banco Mundial y del FMI, que trabajan dentro de la "familia de la ONU", son realmente independientes y se subordinan solamente a algunos grupos de intereses con tendencia unilateral a la idea económica archiliberal.

El Consejo de Seguridad de la ONU, con posibles nuevos miembros permanentes, que a la vez son las mayores economías del mundo —la India, Japón, quizás algunos otros países representantes del *pool* total de países avanzados del Tercer Mundo y, quizás un único representante de la UE—, podría conciliar realmente el instrumental económico y político de la ONU, dirigirlo a resolver problemas realmente comunes.

Es evidente que cuando hablamos de reforma de la ONU y, más aún, del Consejo de Seguridad, hay que calcular con atención las consecuencias para Rusia. Al mismo tiempo, hay que recordar algo más en un plano esencial. La degradación del papel de la ONU y del Consejo de Seguridad en el sistema mundial conduce a la pérdida de un importantísimo recurso institucional de Rusia. Por ahora no podemos compensar esa pérdida mediante los mecanismos de los distintos clubes. Nuestra participación en los mecanismos informales de los países desarrollados depende incompleta o completamente de la voluntad de los miembros que nos admitieron en esos clubes.

En tal situación, seguramente, es mejor compartir algunos de nuestros derechos exclusivos en el nivel del Consejo de Seguridad y aumentar en general el rendimiento real de esos derechos y privilegios que esperar a que sean desvalorizados junto con el papel del Consejo de Seguridad, en general.

En el mundo moderno también empiezan a tener cada vez mayor importancia los factores económicos de la política global. El sistema económico mundial puede y debe ser más flexible desde el punto de vista de su regulación. La complejidad de la economía mundial y sus crecientes volúmenes muestran que el dólar como moneda de reserva única en el mundo es un lujo no permisible. El mundo no se puede permitir ser rehén de una economía, aunque sea muy grande y en principio estable —la economía de los EUA. Varias monedas deben ser el medio de acumulación y aseguramiento de las reservas monetarias mundiales.

Es gratificante señalar que ya ahora está en marcha la formación de varias zonas monetarias, una de ellas —la "eurozona"— ya es un hecho. La cuestión

está en cuán rápidamente se ampliará, cuán fuerte resultará. La estrecha interacción de Rusia con la UE, con la zona euro, debe verse como cierta garantía respecto al poderío y, a la vez, inestabilidad del dólar. Además, en virtud de las relaciones económicas bastante estrechas con la UE, principalmente en la esfera energética, Rusia tiene importantes instrumentos de influencia sobre el "asegurador". Con relación al dólar y a EUA, no tenemos esas posibilidades.

Evidentemente, se desarrolla otra zona monetaria, la zona asiática del Pacífico, pero qué moneda será su centro —el yen o el yuan— es aún una interrogante. Quizás valga la pena admitir un dualismo monetario en esta zona. Asimismo, objetivamente, el "dueño" del yuan —China— tiene en perspectiva un potencial económico mayor que Japón y, en consecuencia, mayores ventajas para su moneda. La crisis asiática demostró que el yen, fortalecido en los últimos diez años con la ola de la nueva economía, ha resultado poco estable. La única moneda dura de la RAP que no ha sufrido devaluación es el yuan —tras él está el poderío del Estado chino. La creación de la zona del yuan, o incluso del yuan-yen, conducirá ciertamente a nuevos perfiles del orden económico asiático, el cual, a su vez, corregirá el orden económico mundial.

Los razonamientos acerca del orden económico mundial en la interpretación de Rusia, sin lugar a duda, incluyen los problemas del ingreso de nuestro país en la OMC. Indudablemente, no tiene sentido mantenerse fuera de la red, de hecho tan abarcadora, del "libre comercio" (así, entre comillas, porque, seguramente, es difícil hallar otro mecanismo más regulado que la OMC). Pero igualmente no tiene sentido sacrificarlo todo por el solo hecho de ingresar.

Debemos prestar mucha atención a la forma en que la Unión Europea protege sus intereses, no sólo en las banales guerras comerciales (aunque hay que aprender también su táctica), sino a la forma en que la UE estipula sus intereses a largo plazo, en particular, las relaciones comerciales preferenciales con sus antiguas colonias o simplemente con los países que le interesan. Como mínimo debemos recordar todos nuestros proyectos integracionistas en la CEI, la posibilidad de realizarlos, en principio, en caso de ingresar a la OMC. Estos intereses hay que formularlos y salvaguardarlos.

Cuando hablamos de globalización y del sistema global de relaciones e instituciones políticas y económicas internacionales, no podemos olvidar otro proceso, el de regionalización, el proceso de acercamiento en el nivel regional,

de la construcción de módulos del sistema mundial, más estrechamente vinculados, en el plano interno. El ejemplo más claro en este sentido es Europa, donde alrededor del núcleo de la Unión Europea se desarrolla una zona *sui generis* de vínculos e instituciones político-económicas, que se extiende cada vez más a todo el espacio europeo y al euroasiático.

Rusia, que en una serie de direcciones regionales (por ejemplo, en la CEI) tiene ventajas indiscutibles, incluso comparada con los EUA, debe ser más atenta a estos procesos. Una lograda organización interna, y quizás incluso la organización "bajo nosotros" de procesos regionales, conduce al final a una incorporación más exitosa al sistema de las relaciones internacionales.

El derrumbe de la Unión Soviética colocó a las repúblicas de la antigua URSS ante el dilema de o bien comenzar el proceso de formación de una nueva región política internacional o incorporarse a alguna de las existentes. Los países del Báltico adoptaron completamente la segunda posibilidad: ellos tomaron con determinación el camino de la incorporación a la red institucional de relaciones europeas y ahora están en el umbral de la CE. Es cierto que llegaron a ese umbral con una seria carga de problemas creados por ellos mismos. Todos conocemos la esencia de esos problemas. En la perspectiva perceptible tal posibilidad es poco probable para otros estados. Ninguna región de las que limita con la CEI puede por ahora, por causas objetivas (a pesar de los deseos subjetivos de algunas), absorber alguno de los estados surgidos después de la caída de la Unión Soviética en condiciones de un grado de participación superior al marginal. Aquí desempeña su papel el hecho de que en las fronteras exteriores de la CEI resultaron situados países cuya identidad nacional regional propia a principios de los años 90 era difusa, lo que, sumado a los procesos internos que tenían lugar en ellos, redujo su potencial "absorbente".

Teniendo en cuenta lo dicho anteriormente, hacer un pronóstico correcto de los cambios estructurales internacionales en esta región, en una perspectiva a mediano plazo, es algo irreal. Al mismo tiempo, en una perspectiva a largo plazo sigue pendiente de respuesta la pregunta: ¿cuánto durará la región política internacional postsoviética? ¿No será un tránsito hacia otros perfiles? Vemos que, en principio, tales procesos pueden tener lugar. Así, la región política internacional de Europa Central y Oriental (ECO), que surgió como tal después del derrumbe del campo socialista, va a la deriva hacia la autodestrucción como resultado de su acercamiento con los países de la UE.

Así, la aparición de una región política internacional en el espacio postsoviético estaba objetivamente predeterminada, como también lo está la existencia de mecanismos institucionalizados para su organización, siquiera mínimos, semejantes a los aceptados en la práctica mundial. Esto a su vez se explica por el hecho de que los países que conforman esa región en todos los casos son naciones de comportamiento político internacional convencional. Las elites de estos países eran parte integrante de la elite soviética, la cual, durante medio siglo, estableció normas y tradiciones del comportamiento internacional contemporáneo o como líder bipolar "aprobaba" el presentado por otros miembros de la comunidad internacional.

Para el momento actual la Comunidad es elemento inseparable del sistema político euroasiático, una realidad que existe independientemente de cualquier actitud subjetiva hacia ella. La CEI asegura la comunidad institucional organizativa y, en cierto grado, normativa jurídica de los estados del espacio postsoviético. Es evidente que la Comunidad es una "organización paraguas", que desempeña la función de estructuración elemental del espacio de la antigua URSS. Los razonamientos sobre el carácter innecesario de la CEI están en el mismo plano que los razonamientos sobre el carácter innecesario de la OSCE y la ONU, o sea, en el plano del enfoque no profesional y, en consecuencia, incorrecto de las relaciones internacionales. Si la Comunidad no justifica las expectativas, se trata sólo de las muy exageradas. La CEI no es nada peor que cualquier organización regional, aunque le falta mucho para llegar al nivel de agrupación integracionista.

La línea estratégica óptima del desarrollo de la Comunidad se ve en mantener funcionando la "gran" CEI, junto con el desarrollo de la "integración de muchos formatos y diferente velocidad".

Cuando se habla de "formatos" en los marcos de la Comunidad y se consideran sospechosos de tener un papel potencialmente destabilizador con relación a la CEI en general, muy a menudo se pierde de vista el problema de los "megaformatos". En la CEI (y en la política exterior de Rusia con relación a la CEI) se presenta el problema de la autonomización de los flancos asiático y europeo de la Comunidad con una unidad interna más firme del bloque asiático. Se trata de unidad no en el plano de "una buena relación sin problemas entre ellos", sino en el plano de la gran cantidad de retos y direcciones de interacción

prioritarias, simultáneamente, para todos los estados de este megaformato. Un importante factor formador de esa unidad es el Caspio.

La autonomización ulterior de esas dos direcciones plantea el problema de cuán posible es esa autonomización dentro de una región política internacional unida. El dinamismo de las relaciones internacionales en el flanco centroasiático y del Cáucaso es mucho mayor que en el europeo. Esto se explica, como ya se ha expresado, por el restablecimiento de la unidad geopolítica de algunos "planos" objetivamente interrelacionados—Asia Central, Transcaucasia (y más exactamente el Cáucaso), el Oriente Próximo y Medio, el Sur de Asia.

El flanco europeo, que en principio tenía la oportunidad subjetiva de unirse a la región de ECO—con el consecuente desarrollo hipotético y la permanencia en el futuro de ECO como región internacional independiente—, actualmente es probable que se convierta en franja limítrofe de las fronteras de la UE ampliada.

Por extraño que parezca, precisamente esta "división" puede convertirse posteriormente en una seria amenaza para la Comunidad. En tal situación, la búsqueda de consenso no es tanto un problema de "Rusia-Estado de la CEI", como ocurre ahora, cuanto problema del "Estado europeo CEI-Estado asiático CEI".

El funcionamiento normal de cualquier espacio regional, incluyendo la CEI, presupone la existencia de mecanismos de reacción ante las amenazas y desafíos de carácter militar y de fuerza. El mecanismo contemporáneo de este tipo es la seguridad colectiva. Ésta presupone no sólo e incluso no tanto una reacción conjunta ante la agresión desde afuera contra los miembros de una unión, como la posibilidad de impedir la inestabilidad militar y de fuerza desde dentro de la misma unión, cuyas fuentes pueden ser tanto contradicciones interestatales de los miembros, como conflictos etnonacionales, religiosos, acciones terroristas de envergadura, guerras civiles, catástrofes humanistas, etc. Rusia como potencia principal del espacio postsoviético es el miembro más interesado en el sistema potencial de seguridad colectiva de la CEI y tiene todas las posibilidades para construir este sistema con la máxima atención a sus intereses nacionales. Al hablar de seguridad colectiva de la CEI, además, no debemos limitarnos a los estados que se mantienen como miembros del Acuerdo sobre Seguridad Colectiva.

Las relaciones con los países de la antigua URSS implican el problema de la diáspora de Rusia, que no ha logrado ser reflejada adecuadamente en nuestra política exterior.

A diferencia de las diásporas mundiales tradicionales, la diáspora de Rusia del nuevo extranjero sigue estando en la etapa de establecimiento dilatado. Además, es muy dudoso que éste último se base en la identidad que era característica de los ciudadanos rusófonos de la antigua URSS. En los últimos 11-12 años fueron desapareciendo de manera natural los escenarios soviéticos de incorporación a sociedades locales, creció una generación que no tiene la posibilidad de operar en los mismos escenarios en que sus padres entraron en contacto con el medio etnoconfesional circundante. Al mismo tiempo, la falta de un grupo generacional dominante conduce a que se desdibuje la diáspora. Ésta sólo podrá consolidarse objetivamente cuando el relevo de las generaciones concluya.

El período actual se caracteriza precisamente por el establecimiento de la identidad de la diáspora, por la formación de su actitud hacia Rusia. En esta situación parece extraordinariamente importante la presencia de una política de Rusia con relación a la diáspora consecuente y lo más próxima posible a la realidad. En caso contrario, no se excluye que la última se separe como comunidad independiente.

La CEI, en su desarrollo, ya ha rebasado el escenario primitivo "o integración o desintegración". Los procesos que tienen lugar en la Comunidad tienen un carácter más complejo. Las relaciones en el espacio postsoviético se tornan verdaderas relaciones internacionales. Esto evidencia que éste se formaliza como región internacional. La CEI es, además, factor de estructuración inicial del espacio, y este papel suyo no ha sido aún desempeñado hasta el final.

Me parece que la segunda importante prioridad de la política exterior de Rusia es la línea europea.

Las relaciones internacionales en Europa continúan determinando el desarrollo de la situación en el mundo en general. Los razonamientos sobre la crisis de Europa, sobre su envejecimiento, son, probablemente, suposiciones de la saciada intelectualidad europea y de la intelectualidad de Rusia, que la envidia. En los años 90 Europa Occidental entró de hecho en la etapa final de la formación de un nuevo actor de las relaciones internacionales: una agrupación integracionista, que abarca todos los aspectos de la actividad vital de los estados tradicionales. Y esto es un logro real, "sistémico", cuyo papel podrá percibirse con mayor nitidez al paso de algún tiempo.

Y, en general, el subsistema europeo de las relaciones internacionales es el subsistema más institucionalizado de las relaciones internacionales contemporáneas. En principio, en Europa pueden ser vistas como la correlación de tres líneas, tres bandas: la de Europa en general, representada por la OSCE, la de Europa Occidental, representada por la UE (y parcialmente por la CE) la Euroatlántica, que se personifica en la OTAN. Pero la "autonomía" de algunos países en Europa se reduce continuamente. La política de cualquier Estado en el subsistema europeo ahora puede analizarse desde el punto de vista de su correlación con determinada banda, de su correspondencia con la dinámica de la banda dominante y, en consecuencia, su adecuación o no adecuación a la situación política internacional. En lo que a Rusia respecta, el carácter único de su escenario de incorporación al subsistema europeo, que en parte trae a la memoria el caso de EUA, le permite establecer para sí la prioridad de una u otra banda y no simplemente subordinarse a su dinámica. Dicho de otro modo, Rusia tiene más libertad de acción en Europa que cualquier otro Estado, la cuestión está en cómo disponer de ella.

Es poco probable que la identidad europea de Rusia pueda ser cuestionada. La mayor parte de la población de nuestro país vive en su parte europea. La parte más dinámica de la elite de los negocios de Rusia, de la juventud de Rusia está unívocamente orientada a Europa. Precisamente aquí somos una potencia en absoluto equilibrio, con ventajas de recursos que pueden asegurar la realización de los intereses de Rusia en su volumen total. Rusia no tiene contradicciones irresolubles u objetivas con ninguno de los países europeos. Sólo surge tensión en las relaciones con Europa debido a nuestra cercanía territorial, al entrecruzamiento de intereses, a la unidad del espacio de seguridad estratégico. Las relaciones históricamente establecidas con los países de Europa son ahora mejores, tanto en el plano bilateral como multilateral. Y no hay objeción, que emplee incluso el "argumento de Kaliningrado", que pueda hacer vacilar la objetividad de esta afirmación.

Por su importancia en las relaciones internacionales, la Región Asiática del Pacífico se equipara hoy día a la región Euroatlántica. El dinamismo de los procesos de desarrollo de esta región le ofrece oportunidades de convertirse en líder mundial. Desafortunadamente, las posiciones de la antigua URSS y de Rusia en esta región siempre fueron discordantes. Además de que la RAP es de

indudable interés para nuestro país, ya que, incluso desde el punto de vista puramente geográfico, Rusia es muy importante en esa región. Sin embargo, las posibilidades de realizar nuestros intereses aquí son muy insuficientes. Después de la Segunda Guerra Mundial el mapa político de la región se hizo, en gran medida, en Washington. Esto predeterminó la orientación de los estados de la RAP precisamente hacia EUA, así como la importancia marginal de Rusia en la región. En tal situación, sólo se puede saludar el retorno de Rusia a la activa interacción con China y Japón, el ordenamiento de las relaciones con Corea del Sur, la incorporación a mecanismos institucionales de la RAP, [Cooperación Económica para Asia y el Pacífico (CEAP); la región financiera asiática]. Por otra parte, la ruina del potencial económico del Oriente Lejano de Rusia plantea la cuestión de la conveniencia final de esa actividad. ¿Para qué todos esos vínculos, el ordenamiento de las relaciones, mientras la propia región se aísla en profunda pobreza y desarraigo de las tendencias socioeconómicas generales del país? Con la dinámicamente creciente China como fondo, esto infunde no sólo lástima, sino también ciertos temores.

En nuestra política en la RAP siempre me ha asombrado y provocado desagrado el enfoque que hacen los funcionarios estatales de una cuestión como la firma de un acuerdo de paz con Japón. Un acuerdo de paz no puede ser el objetivo de la diplomacia de Rusia, como no pocas veces parece ahora. El cliché propagandístico, según el cual la falta de ese acuerdo es casi equivalente al estado de guerra, es totalmente inconsistente desde el punto de vista del Derecho Internacional. Por eso es conveniente partir de la necesidad de firmar un acuerdo "de paz, amistad y colaboración", cuyo contenido real debe ser precisamente la colaboración. El acuerdo puede y debe ser firmado con algunas reservas, entre ellas la cuestión territorial. Y por nuestra parte no debemos forzar en modo alguno la preparación del acuerdo ni querer abarcar con él la esfera más amplia posible. Cualquier discusión de cuestiones de concesiones territoriales —y, en relación con la preparación de este acuerdo, también de otras siguientes— es absolutamente inoportuna y sólo puede dar lugar a una serie de demandas similares por parte de los otros estados. En la motivación de las acciones de política exterior es necesario partir unívocamente del principio de que en Rusia no existe el problema territorial. No nos debe preocupar demasiado su existencia en la conciencia de una serie de políticos japoneses.

El Oriente Próximo y Medio es una de las regiones más contradictorias para la política exterior de Rusia. A pesar de los intentos dirigidos a penetrar y establecerse en esa región, ni la antigua Unión Soviética ni la Rusia contemporánea pueden compararse, a partir de su peso, con los Estados Unidos ni con los países de la UE (todos juntos). Actualmente se mueve con rapidez el restablecimiento de la unidad geopolítica de las regiones del Oriente Próximo y Medio, de la Transcaucasia y de Asia Central. Con el derrumbe del modelo antagónico de las relaciones internacionales, desaparecieron las barreras que dividían las repúblicas soviéticas del sur y los países de la cuenca del Mediterráneo.

Turquía e Irán se han tomado actores plenos de los territorios de Asia Central y la Transcaucasia. Esto lo demuestra claramente la situación existente alrededor de los recursos energéticos. La red de conductoras que cubrirá potencialmente el espacio desde las fronteras del sur de Rusia hasta los puertos del Mar Mediterráneo y del Golfo Pérsico, desde Kazajstán hasta Novorossiisk, un volumen de interacción mayor aún. En esta red se mezclarán intereses muy contradictorios de terceros países —Europa Occidental y EUA.

El restablecimiento de la unidad geopolítica no se limita a la interacción en la esfera de los recursos energéticos. Hoy día tiene lugar una fuerte, y a veces dominante, influencia político-ideológica de los estados del Oriente Próximo y Medio sobre las repúblicas de Asia Central y la Transcaucasia, sobre todo en el Cáucaso Norte de Rusia, en las repúblicas musulmanas de la parte europea de Rusia e incluso en Ucrania (a través del influjo crimeo-tártaro). De tal forma, la región del Oriente Próximo y Medio se torna "más cercana" a Rusia, comienza a desempeñar un nuevo papel en el espacio postsoviético. Esta cercanía se manifiesta en la difusión del extremismo islámico de la manera más activa y peligrosa. Este factor es uno de los obstáculos más serios en la vía hacia la interacción provechosa con los países de la región.

Rusia se ha tomado objeto de la política exterior de los países de la región. Éste es un estado totalmente nuevo para nosotros, que primero debe ser concientizado y después encauzadamente eliminado.

Junto con esto, Rusia está hoy en una situación en que no tiene países aliados en esta región capaces de ser un canal eficaz para promover los intereses del país. El problema de principio de la política exterior de Rusia en el Oriente Próximo y Medio consiste en que, con relación a los países más ricos de la

región, somos un competidor estratégico en el mercado de los portadores de energía. La posesión de recursos idénticos coloca a Rusia ante la tarea de conciliar, siquiera de forma mínima, el comportamiento de la política exterior con los países de la OPEP, en primer lugar, con los países del Golfo Pérsico, agrupados en el Consejo de Cooperación de los Estados Árabes del Golfo (CCEAG). Al mismo tiempo, el miembro más influyente del CCEAG es Arabia Saudí. E interactuar productivamente con Arabia Saudí no es posible hasta que este país no elimine el *status* de mayor *sponsor* del islam político y sus formas extremistas.

El sur de Asia se torna la región que más atrae la atención de la comunidad mundial. Esta región concentra en sí, como mínimo, tres grupos de problemas, cuyo desarrollo puede influir en toda la comunidad mundial. El primer y evidente problema es la situación en Afganistán. La liquidación por la fuerza del régimen de los talibanes realmente abrió perspectivas para el renacimiento del país. Pero es totalmente posible una recaída en la inestabilidad, la cual se proyectará al exterior, incluso al territorio de la CEI. Tanto el Afganistán de Rabbani como el Afganistán de los talibanes construyó su supervivencia económica sobre la base de la producción de narcóticos y el narcotráfico. ¿Dónde está la garantía de que esto cesará? El gobierno de Karzai no tiene por ahora variantes alternativas para asegurar la supervivencia elemental de la población (excepto la masificada ayuda humanitaria de la ONU). La producción masiva de narcóticos es la vía directa que lleva a un *failed state*, o sea, a algo similar al régimen criminal de los talibanes, el cual dará asilo en su territorio a escoria de diferente matiz.

Sólo es posible evitar tan sombría perspectiva de medidas reales a largo plazo para el restablecimiento económico de Afganistán. Y un importante papel puede tener en ello nuestro país, que tiene verdadera experiencia en la interacción con ese Estado, una gran diáspora afgana y, lo principal, interés directo en la estabilidad de sus fronteras del sur. Rusia, en virtud de su posición única —miembro del Consejo de Seguridad de la ONU, mayor socio de las repúblicas centroasiáticas—, puede ampliar su papel económico y político en la construcción del nuevo Afganistán.

Es evidente que Moscú se sentirá motivada para ello no sólo por razones altruistas y no sólo por la buena actitud hacia su vecino. Los intereses de Rusia están en localizar y liquidar en el lugar los desafíos a su seguridad y de la CEI provenientes de Afganistán —el narcotráfico, el extremismo político, la migra-

ción ilegal y criminalizada. El instrumental puede ser diverso, comprendiendo también instrumental único. En particular, la activa participación de Rusia en las rutas para la transportación de energía a través del territorio de Afganistán hacia el sur de Asia, lo que atraerá inversiones a la región, estabiliza no sólo a ese país, sino que disminuye la tensión de los conflictos en la región en general mediante el fortalecimiento de una colaboración mutuamente beneficiosa.

El segundo problema serio es la radicalización religiosa en países del sur de Asia, como Pakistán y la India. Si, además, de la radicalización islámica en Pakistán se habla mucho y en principio se valoran correctamente los peligros que implica este proceso, la radicalización hinduista en la India es habitualmente olvidada. Y este proceso, sin embargo, está cobrando fuerza. Para la comunidad mundial, acostumbrada a ver la India a través del prisma de la ideología pacífica y de no violencia de Gandhi-Nehru, este hecho es poco comprensible. En realidad, dentro de algún tiempo nos encontraremos con que una parte considerable de la elite hindú estará muy lejos de los principios de los padres fundadores de la India contemporánea. Qué probabilidad hay de contener esta tendencia, cuál es su influencia potencial sobre las relaciones internacionales —son, por ahora, preguntas sin respuestas.

Y el tercer problema serio, sobre el que, afortunadamente, muchos hablan y piensan, pero su resolución, desafortunadamente, aún está lejos, es el problema de las armas nucleares en manos de Islamabad y Delhi. Aquí puede hacerse un justo reproche a la política exterior de Rusia, la cual, seguramente, está dispuesta a dar respuestas en menor grado aún que otro importante miembro del club nuclear —EUA. Esto es, en gran medida, el justo resultado de que en los años 90 no supimos vencer la inercia del “equilibrio central nuclear”. Seguimos contando los cohetes y misiles que tiene Washington. Y no hemos interiorizado lo suficiente el mosaico del cuadro nuclear del mundo.

Muchos se sorprenderán: ¿y dónde están las relaciones con Estados Unidos y por qué se habla de ellos al final del capítulo? Esto tiene varias explicaciones. Los EUA como potencia presente en la mayor cantidad de los sectores de las relaciones internacionales se menciona de hecho en cada párrafo. ¡El “omnipresente” tío Sam! Por otra parte, no comencé el esclarecimiento de los aspectos regionales y por países por Estados Unidos intencionadamente. Siquiera porque el papel de las relaciones propiamente bilaterales con EUA me parece

algo exagerado en comparación con la misma Europa o la CEI, donde las relaciones son realmente plenas y polifacéticas. Además, la tradición de la política exterior soviética y de Rusia confirma el hecho de que cuando comenzamos a activar impetuosamente las relaciones con EUA, nos falta el recurso de atención política en otras direcciones. En la euforia de la amistad con Washington olvidamos a otros socios y contrapartes.

Tenemos aún una lógica errónea y, sobre todo, inadecuada a la realidad muy fuerte que se basa en la tesis: "Somos una superpotencia y el único *partner* digno de nosotros es la otra superpotencia, EUA". Pero, como ya se ha expresado, aplicar la definición de "superpotencia" a la Rusia actual es incorrecto, y siquiera por eso es incorrecta la citada fórmula. El único aspecto "superpotente" que queda en nuestras relaciones con los EUA es el problema de las armas estratégicas. Desafortunadamente, el grado de desarrollo de los demás elementos de nuestras relaciones, por ejemplo, los económicos, claramente no dan para esa definición.

Pero volvamos propiamente a los Estados Unidos. Éste es un país único desde el punto de vista de que su economía es uno de los elementos centrales de la economía mundial, en la que constituye el 15-20%. Esto es a la vez una ventaja y una deficiencia, ya que el grado de dependencia de EUA del mundo exterior es igualmente grande. Las tentativas para que esta dependencia sea unilateral son las que llevan a que aparezcan tendencias "gendarmeriles" en la política de Washington.

Los EUA contemporáneos son únicos también en algo más: es de hecho el único gran país que está experimentando un cambio radical de su identidad interna. El aumento masivo de la población afronorteamericana y latinoamericana, en combinación con la creciente popularidad del islam, que tienen como fondo una corrección política hipertrófica, cambian el carácter mismo de la sociedad norteamericana. Hasta cuándo estos cambios van a seguir ocurriendo sin conflictos sociales graves, manifiestos —para más exactitud—, no se sabe.

Al mismo tiempo, es evidente que los cambios de la identidad interna se reflejarán seriamente en el curso de la política exterior de Estados Unidos. Durante los años 90 estuvo ocurriendo una redistribución esencial de la influencia en los niveles superiores de la elite norteamericana a favor de nuevas capas y

grupos sociales, proceso que continúa en la administración de Bush. Precisamente esta inestabilidad de la capa superior de la elite norteamericana (comparada con los años 1950-1980) conduce, en gran medida, a la inconsecuencia de la política exterior de EUA.

Y en esto, seguramente, no hay grave culpa del presidente G. Bush. Él trata simplemente de nadar en el tumultuoso remolino de tendencias de diferente orientación. No hay garantías serias de que su sucesor, incluso si el propio Bush se mantiene dos períodos más, se vea en una situación más favorable.

El tercer rasgo único de los Estados Unidos contemporáneos es que, a pesar de su profunda incertidumbre interna y su inestabilidad, asumen no sólo el papel de gendarme mundial, sino de pastor y predicador y dan lecciones al mundo de cómo hay que vivir. Y, en opinión de Washington, deben actuar como alumnos no sólo y no tanto los países relegados (para esos ellos tienen sus métodos), cuanto Europa, Rusia y las demás partes, no las más atrasadas, de la comunidad mundial. Los EUA se asemejan cada vez más a la Unión Soviética del período de estancamiento, la cual, teniendo problemas más que serios y, como resultó ser, absolutamente letales, continuaba enseñando a los que la rodeaban cómo hay que vivir. En aquellos años el presidente Reagan hizo un llamado a la URSS a convertirse en un "país normal". Ahora ese llamamiento puede ser dirigido a los Estados Unidos: conviértanse en un "país normal".

¿Significa todo lo anteriormente dicho que debemos volvernos antinorteamericanos o actuar contra el desarrollo de las relaciones de Rusia y Norteamérica? De ningún modo. Es más, Washington, como quiera que sean los EUA en la perspectiva perceptible, seguirá siendo contraparte de Rusia en todas las iniciativas en la esfera de las armas estratégicas, de la no difusión de las armas de destrucción masiva, de la seguridad global, de las finanzas internacionales, de la ecología, etcétera.

Nosotros debemos simplemente apartarnos del enfoque primitivo que implica que si somos amigos de los Estados Unidos no vemos sus lados oscuros; sólo vemos esos lados oscuros cuando en nuestras relaciones surgen problemas. No sólo los EUA deben convertirse en un país normal, también nuestra actitud hacia Estados Unidos debe ser sosegada, racional, normal.

Sólo podremos corregir, variar la política exterior de EUA mediante la permanente interacción con Washington, "educándolo" (¡!), por desagradable que resulte a veces. Para que nuestras relaciones bilaterales sean más estables hay que tomarlas más polifacéticas, hay que liberarse de la temática estratégica militar que sigue prevaleciendo en la agenda de Moscú y Washington.

## EPÍLOGO

No he sido yo quien ha puesto el punto o, para ser más exacto, los puntos suspensivos a este trabajo. En los trágicos días del octubre moscovita, cuando las tinieblas del terror descendieron sobre nosotros, todos sufrimos mucho y mucho hemos reconsiderado y reinterpretado.

Han transcurrido tres años desde el día de los hechos del 11 de septiembre en Estados Unidos, con frecuencia denominados punto de partida del nuevo siglo y del nuevo milenio, su principio real y no según el calendario. Durante este año el mundo no se ha tomado ni más previsible ni más seguro. La humanidad se encuentra en el umbral de una nueva guerra en Irak que puede resultar el anunciado choque de las civilizaciones, convertirse en la aurora de la Tercera Guerra Mundial. Los trágicos actos terroristas que tuvieron lugar últimamente en Moscú, Indonesia, Israel, sólo han intensificado la sensación de término de la historia, sólo han enfatizado lo mucho que se ha acercado el mundo al borde del abismo, la maldad y tenebrosa fuerza del caos y la destrucción con que chocamos hoy.

Mi tarea en este libro ha sido detenerme y valorar dónde está el mundo ahora, hacia dónde vamos, qué peligros nos acechan y qué posibilidades tiene la humanidad. Para mí es esencialmente importante que estos razonamientos tienen un carácter abierto, que es posible y necesario desarrollarlos, criticarlos, complementarlos y, al final, confío, acercarnos a cierto denominador común, a la comprensión de nuestras tareas por parte de todos.

Después de los negros días de octubre en Moscú añadí y reescribí muchas cosas. Algunas ideas y pensamientos expuestos en el libro son resultado de meditaciones en aquellas dolorosas horas y días.

Después de aquellas noches de insomnio llegué a lo principal: para todos nosotros ha llegado una nueva era. La era de actuar, y no sólo de meditar. Quisiera que este libro significara un paso, claro que no el mayor ni el más importante, pero un paso, que nos acerque a la respuesta, a la principal interrogante de la historia contemporánea.

Esa pregunta, dirigida a todos nosotros, consiste en cuánto durará el milenio comenzado y si tendrá la sociedad la voluntad y la inteligencia para vivir siquiera un siglo más, para dar la oportunidad a nuestros nietos de ver la salida del sol.

Hemos arribado a una etapa del desarrollo de la civilización en que hay que conquistar el futuro. Pero es cierto que podemos elegir, y en ello consiste quizás la principal esperanza de la humanidad.

La humanidad necesita pasar a un nivel esencialmente nuevo en su desarrollo, adquirir el sentido de la existencia y una nueva cultura del mundo, una nueva cultura de vida.

Somos muchos y muy diferentes. Nuestro mundo es a veces injusto y cruel. Pero nuestra casa —el planeta Tierra— es muy frágil. Somos demasiado pequeños ante el Creador y la etemidad para permitir que se destruya lo que no ha sido creado por nosotros, para arrebatar la memoria a nuestros antepasados y el futuro a nuestros descendientes.

Como epígrafe de mi libro seleccioné las palabras del gran filósofo mundial, Emmanuel Kant: "La creación del mundo no es cosa de un instante, sino de toda la eternidad". Tenemos tiempo, aunque no creo que mucho, de cambiar algo, de hallar soluciones. Pero, en cualquier caso, la creación del mundo es la tarea más importante y más digna y el objetivo de cada uno de nosotros, de los políticos, de todos los hombres, de toda la humanidad.

# ÍNDICE

A LOS LECTORES CUBANOS /VII

LA ACTUALIDAD COMO NUEVA ERA AXIAL DE LA HISTORIA /I

## I. EL OCASO DEL VIEJO MUNDO

### **Crítica de la actualidad /5**

#### **1. Atolladeros del desarrollo del mundo actual /8**

1.1. Crisis de la idea de progreso /8

1.2. El problema del desarrollo sostenido /14

1.3. La religión del crecimiento económico y el “espíritu del capitalismo” /20

1.4. El mundo postindustrial /24

#### **2. ¿Globalización interrumpida? /30**

2.1. Globalización y westernización: ¿un mundo unido o la “privatización del futuro”? /31

2.2. Geopolítica y “geoeconomía” del Mundo Nuevo /37

2.3. “Después del Estado”: la crisis del modelo clásico de Estado y el sistema de la soberanía limitada /40

2.4. El fenómeno de la civilización dividida y el “nuevo Mundo Nuevo” /43

#### **3. Los nuevos fenómenos de la Historia /44**

3.1. El futuro de la democracia y la amenaza de una guerra civil mundial /45

3.2. El problema del terrorismo y la posibilidad ética del terror masivo /54

3.3. Revancha de los valores y respuesta al futuro en el lenguaje de los sentidos /57

## II. HACIA UN MUNDO NUEVO: ¿CÓMO HACERLO POSIBLE?

### **La imagen del futuro y mecanismos para superar la crisis de la civilización contemporánea /61**

#### **4. La civilización precrítica: qué nos enseña la historia /64**

- 4.1. El síndrome del Desarrollo Precrítico /64
- 4.2. El culto a la violencia como problema básico de la organización social y política /70
- 4.3. Las leyes de la supervivencia: cómo la humanidad se supera a sí misma /75

## **5. El hombre del Mundo Nuevo /81**

- 5.1. ¿Surgirá el homo postsapiens? /82
- 5.2. El progreso de las tareas morales /88

## **III. EL CAMINO DE RUSIA**

### **Lugar y papel de Rusia en el mundo cambiante y nuevas tareas de la construcción estatal /97**

## **6. Rusia y la postmodernidad: de nuevo el problema de la modernización /101**

- 6.1. “¿Qué es Rusia?” es la pregunta principal a nuestro futuro /101
- 6.2. El atolladero del desarrollo por alcanzar y el problema de la dependencia del desarrollo /104
- 6.3. Elección de la estrategia: ¿“estado ciudadano” o “avance modernizador”? /110

## **7. Nuevos retos y tareas de la construcción estatal para Rusia /115**

- 7.1. Una Rusia no asimilada es la principal amenaza a la seguridad nacional /115
- 7.2. ¿Tiene futuro el Estado? /120
- 7.3. La soberanía en el Mundo Nuevo /125
- 7.4. En búsqueda del sujeto del desarrollo /127

## **8. La estrategia de Rusia para el Mundo Nuevo /134**

- 8.1. Los recursos de Rusia en el mundo global cambiante /135
- 8.2. Ideología de la política exterior y posibles líneas de la política exterior de Rusia /146

Impreso por Servigraf  
2004

**Yuri Mijáilovich Luzhkov.** (Moscú, 1936) Ingeniero Mecánico. Miembro de la Academia de Ciencias Sociales y Doctor en Ciencias *Honoris Causa* de la Universidad Estatal de Moscú "M.V. Lomonosov".

Alcalde de Moscú. Es uno de los líderes del partido "Rusia Unida". Fue electo en 1987 primer vicepresidente del Comité Ejecutivo del Soviet de Moscú y desempeñó, a la vez, el cargo de presidente del Comité para la Industria Agraria de esa ciudad. En 1990 presidente del Comité Ejecutivo del Soviet de Moscú; al año siguiente fue elegido vicealcalde y designado premier del Gobierno de Moscú.

En junio de 1992, por decreto del presidente de la Federación de Rusia, asume las responsabilidades de alcalde de Moscú. En 1996, 1999 y 2003 ganó por amplia mayoría las elecciones para alcalde de la ciudad. Ha sido diputado del Soviet Regional de Moscú y del Soviet Supremo de la RSFSR.

Bajo la divisa de "Piensa y haz" Yu. M. Luzhkov ha alcanzado significativos logros en prácticamente todas las esferas de la vida económica y social de Moscú. Es una figura de reconocida proyección internacional.



Editorial Cultura Popular

